

Pierre Teilhard de Chardin

# El corazón de la materia



Colección «EL POZO DE SIQUEM»

139

Pierre Teilhard de Chardin, SJ

# El corazón de la materia

Editorial SAL TERRAE  
Santander

Título del original francés:  
*Le coeur de la matière*  
© 1976 by Éditions du Seuil  
Paris

Traducción:  
*Milagros Amado Mier y Denise Garnier*  
© 2002 by Editorial Sal Terrae  
Polígono de Raos, Parcela 14-I  
39600 Maliaño (Cantabria)  
Fax: 942- 369 201  
E-mail: salterrae@salterrae.es  
www.salterrae.es

Con las debidas licencias  
*Impreso en España. Printed in Spain*  
ISBN: 84-293-1452-0  
Dep. Legal- BI-846-02

Diseño de Cubierta:  
Marta Purón  
martapuron@mailono.es  
Fotocomposición:  
Sal Terrae – Santander  
Impresión y encuadernación:  
Grafo, S.A. – Bilbao

## Índice

*Prólogo*, por N.M. Wildiers . . . . . 7

### PRIMERA PARTE

El Corazón de la Materia (octubre 1950) . . . . . 13  
Lo Crístico (marzo 1955) . . . . . 83  
Última página del Diario (Jueves Santo: 7-4-1955) . . . 108

### SEGUNDA PARTE

Nota sobre la Esencia del Transformismo (1920) . . . . . 113  
Sobre mi actitud respecto de la Iglesia Oficial (5-I-1921) 121  
La Misa sobre el Mundo (1923) . . . . . 125  
Alocución en el matrimonio de Odette Bacot  
y Jean Teillard d'Éyry (París, 14-6-1928) . . . . . 141  
Alocución en el matrimonio de Éliane Basse y  
Hervé de la Goublaye de Ménorval  
(París, 15-6-1935). . . . . 147  
Mi posición intelectual (abril 1948) . . . . . 151  
Sobre la enseñanza de la Prehistoria (23-9-1948) . . . . . 155  
En la base de mi actitud (7-10-1948) . . . . . 157  
A propósito de «El Fenómeno Humano» (17-10-1948) . 159

Alocución en el matrimonio de Christine Dresch y Claude-Marie Haardt (París, 21-12-1948) . . . . .	161
La carrera científica del Padre Teilhard de Chardin (julio-agosto 1950) . . . . .	163
El Fenómeno Humano (junio 1954) . . . . .	167
Títulos y Trabajos (septiembre 1948) . . . . .	169

## Prólogo

Este decimotercer y último volumen [en la edición francesa] de los ensayos que Pierre Teilhard de Chardin nos dejó se abre con dos obras maestras inéditas: *El Corazón de la Materia* y *Lo Crístico*. Después reúne por orden cronológico *La Misa sobre el Mundo* y diversos opúsculos recuperados.

En *El Corazón de la Materia*, escrito en 1950, el padre Teilhard desvela las raíces de las que surgió su obra. «He intentado describir –precisa– en una suerte de autobiografía el proceso general y las fases principales de su “aparición”». Así, llegado casi al término de su vida, Teilhard se vuelve y percibe con plena lucidez las dos vías convergentes que ha recorrido: la de la Ciencia y la de la Religión. Entonces comprende y expone la unidad de su vida.

La lectura de tal texto hace evocar estas líneas de *L'Intuition Philosophique* de Bergson<sup>1</sup>: «...a medida que intentamos penetrar en el pensamiento del filósofo, en lugar de dar vueltas en torno a él, vamos viendo transfigurarse su doctrina. En principio, su complicación disminuye. Luego las partes se acoplan las unas con las otras. Finalmente, todo se concentra en un punto único, al que sentimos que podemos aproximarnos más y más, aunque con pocas esperanzas de llegar a él».

1. *La Pensée et le Mouvant*, PUF, Paris, pp. 117-142.

En efecto, los principales temas tratados por *El Corazón de la Materia*: lo Cósmico o lo Evolutivo y lo Humano o lo Convergente, son subsumidos por un tema que los abarca: lo Crístico o lo Céntrico. Al término de la ascensión, Teilhard ya sólo dialoga con Dios. Escribe entonces la Oración al Cristo cada vez mayor. Oración inigualada hasta el día de hoy, tanto en su profundidad mística, como en el alcance de la ciencia que implica y en la belleza de la expresión.

Después de la lectura de este texto, podría pensarse que el padre Teilhard había dicho su última palabra. Sin embargo, le quedaba por escribir *Lo Crístico*. Al principio de esta obra, que data del mes anterior a su muerte, Teilhard explica su intención: «Hace ya mucho tiempo, en *La Misa sobre el Mundo y El Medio Divino*, intenté, frente a esas perspectivas aún apenas formadas en mí, centrar mi admiración y mi asombro. Hoy, después de cuarenta años de reflexión continua, sigue siendo la misma visión fundamental la que siento necesidad de presentar y hacer compartir, en su forma madura, por última vez».

*Lo Crístico* vino a colmar providencialmente la laguna derivada de la obediencia religiosa del padre Teilhard, que había concebido una segunda parte de *El Fenómeno Humano*; parte destinada a completar la primera con el Fenómeno Religioso. La autoridad superior de su Orden le había por entonces prohibido salirse del campo de la Ciencia<sup>2</sup>.

Lo Crístico es el apogeo final de la sinfonía teilhardiana. ¿Cuál ha sido su resonancia desde la muerte del padre Teilhard?

Las traducciones a veintidós idiomas han difundido sus escritos por casi todos los países del mundo.

Se han multiplicado las obras y estudios que examinan en profundidad diversos aspectos del pensamiento de Teilhard,

2. A partir de su estancia en Norteamérica, el superior religioso del padre Teilhard le dejó total libertad para escribir y le pidió que le enviara sus textos.

contribuyendo a iluminar su coherencia interna y a rectificar las interpretaciones erróneas.

Sin embargo, a pesar del deseo y la esperanza de Pierre Teilhard de Chardin de abrir una vía hacia el futuro que todos pudieran seguir, es preciso constatar que sólo una pequeña elite vive con la conciencia lúcida de una evolución acelerada e irreversible, así como de la inminencia del paso de la humanidad a la era de la síntesis. Recordemos, sin embargo, algunos de los progresos que han tenido lugar desde entonces.

En paleontología, el profesor Jean Piveteau, del Instituto (Academia de Ciencias), contradictor de las críticas de G.G. Simpson, ha demostrado hasta qué punto la influencia de Teilhard ha puesto a la paleontología sobre nuevas pistas, sobre todo en lo que concierne a la paleoneurología. El padre Teilhard se habría alegrado de los importantes descubrimientos que han tenido lugar desde entonces, varios de los cuales han sido estudiados por dicho profesor en *Origine et Destinée de l'Homme*.

En biología, el profesor Pierre Grassé ha proseguido activamente las investigaciones biológicas, de las que ha rendido cuenta en su magistral libro *L'Évolution du Vivant*, en el que confirma el punto de vista evolutivo de Teilhard.

Siguiendo en el ámbito de la Evolución, el rector François Meyer trata de manera impresionante el problema de la aceleración del tiempo en *La Surchauffe de la Croissance*.

El doctor Joël de Rosnay, Director de Desarrollo en el Instituto Pasteur, ofrece, con *Le Macroscopie*, un medio universal de visión sintética.

Estos avances de la ciencia habrían apasionado a Teilhard y habrían encontrado lugar en la hiperfísica a la que él abría camino.

Pensemos también en los descubrimientos de W. Dement, N. Kleitman, M. Jouvet y O. Petre-Quadens y tantos otros, en el campo de la fisiología del sueño. El problema del despertar de la conciencia interesaba al padre Teilhard en grado sumo y constituía el tema central de su pensamiento acerca del mundo

y el hombre. Se esperan nuevas investigaciones, a cuya luz se pondrán a prueba las hipótesis que él propuso.

Aunque no especializada en filosofía, metafísica y teología, la obra de Pierre Teilhard presenta en estos terrenos puntos de vista de capital importancia. Pensemos en *L'Union Créatrice*, *La Lutte contre la Multitude* y *Une Métaphysique de l'Union*, escritos a los que el tomo I del *Journal* aporta complementos importantes.

Teilhard se distanció de la escolástica, porque sus categorías no eran ya aptas para describir el mundo tal como aparece hoy. En este aspecto, el padre Teilhard es seguido por filósofos y teólogos contemporáneos, como Bernard Lonergan y Karl Rahner.

Se puede, por otra parte, constatar una cierta convergencia entre el pensamiento de Teilhard y el de Whitehead, colaborador de Russell y profesor de filosofía en Harvard. ¿Conoció Whitehead a Teilhard? No, sin duda. Pero sabemos por un cuaderno de notas de este último que proyectaba leer la obra de Whitehead *La ciencia y el mundo moderno*.

En cualquier caso, la comparación de sus cosmologías permite descubrir puntos de evidente parentesco. Ambos han insistido en el carácter evolutivo de la realidad y en la relación orgánica de todos los acontecimientos.

Tanto para Whitehead como para Teilhard, nuestro universo posee un centro espiritual. Es un Universo dominado por una libertad que Dios respeta. Pero, mientras que para Whitehead ese Universo evoluciona hacia una unificación indefinida, para Teilhard el Universo es escatológico, y la consumación de su unidad coincide con una maduración desencadenante del retorno definitivo de Cristo.

Un parentesco similar se manifiesta en el gran volumen editado por el profesor Ewert Cousins: *Process Theology*, donde ha sido incluido el excelente artículo de Ian Babour sobre «Whitehead y Teilhard de Chardin».

Análogamente, cabe prever que los puntos de vista teológicos del padre Teilhard continuarán proporcionando un vasto

campo de trabajo. ¡Cuántos libros han sido publicados sobre este aspecto de su pensamiento...! Su influencia se deja sentir también en gran número de publicaciones de toda clase, empezando por algunos textos del concilio Vaticano II. «La época dominada por la Escolástica —escribe Bernard Lonergan— ha pasado. La teología católica está en vías de reestructuración» (*Method in Theology*, New York 1972, p. 271). Y parece evidente que esta reestructuración de la teología católica no se llevará a cabo sin tener en cuenta los problemas suscitados por la obra de Teilhard.

La gran tarea que nos espera en adelante es continuar el pensamiento del padre Teilhard de Chardin en el campo de la ciencia, la filosofía y la teología más allá de los límites que las circunstancias le impusieron. Con esta condición —y sólo con ella—, la obra comenzada por él alcanzará su pleno desarrollo y dará los frutos que él esperaba.

N.M. WILDIERS,  
Doctor en Teología

PRIMERA PARTE

---

EL CORAZÓN DE LA MATERIA

<i>Introducción: La zarza ardiente</i> . . . . .	15
I.- Lo Cósmico, o lo Evolutivo . . . . .	17
Nota preliminar: El Sentido de la Plenitud . . . . .	17
1) La llamada de la Materia . . . . .	19
2) La aparición de lo Universal . . . . .	21
3) El descubrimiento de la Evolución . . . . .	26
II.- Lo Humano, o lo Convergente . . . . .	31
1) La realidad de la Noosfera . . . . .	33
2) La trama de la Noosfera . . . . .	35
3) La evolución de la Noosfera . . . . .	39
III.- Lo Crístico, o lo Céntrico . . . . .	43
Observación preliminar:	
la reflexión o revelación del Punto Omega . . . . .	43
1) El Corazón de Jesús . . . . .	44
2) El Cristo Universal . . . . .	48
3) El Medio Divino . . . . .	53
4) El descubrimiento de Dios, o la Llamada a Aquel que Viene . . . . .	56
Oración al Cristo siempre Mayor . . . . .	59
<i>Colofón: Lo Femenino, o lo Unitivo</i> . . . . .	63
<i>Apéndice: 1) Cristo en la Materia</i> . . . . .	67
2) <i>La Potencia espiritual de la Materia.</i> . . . .	73

## INTRODUCCIÓN: *La zarza ardiente*

«En el corazón de la Materia<sup>1</sup>,  
Un Corazón del Mundo,  
El Corazón de un Dios».

A pesar de ciertas apariencias de rigor dialéctico, las consideraciones que siguen no tratan de desarrollar una construcción doctamente coherente: una filosofía de las cosas, sino que pretenden, por el contrario, relatar una experiencia psicológica directa lo bastante reflexionada como para poder ser inteligible y comunicable sin perder su valor objetivo e indiscutible de documento vivido.

Lo que me propongo a lo largo de estas páginas (con la esperanza de que mi «caso» haga reconocer, o incluso nacer,

---

1. «[...] el título de Graham Greene (*The Heart of the Matter*) me vendría estupendamente (pero con un sentido totalmente distinto) para un ensayo que sueño escribir desde hace algún tiempo con un título que me viene a la cabeza en inglés (intraducible al francés): *The Golden Glow* (es decir, la aparición de Dios fuera de y en el "Corazón de la Materia")».

«[...] el conjunto (de la obra: *El Corazón de la Materia*) debe estar tejido con cuatro hilos (en lugar de únicamente tres), a saber: *Lo Cósmico, Lo Humano, Lo Crístico y Lo Femenino* [...]»: *Accomplir l'Homme*, Éd. Grasset, pp. 230 y 258. Cartas del padre Teilhard fechadas el 10 de octubre de 1948 y el 12 de agosto de 1950 (N. d. E.).

muchos otros casos similares) es simplemente mostrar cómo, a partir de un punto de ignición inicial —congénito—, el Mundo, *a lo largo* de toda mi vida, *durante* toda mi vida, se ha ido poco a poco iluminando, inflamando a mis ojos, hasta volverse en torno a mí enteramente luminoso por dentro.

Expansión progresiva, en el seno de todo ser y de todo acontecimiento, de una misteriosa claridad interna que los transfiguraba. Pero, más aún, variación gradual de luz y de color, ligada al complicado juego de los tres componentes universales: lo Cósmico, lo Humano y lo Crístico, explícitamente presentes en mí (al menos el primero y el último) desde los primeros instantes de mi existencia, aunque haya necesitado más de sesenta años de esfuerzo apasionado para descubrir que no eran sino enfoques o aproximaciones sucesivas a una misma realidad de fondo...

Resplandores purpúreos de la Materia, tornando insensiblemente al oro del Espíritu, para mudar finalmente en la incandescencia de un Universal-Personal; todo ello atravesado, animado y perfumado por un soplo de Unión..., y de Femenino.

Así es como yo he experimentado, en contacto con la Tierra, la Diafanía de lo Divino en el corazón de un Universo ardiente: lo Divino resplandeciendo desde las profundidades de una Materia en llamas:

Esto es lo que aquí voy a intentar hacer entrever y compartir.

*Les Moulins*, 15 de agosto de 1950.

## I

# Lo Cósmico, o lo Evolutivo

### Nota preliminar. El Sentido de la Plenitud

Como punto de partida, como hilo conductor, como eje de continuidad de todo lo que seguirá, me veo en principio en la necesidad de presentar y describir sumariamente una disposición o «polarización» psicológica particular, común ciertamente a todos los hombres (aunque no siempre formalmente reconocida por ellos), que llamaré, a falta de una denominación mejor, *Sentido de la Plenitud*. Por lejos que me remonte en mi infancia, nada me parece más característico ni más familiar en mi comportamiento interior que el deseo o la necesidad irresistible de algo «Único Suficiente y Único Necesario». Para estar totalmente a gusto, para ser completamente feliz, necesitaba saber que existe «Algo Esencial» de lo cual todo lo demás no es sino un accesorio, o bien un ornamento. Saberlo, y gozar interminablemente de la conciencia de esa existencia; en verdad, si, a lo largo del pasado, llego a reconocerme y a seguirme a mí mismo, no será sino tras las huellas de esta nota, o matiz, o sabor particular, imposible de confundir (a poco que se haya alguna vez experimentado) con ninguna otra de las pasiones del alma —ni con el gozo de saber, ni con el gozo de descubrir, ni con el gozo de crear, ni con el gozo de amar—, no tanto porque difiera de ellas cuanto porque es de un orden superior a todas esas emociones y las contiene todas.

Sentido de la Plenitud, Sentido de la Consumación y de la Compleción, «Sentido Plerómico».

A través de lo que llamaré sucesiva e indistintamente «Sentido de la Consistencia», «Sentido Cósmico», «Sentido de la Tierra», «Sentido Humano» y «Sentido Crístico», todo cuanto sigue no será sino el desarrollo de una lenta explicitación o evolución en mí de este elemento fundamental y «pro-teico», en formas cada vez más ricas y depuradas.

Historia no imaginaria y ficticia, sino operación verdadera, biológicamente guiada y garantizada, a mis ojos, por la identidad, claramente perceptible por mi conciencia bajo todas las metamorfosis y agrandamientos del sustrato psicológico en juego.

Y operación singularmente instructiva, añadiré, en la medida en que, destinada a consumarse en lo que hay de más elevado en dirección al Espíritu, partió en principio de lo más tangible y concreto de la Trama de las Cosas (tengo de ello evidencia y pruebas directas) para invadirlo y conquistarlo todo<sup>1</sup>.

1. He aquí lo que, en 1917, en uno de mis primeros ensayos (titulado: «Mon Univers» y escrito en plena guerra) decía ya sobre el mismo tema:

«La necesidad de poseer por entero algo “absoluto” era, desde mi infancia, el eje de toda mi vida interior. Entre los placeres de esa edad, yo sólo era feliz (lo recuerdo con absoluta claridad) *con relación* a un gozo fundamental que consistía, en general, en la posesión (o el pensamiento) de algún objeto lo más precioso, consistente e inalterable posible. Unas veces se trataba de un trozo de metal, otras veces, saltando al otro extremo, me complacía en el pensamiento de Dios-Espíritu (la Carne de Cristo me parecía, a aquella edad, algo demasiado frágil y demasiado corruptible).

»Esta preocupación podrá parecer singular. Repito que era algo *constante*. Tenía entonces la necesidad invencible (vivificante y tranquilizadora) de apoyarme *sin cesar* en Algo tangible y definitivo; y buscaba por todas partes ese Objeto beatificante.

»La historia de mi vida interior es la historia de esta búsqueda, orientada hacia realidades cada vez más universales y perfectas. En el fondo, mi tendencia natural profunda ha permanecido absolutamente firme desde que me conozco».

## 1. La llamada de la Materia<sup>2</sup>

No tenía ciertamente más de seis o siete años cuando comencé a sentirme atraído por la Materia o, más precisamente, por algo que «brillaba» en el corazón de la Materia. A esa edad en que, supongo yo, otros niños experimentan su primer «sentimiento» por una persona, o por el arte o la religión, yo era cariñoso, bueno e incluso piadoso. Es decir, que por influencia de mi madre (volveré más adelante, en el capítulo III, sobre el esencial papel desempeñado ulteriormente en mi vida por este elemento) quería mucho al «Niño Jesús».

Pero en realidad, mi verdadero «yo» estaba en otra parte.

Y para percibirlo con claridad, fue preciso observarme cuando —siempre en secreto y sin mediar palabra, sin ni siquiera pensar que pudiera haber nada que decir a nadie sobre ese tema— me recogía en la contemplación, la posesión y la existencia saboreada de mi «Dios de Hierro». De *Hierro*, digo bien. E incluso continué viendo, con singular agudeza, mi colección de «ídolos». En el campo, una pieza de arado que yo escondía cuidadosamente en un rincón del patio. En la ciudad, la cabeza hexagonal de una columnita de refuerzo

2. «Hago todo lo posible actualmente por recuperar y expresar los sentimientos que experimentaba de niño con respecto a lo que he denominado más tarde la *santa Materia*. Es una cuestión bastante delicada y crítica, porque es indiscutible que de aquellos primeros contactos con la “esencia” del Mundo ha brotado y crecido toda mi vida interior. En el presente caso, al menos, nadie puede decir que invada la esfera de la filosofía o la teología. Es una experiencia psicológica personal: ni más ni, tampoco, menos». Carta del 18 de agosto de 1950, *Accomplir l'Homme*, p. 260.

«[...] me ha alegrado recibir ayer a Sacenat. Pero las dos cosas que he recuperado esencialmente de esta excursión por el pasado son: a) la confirmación de que el análisis psicológico (tal como lo he esbozado estos días en mi ensayo) de mis tendencias místicas (cuando era niño) es exacto; y b) la prueba definitiva de que todo un círculo anterior de mí mismo está absolutamente muerto (porque la vaguedad es ahora mucho más profunda interiormente)». Carta del 22 de agosto de 1950, *Accomplir l'Homme*, p. 261 (N. d. E.).

metálica, que emergía al nivel del suelo de la habitación de los niños y de la que me había apropiado. Posteriormente, diversos fragmentos de metralla recogidos amorosamente en un campo de tiro vecino... No puedo evitar sonreír hoy al recordar aquellas chiquilladas. Y, sin embargo, al mismo tiempo me siento forzado a reconocer que en aquel gesto instintivo que me hacía verdaderamente *adorar* un fragmento de metal, se encontraban contenidos y condensados una intensidad de sonido y una serie de exigencias que toda mi vida espiritual no ha consistido sino en desarrollar.

En efecto, ¿por qué el *Hierro*?; ¿y por qué, más concretamente, *tal* trozo de hierro (era preciso que fuera lo más denso y macizo posible), sino porque, debido a mi experiencia infantil, nada en el mundo era más duro, más pesado, más resistente ni más duradero que esa maravillosa sustancia aprehendida en la forma más *plena* posible...? La *Consistencia*: ése ha sido para mí indudablemente el atributo fundamental del Ser. Detenida prematura y estérilmente en su crecimiento, es, supongo yo, esta aprehensión inicial de lo Absoluto bajo la forma de lo Tangible la que produce, por enanismo, al avaro... o al coleccionista. En mi caso, el germen debía providencialmente crecer. Pero hasta ahora (y hasta el final, lo presiento) ese primado de lo Inalterable, es decir, de lo Irreversible, no ha dejado ni dejará de marcar irrevocablemente mis preferencias por lo Necesario, lo General y lo «Natural», por oposición a lo Contingente, lo Particular y lo Artificial; disposición que, por lo demás, ha eclipsado largo tiempo a mis ojos, como se verá, los valores supremos de lo Personal y lo Humano.

Sentido de la Plenitud, ya netamente individualizado, y buscando ya satisfacerse aprehendiendo un Objeto definido en el que se encontrase *concentrada* la Esencia de las Cosas.

Exactamente lo que yo debía entrever, después de muchos años de experiencias y reflexión, en un Polo evolutivo del Mundo.

Pero hay una gran distancia entre el «Punto Omega» y un trozo de hierro... Y yo fui aprendiendo poco a poco y a mi

costa hasta qué punto la Consistencia con la que yo soñaba por entonces es un efecto, no de la «sustancia», sino de la «convergencia». Qué patética desesperación infantil (no lo he olvidado) al constatar un buen día que el Hierro se raya, y se oxida... «*Quo tinea non corrumpit...*».

Y entonces, para consolarme buscaba otros equivalentes. A veces una llama azul (tan material, tan inasible y tan pura al mismo tiempo) oscilante sobre los leños de la chimenea. Más a menudo alguna piedra, la más transparente o la mejor coloreada: cristales de cuarzo o de amatista y relucientes fragmentos sobre todo de calcedonia; lo que me era posible encontrar en la zona. En este último caso era, naturalmente, necesario que la sustancia preciada fuera resistente, inalterable ¡y *dura*!

Proceso imperceptible, pero que debía tener inmensa importancia en el curso de mi evolución espiritual, porque justamente gracias a la salida abierta a mis títubeos por la sustitución del Hierro por el Cuarzo en los vastos edificios del Planeta y de la Naturaleza, comencé, sin darme cuenta, a acceder verdaderamente al Mundo, hasta no poder gustar ya nada que no tuviera las dimensiones de lo Universal.

Y he aquí cómo.

## 2. La aparición de lo Universal

Muy al principio de mi vida consciente, lo repito, para alcanzar y abarcar la «solidez» hacia la cual me llevaba mi necesidad innata de Plenitud, intentaba sobre todo, a fin de captar la esencia de la Materia, buscarla en sus formas más circunscritas, condensadas y pesadas; *ciñéndome*, por supuesto, en el curso de esta tentativa, a la que me parecía entonces la reina de las sustancias (en este caso particular, el Hierro), pero con la marcada preocupación de captar ese ser precioso en sus aspectos lo más definidos y *compactos* posible.

Ahora bien, aquí es donde, bajo el efecto de la atracción recién nacida en mí por el mundo «de las Piedras», iba a perfilarse una expansión definitiva en el fondo último de mi vida interior.

El Metal (tal como podía conocerlo a los diez años) tendía a mantenerme atado a objetos manufacturados y fragmentarios. Mediante el Mineral, por el contrario, me encontraba inserto en la dirección de lo «planetario». Despertaba a la noción de «Trama de las Cosas». Y, sutilmente, esa famosa Consistencia que hasta entonces había perseguido en lo Duro y lo Denso, comenzaba a manifestármese en la dirección de un Elemental expandido por doquier, cuya ubicuidad misma constituía su incorruptibilidad.

Más adelante, cuando estudiara Geología, podría pensarse que probaba simplemente, con convicción y éxito, fortuna en una carrera científica. Pero en realidad, lo que durante toda mi vida me ha llevado irresistiblemente (aun a expensas de la Paleontología) al estudio de las grandes masas eruptivas y de los zócalos continentales, no es sino una insaciable necesidad de mantener contacto (*un contacto de comunión*) con una especie de raíz, o de matriz, universal de los seres.

De hecho, incluso en lo más excelso de mi trayectoria espiritual, sólo me he sentido a gusto bañado en un océano de Materia...

Despertar y desarrollo de un Sentido dominante y victorioso del Todo a partir del Sentido de la Consistencia.

Durante cerca de veinte años de mi vida (desde mi marcha al colegio hasta mi entrada en el teologado de Hastings, Inglaterra) encuentro claramente en mis recuerdos las huellas ininterrumpidas de esta transformación profunda. Durante ese período, como ya diré, el objeto material de mi gozo secreto varió con la edad. Además, en mi existencia se produjo un importante corte (mi entrada en la vida religiosa). Pero, como ahora veo claramente, estos diversos acontecimientos no han sido sino pliegues secundarios en superficie de la corriente de fondo representada por mi despertar al Sentido y a la Vida

cósmicos. Poderosa operación interior en el curso de la cual me encontraba poco a poco invadido, impregnado y reestructurado por entero bajo el efecto de una suerte de metamorfismo psíquico por el que pasaban aparentemente la mayor parte de las energías desencadenadas por mi acceso a la pubertad.

Me sería difícil rememorar o al menos hacer comprender con todo detalle la complicada historia de acuerdo con la cual, en esa época de mi vida, se formaron y comenzaron a trenzarse los diversos hilos con los que debería un día encontrarse tejida para mí la Trama universal.

Por el contrario, en este momento de mi análisis me es preciso enumerar los aspectos principales, cuya individualización o acreción sucesivas contribuyeron en aquel tiempo a dotar a mi Sentido del Todo de sus componentes principales.

Y ante todo, claró está, constituyendo el núcleo sólido y permanente del sistema, el gusto por lo Geológico. Expresándose el primado de la Materia-Materia en el Mineral y la Roca. No volveré a analizar aquí esta modalidad primordial, ya mencionada anteriormente, de mi Sentido de la Plenitud. Pero no podría hacer entender, ni seguir, las peripecias de mi evolución psíquica si no insistiera una vez más en el lugar axial ocupado invariablemente por la pasión y la ciencia «de las Piedras» a lo largo de mi embriogénesis espiritual.

En el centro de mis preocupaciones y de mis gozos secretos se encontraba, pues —entre mis diez y mis treinta años—, el contacto mantenido y desarrollado con lo Cósmico «en estado sólido». Pero también ya en torno a ello, semi-accesoriamente, la atracción naciente de la naturaleza vegetal y animal; y, muy en el fondo, un buen día (al final del período), la iniciación en las grandezas menos tangibles (pero ¡cuán apasionantes!) descubiertas por las investigaciones de la Física. De una y otra parte de la Materia, la Vida y la Energía: las tres columnas de mi visión y mi bienaventuranza internas.

Como consecuencia de su aparente fragilidad (volveré sobre este punto al hablar del Hombre), el Mundo viviente inquietó y desconcertó fuertemente mi infancia. Por una parte,

me sentía indudablemente atraído, debido a mi avisador habitual: el «Sentido de la Plenitud», por las Plantas y los Animales, en cuyo conocimiento me iniciaban la vida en el campo y los gustos naturalistas de mi padre. Por otra parte, para justificar a mis ojos el interés que despertaban en mí objetos tan escandalosamente inconsistentes y destruibles como una flor o un insecto<sup>3</sup>, me creaba (¿o descubría en mí?) ciertas equivalencias misteriosas cuyo vínculo psicológico no puede ser de inmediato evidente, pero que despertaban en mí una misma impresión de intensa satisfacción: en lugar de lo Sólido y lo Inalterable, lo Nuevo o lo Raro. Hasta tal punto que, durante años, la persecución (en zoología o en paleontología) de la «especie nueva» (ahora me hace sonreír) resultó ser uno de los más importantes ejes de mi vida interior. Pendiente resbaladiza, hay que reconocerlo, siguiendo la cual corría el riesgo de caer en el cenagal de las colecciones y el coleccionismo, de no haber contado, ante todo, con mi sentido dominante de lo Universal que, hasta en la satisfacción de poner la mano sobre el ejemplar más valorado, sólo me permitía apreciar, en el fondo, el gozo de un contacto más íntimo (o al menos imaginado como tal) con lo que sería más tarde para mí la «Biosfera»; y de no haber contado también con la impresión decisiva ejercida en mi espíritu, en el momento favorable, por el encuentro con la Física y los físicos.

Durante tres años únicamente, en Jersey, y después durante otros tres años, en El Cairo (1906-1908), estudié (cuanto pude) y enseñé (lo menos mal que pude) una Física bastante elemental: la Física anterior a los Cuantos, la Relatividad y la estructura del Átomo. Ello equivale a decir que en este terreno no soy técnicamente más que un aficionado, un profano. Y, sin embargo, cómo expresar hasta qué punto me siento «en mi casa», plenificado y a gusto precisamente en ese mundo de los

3. A falta de algo mejor, antes que las mariposas, verdaderamente demasiado delicadas, yo prefería los Coleópteros, y cuanto más córneos y robustos mejor...

electrones, los núcleos y las ondas... ¿No es en las vastas realidades cósmicas (Masa, Permeabilidad, Irradiación, Curvatura, etcétera), donde la Trama de las Cosas se revela a nuestra experiencia en forma a la vez indefinidamente elemental e indefinidamente geometrizable; no es en esa misteriosa Gravedad (cuyo secreto a los veintidós años me prometía cándidamente que más adelante me dedicaría a desvelar) donde he encontrado los «arquetipos» de lo Consistente, lo Total, lo Único, lo Esencial de mis sueños de la infancia, esos mismos arquetipos que (como veremos) incluso en lo Crístico me siguen sirviendo hoy para expresarme a mí mismo?

Entre el Mundo de los Animales y el Mundo de las Fuerzas se encuentra, como un estrato fundamental, el Mundo de las Piedras. Y por encima de este conjunto sólidamente ligado —unas veces semejante a un rico tapiz y otras veces a una atmósfera nutricia—, una primera oleada de exotismo caía sobre mí: el Oriente entrevisto y «bebido» ávidamente, no en sus pueblos ni su historia (aún sin interés para mí), sino en su luz, su vegetación, su fauna y sus desiertos... Tal era, hacia los veintiocho años de edad, el complejo espiritual, pasablemente confuso, en el seno del cual fermentaba, sin lograr aún emitir una llama bien definida, mi amor apasionado por el Universo.

De hecho, sin darme cuenta había llegado por entonces, en el curso de mi despertar a la Vida Cósmica, a un punto muerto del que no podía salir sin intervención de una fuerza o luz nueva. Punto muerto. O más bien sutil inclinación a derivar hacia una forma inferior (la forma banal y fácil) del Espíritu panteísta: el panteísmo de efusión y disolución. Porque si la llamada inicial que yo había escuchado provenía efectivamente de la Materia, ¿por qué (susurraba alguien en mí) no buscar la esencia, el «corazón» de ésta, en la misma dirección en que todas las cosas se «ultra-materializan»; es decir, precisamente por el lado de las realidades increíblemente *simples* y envolventes que me había en último término revelado la Física de la Energía y del «Éter» (como se decía aún en aque-

lla época)? Dicho de otro modo, a fin de escapar a la implacable fragilidad de lo Múltiple, ¿por qué no situarse más abajo aún, en un lugar inferior a ello?

Así, de manera insidiosa, tendía a asentarse en mí la preocupación y la preferencia (completamente orientales bajo su ropaje científico) por un *fondo común* de lo Tangible, Elemento de todos los elementos, Soporte de todas las sustancias, directamente captables, por distensión y difusión, *más acá* de toda determinación y toda forma.

Posesión del Mundo por abandono, pasividad y desvanecimiento en el seno de un Amorfo sin límites; movimiento de «comuni3n centrífuga» animado por el instinto de extenderse y distenderse, por debajo de toda pluralidad y toda compartimentación particulares, hasta las dimensiones y la homogeneidad de la Esfera total...

Para ser Todo, fundirme con todo.

He aquí el gesto místico al que l3gicamente me habría llevado, siguiendo los pasos de tantos poetas y místicos hindúes, una necesidad innata e incoercible de plenificarme por adhesi3n, no *a los otros*, sino *al Otro*, si por azar no hubiera ecl3sionado en mí, como un germen salido de no se sabe d3nde, la idea de Evoluci3n.

### 3. El descubrimiento de la Evoluci3n

En el curso de mis a3os de teologí3 en Hastings (es decir, justo despu3s de la fascinaci3n de Egipto) fue cuando, poco a poco –mucho menos como una noci3n abstracta que como una *presencia*–, fue creciendo en mí, hasta invadir por entero mi cielo interior, la conciencia de una Deriva profunda, ontol3gica y total del Universo en torno a mí.

¿Bajo qué influencias o qué impacto, siguiendo qué proceso y a trav3s de qué etapas apareci3 ese sentimiento y ech3 unas raíce3 tan profundas en mí?... No sabría decirlo. Recuerdo bien haber leído en aquel tiempo ávidamente la

*L'Evolution Créatrice*. Pero aparte de haber comprendido bastante mal en aquella época en qué consistía exactamente la Duraci3n bergsoniana<sup>4</sup>, discerno claramente que el efecto que tuvieron en mí aquellas ardientes páginas no consistió sino en atizar en el momento querido, y durante un breve instante, un fuego que devoraba ya mi coraz3n y mi espíritu. Fuego encendido, imagino yo, por la simple yuxtaposici3n en mí, bajo la alta tensi3n «monista», de tres elementos incendiarios que se habían ido, en treinta a3os, acumulando lentamente en lo más íntimo de mi alma: el culto a la Materia, el culto a la Vida y el culto a la Energí3. Encontrando los tres su salida y su síntesis posibles en un Mundo que, de la condici3n fragmentada de Cosmos estático, se encontraba de repente (por adquisici3n de una dimensi3n más) accediendo al estado y la dignidad orgánicas de una Cosmogénesis.

En esos inicios, como es l3gico, distaba yo mucho de comprender y calibrar claramente la importancia del cambio que se operaba en mí. Lo único que recuerdo de entonces (además de esta palabra mágica, «evoluci3n», que me venía sin cesar al pensamiento como un estribillo, un deseo, una promesa y una llamada...), lo único que recuerdo, repito, es la extraordinaria densidad e intensidad que adquirieron para mí por aquella época los paisajes de Inglaterra –sobre todo al ponerse el sol–, cuando los bosques de Sussex parecían cargarse de toda la Vida «f3sil» que yo perseguía entonces, por acantilados y canteras, en las arcillas wealdianas. A veces me parecía verdaderamente que una suerte de ser universal iba, de repente y ante mis ojos, a adquirir forma en la Naturaleza. Pero ya no intentaba, como anta3o, captar y fijar lo Inefable Ambiente en algo «ultra-material», sino, por el contrario, en algo «ultra-viviente»... El sentido de la Plenitud se había, por así decirlo, invertido en mí. Y desde entonces ya no he dejado de mirar y avanzar siguiendo esta nueva orientaci3n.

4. Que, por lo dem3s, por falta de «convergencia» (cf. más adelante, II: Lo Humano, o lo Convergente) no podía satisfacerme.

Insistamos un poco más en esta inversión y este descubrimiento.

Por mi educación y por mi religión, yo siempre había admitido dócilmente hasta entonces –sin reflexionar bien sobre ello, por lo demás– una heterogeneidad de fondo entre Materia y Espíritu. Cuerpo y Alma, Inconsciente y Consciente: dos «sustancias» de naturaleza distinta, dos «especies» de Ser incomprendiblemente asociadas en el Compuesto vivo respecto de las cuales era preciso mantener a cualquier precio, se me aseguraba, que la primera (mi divina Materia) no era sino la humilde sierva (por no decir la adversaria) de la segunda, encontrándose ésta (es decir, el Espíritu) desde entonces reducida a mis ojos, por este mismo hecho, a no ser más que una Sombra que había que venerar por principio, pero por la cual (emotiva e intelectualmente hablando) yo no experimentaba en realidad ningún interés vivo. Júzguese, en consecuencia, mi impresión interior de liberación y júbilo cuando, con mis primeros pasos, aún vacilantes, por un Universo «evolutivo» constataba que el dualismo en el que se me había mantenido hasta entonces se disipaba como la niebla ante el sol naciente. Materia y Espíritu, no dos cosas, sino dos *estados*, dos rostros de una misma Trama cósmica, según se la vea, o se la prolongue, en el sentido en que (como hubiese dicho Bergson) se hace –o, por el contrario, en el sentido en que se deshace.

«Hacerse» o «deshacerse»: expresiones terriblemente vagas aún, por supuesto –y que exigirían varias décadas para precisarse en mi cabeza–, pero expresiones suficientes, a su manera, para afirmarme de ahí en adelante en una actitud u opción que gobernaría todo el curso de mi desarrollo interior y cuyas características principales pueden definirse con estas sencillas palabras: el primado del Espíritu; o, lo que viene a ser lo mismo, el primado del Futuro.

Estrictamente hablando, sin duda, el simple hecho de haber visto desvanecerse la pretendida barrera que separaba el Interior y el Exterior de las cosas –o incluso al constatar que,

una vez superada la barrera, se establece una corriente, experimental y tangiblemente, que va de lo menos a lo más consciente en la Naturaleza–; este hecho, lo confieso, no bastaría por sí solo para establecer rigurosamente una superioridad absoluta de lo Animado sobre lo Inanimado –de la Psique sobre el Soma–. ¿Por qué, en efecto, no habría de oscilar el Cosmos indiferentemente de un polo al otro?, o incluso, después de un cierto número de oscilaciones, ¿por qué, en posición Materia, no podría estabilizarse finalmente de manera inmutable?... ¿No habrían podido ser éstas otras tantas fórmulas plausibles de Evolución?

Resulta sorprendente que estas diversas cuestiones, que inevitablemente tenía que hacerme en lo sucesivo (y que, al menos para mi uso personal, tengo conciencia de haber resuelto) no me surgieran en un primer momento. Ya sea por una reacción de evidencia instintiva –evidencia que, no creo equivocarme, confería al movimiento cósmico que acababa de manifestármese un máximo de valor creativo y de inalterabilidad–, ya sea por anticipación oscura de las condiciones o exigencias psíquicas de la Evolución (tal como me las revelaría posteriormente el estudio de la Energía Humana), no me detuve seriamente ni un solo instante ante la idea de que la Espiritualización progresiva de la Materia, a la que me hacía tan claramente asistir la Paleontología, pudiera ser nada distinto ni inferior a un proceso *irreversible*. El Universo en gravitación se encaminaba hacia el Espíritu como su forma estable en perspectiva. Dicho de otro modo, la Materia, prolongada, profundizada y penetrada hasta el fondo, *siguiendo su verdadero sentido*, en lugar de ultra-materializarse como en principio yo creía, se metamorfoseaba, por el contrario, irresistiblemente en Psique. No metafísica, sino genéticamente considerado, el Espíritu, lejos de ser antagonista o antípoda, era el corazón mismo de la Tangibilidad a la que yo trataba de llegar.

Necesitaría toda una vida para calibrar (y de manera sumamente incompleta, por lo demás) lo que esta transposición de valor (lo que este cambio en la noción misma de

Espíritu) tiene de inagotablemente constructivo..., y a la vez de revolucionario, para la inteligencia, la oración y la acción.

Entre tanto, mi situación interior era la siguiente. Al saltar directamente del viejo dualismo estático, que me paralizaba, para emerger a un Universo en estado no sólo de evolución, sino de *evolución dirigida* (es decir, de *Génesis*), me veía llevado a operar un verdadero cambio radical de dirección en mi búsqueda fundamental de la Consistencia. Hasta entonces, como ya he dicho, mi sentido directivo de la Plenitud tendía a orientarse y fijarse por el lado de lo «extremadamente simple» (es decir, de lo físicamente indescomponible). En adelante, puesto que la esencia única y preciosa del Universo había adquirido para mí la forma de un Evolutivo en el que la Materia se mudaba en Pensamiento por prolongación del efecto de la Noogénesis, me encontraba inevitable y paradójicamente llevado a identificar la Solidez extrema de las cosas con una *extrema Complejidad orgánica*. ¿Cómo podía lo más corruptible devenir, por un efecto de síntesis, lo Indestructible supremo?... Al no conocer aún las «leyes biológicas de la Unión» ni haber descubierto los prodigiosos atributos de una Curvatura universal, no veía con completa claridad la solución del problema. Pero ya no dudaba que la bienaventuranza que yo había buscado en otro tiempo en el «Hierro» sólo podía encontrarla en el Espíritu.

Y ya, de hecho, como para reafirmarme, dos inmensas Unidades vivientes comenzaban a elevarse sobre mi horizonte interno; unidades de dimensiones planetarias donde, justamente por exceso de composición y organicidad, podía yo ver manifestarse en el seno de la Trama cósmica un extraordinario poder de «consolidación por complejificación»:

Una en la que iban poco a poco agrupándose y armonizándose sin esfuerzo mis múltiples experiencias de biólogo sobre el terreno y en laboratorio: la envoltura viva de la Tierra, la Biosfera.

Y la otra –para cuya perspectiva definitiva no le faltaba a mi espíritu sino el gran impacto de la Guerra–, la Humanidad totalizada: la Noosfera.

## II

### Lo Humano, o lo Convergente

Hoy el Hombre (o más exactamente lo *Humano*<sup>1)</sup>) constituye la base sobre la que se apoya, articula, cohesionada y mueve el edificio entero de mi Universo interior. Pero a esta posición cardinal dista mucho, en mi perspectiva, de haber sido llevado sin resistencia y a la primera.

Como consecuencia del despertar en mí de la noción de Evolución, el Espíritu (como acabo de decir) había suplantado a mis ojos al Mineral y a lo Atómico en su dignidad de esencia inalterable y envolvente del Universo. Pero este *Espíritu*, concebido vagamente a la manera de una suerte de antípoda de la Energía del físico, permanecía –y permanecería largo tiempo– para mí sin estructura precisa<sup>2</sup>; dos prejui-

1. Y aquí (en estas expresiones, quiero decir) reaparece mi incoercible necesidad de *universalizar* lo que amo.
2. Hasta 1935, en el Credo abreviado incluido al principio de *Cómo yo creo* (y aunque el Ensayo mismo se apoya explícitamente, en su argumentación, sobre el Fenómeno Humano), no figura la palabra *Hombre*. Hoy yo diría:

«...Yo creo que la Evolución va hacia el Espíritu.

Creo que, *en el Hombre*, el Espíritu se consuma en Personal».

Sólo un rasgo más –pero que basta para hacernos salir sin equívocos de lo metafísico e instalarnos en lo histórico y lo biológico–, lo planetario.

cios innatos y tenaces me disuadían de mirar de frente, y asimilar, el hecho (bastante claro, sin embargo) de que, aunque el Mundo represente verdaderamente un sistema órgano-dinámico en vías de interiorización psíquica, es a través de la Carne, por la vía de la Hominización, como se opera la Noogénesis.

Por una parte (ya he hablado anteriormente de esta reacción al referirme a mis primeras relaciones con la Naturaleza); por otra parte, repito, la inestabilidad físico-química de las sustancias orgánicas en general, y más concretamente del cuerpo humano<sup>3</sup>, continuaba ofuscando afectivamente, a pesar de toda la evidencia intelectual contraria, mi necesidad de consistencia.

Y por otra parte —obstáculo nuevo—, cuanto más se afirmaban y engrandecían en mi pensamiento la primacía y la atracción de lo Cósmico, tanto más me desconcertaba e incomodaba, por contraste, lo Humano, por la preponderancia que adquirían en su nivel lo «individual», lo «accidental» y lo «artificial»... ¿No penetraba y desgarraba lo Plural, en el Hombre, inevitable y desastrosamente, lo Universal y lo Total?... ¿Dejaba aún el árbol, no digo únicamente *ver*, sino *subsistir*, el bosque?...

De manera un poco esquemática, me parece posible reducir a *tres* las etapas que me fue preciso ir sucesivamente franqueando, entre los treinta y los cincuenta años, para superar esas dos formas de repugnancia interior y tomar finalmente conciencia plena de las extraordinarias riquezas cósmicas concentradas en el Fenómeno Humano:

La primera etapa me hizo acceder a la noción de Planetariedad humana (existencia y contornos de una Noosfera).

3. Me veo de nuevo, y me vuelvo a «experimentar» (podía tener cinco o seis años) cerca de la chimenea observando, con una consternación que repercutía en mi culto al «Niño Jesús», la combustión maloliente de un mechón de pelo...

La segunda me descubrió más explícitamente la transformación crítica sufrida por la Trama cósmica en el nivel de la Reflexión.

Y la tercera me condujo a identificar, por efecto de la convergencia psico-física (o «Planetización»), una deriva acelerada de la Noosfera hacia estados ultra-humanos.

## 1. La realidad de la Noosfera

Si no me equivoco, hasta una memoria sobre el Hombre escrita hacia 1927<sup>4</sup>, es decir, después de mi primer viaje a China, no me permitió por primera vez —por simetría con la Biosfera de Suess— hablar de *Noosfera* para designar la envoltura pensante de la Tierra. Pero si bien en mis escritos la palabra no apareció hasta esa fecha relativamente tardía, la visión había germinado en mi mente diez años antes por el contacto prolongado con las enormes masas humanas que, del Yser a Verdun, se enfrentaban por entonces en las trincheras de Francia.

La atmósfera del «Frente»...

Fue por haber estado inmerso en ella —por haber estado impregnado de ella durante meses y meses— precisamente allí donde estaba más cargada y era más densa, por lo que dejé decididamente de percibir ruptura alguna (y hasta diferencia alguna) entre lo «físico» y lo «moral», entre lo «natural» y lo «artificial»; el «Millón de hombres», con su temperatura psíquica y su energía interna, adquirieron para mí una magnitud tan evolutivamente real —y, por tanto, tan biológica— como una

4. Édouard Le Roy tuvo a bien otorgar un lugar preferente a este primer ensayo mío sobre el Fenómeno Humano [se trata de *La Hominisation*, ensayo redactado en París en mayo de 1925 y publicado, en 1957, en el tomo III de sus Obras: *La Vision du Passé* (N. d. E.)] en sus cursos en el Colegio de Francia («La exigencia idealista y el hecho de la evolución»), confiriendo así su autoridad a la expresión «Noosfera», que, a partir de ese momento, ha hecho fortuna.

gigantesca molécula de proteína. Posteriormente, me ha sorprendido a menudo constatar a mi alrededor, en mis contradictores, una completa impotencia para concebir que el individuo humano, por el hecho mismo de representar una *magnitud corpuscular, debe*, como cualquier otra especie de corpúsculos en el Mundo, encontrarse inscrito en relaciones y agrupamientos físicos de orden superior a sí mismo; agrupamientos que no puede de ninguna manera captar directamente *como tales* (justamente por ser de orden  $n+1$ )<sup>5</sup>, pero cuya existencia e influencia le son, por múltiples indicios, perfectamente cognoscibles. Ha sido indudablemente, repito, la experiencia de la Guerra, la que me hizo tomar conciencia de este don, o facultad –aún relativamente raro<sup>6</sup>–, de *percibir*, sin *verlas*, la realidad y la organicidad de las magnitudes colectivas, y lo ha desarrollado en mí *como un sentido más*<sup>7</sup>.

5. A escala de la célula, el cuerpo del Metazoario deja de ser percible; y la molécula a escala del átomo...
6. Pero destinado, estoy persuadido de ello (al igual que el sentido cósmico, y al mismo tiempo que éste), a generalizarse rápidamente en el seno de las generaciones venideras.
7. Este despertar se percibe claramente en una fantasía un tanto extraña, escrita hacia 1917 en las trincheras y titulada «La Grande Monade» («La Gran Mónada»): la Luna llena emergiendo de las alambradas, símbolo e imagen de la Tierra pensante. Y con mayor claridad aún en el último párrafo (suprimido por los editores) de la «Nostalgie du Front» (*Études* [20 de noviembre de 1917]), que vuelvo a transcribir aquí:

«...Era ya de noche cerrada en el “Camino de las Damas”. Me levanté para bajar de nuevo al acantonamiento. Y hete aquí que, al volverme para ver por última vez la línea sagrada, la línea caliente y viva del Frente, entreví, como en un relámpago de intuición incompleta, que dicha línea asumía la forma de una Cosa superior, muy noble, que yo sentía adquirir consistencia ante mis ojos, pero que habría sido necesario un espíritu más perfecto que el mío para dominarla y comprenderla. Pensé entonces en esos cataclismos de magnitud prodigiosa que en el remoto pasado únicamente tuvieron por testigos a animales. Y me pareció en aquel instante que me encontraba ante aquella Cosa que estaba haciéndose, igual que un animal cuya alma se despierta y percibe grupos de realidades encadenadas sin poder comprender el vínculo de lo que éstas representan». [*La Grande Monade et la Nostalgie du Front*, tomo XII de sus Obras, Ed. du Seuil (N. d. E.)].

Ahora bien, una vez adquirido este sentido suplementario, era literalmente un nuevo Universo el que surgía ante mis ojos: al lado (o por encima) del Universo de las grandes Masas, el Universo (como diré a continuación) de los grandes Complejos. En la tierra, mi instinto primero habría sido originariamente tener preferentemente en cuenta lo más central y lo más pesado, es decir, la «Barisfera»... Pero ahora mi atención y mi interés (polarizados siempre por la misma necesidad fundamental de Solidez e Incorruptión) se encontraban ascendiendo poco a poco, como deslizándose, del núcleo central, muy simple, a las capas periféricas, irrisoriamente finas pero formidablemente activas y complejas, del Planeta. No sólo no experimentaba ya dificultad alguna para comprender, en cierto modo intuitivamente, la unidad orgánica de la membrana viva extendida como una película sobre la superficie iluminada del astro que nos porta, sino que también, individualizándose y destacándose poco a poco –como un *aura* luminosa– alrededor de esa capa protoplásmica sensible, comenzaba a surgir ante mí una última envoltura –envoltura ya no sólo consciente, sino pensante– en la que en adelante no cesaría de concentrarse, ante mi mirada, con un resplandor y una consistencia crecientes, la esencia o, mejor dicho, el Alma misma de la Tierra.

## 2. La Trama de la Noosfera

En el curso de un primer tiempo de aprehensión, el rasgo que más atrajo mi atención en la Noosfera fue lo que me permitiré denominar su «tensión superficial». Ejemplo extraordinario (¡único caso!), en el campo de nuestra observación, de una magnitud viva, de dimensiones planetarias, que se totaliza absolutamente sobre sí misma. En la base (como en toda «esfera»), ubicuidad y solidaridad. Pero por encima, por añadidura, unidad orgánica de operación.

Rematando la multitud desordenada de los vivientes, la Unicidad humana...

Esta notable singularidad en la cohesión se bastaba a sí misma para atraer y fascinar mi interés por lo Cósmico-percibido-en-sus-formas-extremas. Sin embargo, en la historia de mi descubrimiento de lo Humano, no era sino una primera aproximación o, si se prefiere, un primer acceso, que iluminaba como en tres grados la naturaleza misma de la Trama noosférica considerada en su estructura profunda.

En la raíz, una disposición primordial, *sui generis*, de la sustancia cósmica a ordenarse y enrollarse sobre sí misma.

A lo largo del camino, para un cierto valor de ordenamiento físico-químico de la Materia vitalizada, un punto crítico «de Reflexión», que desencadena el cortejo completo de las propiedades específicas de lo Humano.

Finalmente, difundidos, por efecto de Reflexión, en la médula misma de lo noosférico, una exigencia y un germen de completa y definitiva inalterabilidad.

He mencionado anteriormente la curiosa seducción ejercida en mi espíritu, aún muy joven, por los fenómenos gravitatorios. ¿Es una simple casualidad que, en lugar de esa energía misteriosa cuyo estudio estaba técnicamente fuera de mi alcance, otra entidad, de la misma amplitud y aspecto, me haya ido apareciendo poco a poco en un ámbito a la vez más abordable para mis esfuerzos y situado más cerca del eje mismo de la Cosmogénesis? Tampoco es la «atracción» universal que aproxima gradualmente a la Masa cósmica, sino la potencia, aún inadvertida e innominada, la que fuerza a la Materia (a medida que se condensa bajo presión) a disponerse en corpúsculos cada vez mayores, más diferenciados y más organizados. Más allá y por encima la *Curvatura-que-aproxima*, la *Curvatura-que-ordena*... En absoluto una deriva apacible hacia el equilibrio y el reposo, sino un irresistible «Vórtice» retorciendo sobre sí misma, en sentido único<sup>8</sup>, de lo más sim-

8. De abajo arriba, aunque bajo la acción del «arriba».

ple a lo más complejo, la Trama de las cosas –retorciéndola en núcleos cada vez más voluminosos y más complicados astronómicamente hablando–; torsión de ordenación que tiene el resultado de hacer surgir, por efecto de la interiorización, la conciencia (la temperatura psíquica) en el corazón de los corpúsculos sucesivamente engendrados<sup>9</sup>.

El fantástico torbellino de los electrones, los núcleos y los átomos prolongándose, ramificándose e intensificándose secretamente en lo más profundo de las células y de los edificios celulares...

Desde hace treinta años no he dejado de ver simplificarse, esencializarse y transfigurarse, en este *maelstrom* fundamental, la falsa tranquilidad superficial de la Materia vitalizada.

Materia vitalizada: entidad frágil cuya aparente insignificancia había siempre inquietado y decepcionado, hasta entonces, a mi necesidad de adorar.

Materia vitalizada: espuma delicada precariamente flotante en la superficie del crisol planetario...

Y he ahí que repentinamente veía resurgir y brotar en ti, por todos tus poros, como savia o como llama, la consistencia misma del Mundo.

Y, al mismo tiempo, todo se iluminaba y ordenaba en las cosas, para mi mirada sensibilizada, en la doble escala de los valores y del Tiempo.

Porque, en principio, si la Vida ya no es, como podía parecer anteriormente, una anomalía, un accidente, una excepción, sino que representa únicamente la manifestación, localmente culminante, de la deriva fundamental de la Materia, entonces la cantidad ínfima de sustancia orgánica actualmente diseminada a través de los cielos ya no menoscaba su *calidad*. ¿Qué

9. Algo similar a lo que ocurre en la Física atómica, donde ningún microcorpúsculo se concibe en reposo ni sin su onda (tanto más penetrante cuanto mayor sea la masa del corpúsculo), análogamente, podría decirse, desde el punto de vista de la Física biológica, que no existe ningún mega-corpúsculo sin un psiquismo (tanto más elevado cuanto más complicado sea el corpúsculo considerado).

importa, en efecto, la rareza de los seres vivos, si esa rareza no es sino efecto y expresión de las dificultades opuestas por el juego de las probabilidades a la emergencia de una fuerza de «complejificación» que ejerce presión en todo el Universo?

Pero hay más.

Reconocido y admitido (no en contradicción, sino en complementariedad, o incluso en predominancia respecto del principio mecánico del «menor esfuerzo»), el gran principio biofísico del «ordenamiento máximo» de la Materia, me resultaba evidente que, una vez afirmada la Vida en alguna parte del Mundo, era preciso esperar verla no sólo expandirse sino intensificarse (por acción de la ultra-complejificación) lo máximo posible sobre el astro vitalizado. Así se explicaba, al hilo de los tiempos geológicos, el incremento tenaz e irreversible de la Cerebración y la Conciencia en la superficie de la Tierra. Y así adquiriría pleno significado a mis ojos el fenómeno hominizador de la Reflexión. La Reflexión, punto crítico «cósmico», inevitablemente encontrado y atravesado en un momento dado por toda Materia que tienda a un cierto exceso de temperatura psíquica y organización. La Reflexión, paso (como mediante un segundo nacimiento) de la Vida simple a la «Vida al cuadrado». La Reflexión, propiedad necesaria y suficiente para explicar la discontinuidad fundamental, y esa especie de separación, identificable experimentalmente, entre Bio- y Noosfera.

La Materia matriz del Espíritu. El Espíritu estado superior de la Materia.

En estas dos proposiciones, convertidas en el eje mismo de mi perspectiva y mi progresión internas, la palabra *espíritu* adquiriría en adelante un sentido preciso y concreto: se convertiría en el *término estructurado de una operación definida*.

Bien podría haberme visto confrontado en ese momento al Inconsciente freudiano, o a cualquiera de los intuicionismos filosóficos, artísticos o literarios que están tan de moda desde la primera guerra. Mi posición quedaba ya establecida para siempre. Porque había visto de una vez por todas que, abando-

nado a sí mismo, el Mundo cae en equilibrio hacia adelante, con toda su inmensidad y todo su peso, no en dirección a la oscuridad, sino a la luz. Y en lo sucesivo nada podría apartarme de la convicción irrevocable de que es en forma, no digo de Conceptos, sino de *Pensamiento*, como la Trama de las cosas se concentra poco a poco, en estado puro, como cúspide del Cosmos, en su forma más estable, es decir, la más perfectamente irreversibilizada.

Pero esto, para ser bien entendido, requiere ciertas explicaciones, no sacadas esta vez de algún período antiguo, sino de la fase más avanzada de mi aventura interior en busca del Corazón de las cosas.

### 3. La evolución de la Noosfera

Incluso entre quienes (cada vez más numerosos, afortunadamente), superando ciertos hábitos de espíritus rutinarios y ciertas ilusiones anatómicas, empiezan a ver una Noosfera como aureola de la Biosfera, dista mucho de lograrse el acuerdo en torno a la cuestión de si esa «corona» de sustancia *reflexiva* peri-terrestre ha terminado o no su evolución planetaria.

Pues bien, precisamente en torno a esta cuestión crucial de un *punto muerto* de la antropogénesis, en el curso de estos últimos años me he visto llevado a adoptar, con todo el ímpetu de mi evidencia interior, una actitud decisiva.

Ya hace mucho tiempo (cf., por ejemplo, *Cómo yo creo*) que señalé hasta qué punto la Humanidad, por su estado de des-organización residual, traiciona la posibilidad, y, por tanto, la inminencia, de un estado de unificación superior. *A priori* (es decir, a juzgar por su potencial de ultra-ordenamiento), podría afirmarse que la hominización aún prosigue.

Pues bien, desde 1939, la realidad de esta deriva organopsíquica no ha dejado de presentármese, a la luz de los hechos, con creciente resplandor; y el resultado ha consistido en dar forma y objetivo definitivos a mi necesidad innata de Plenitud y Consistencia.

De creer a los partidarios de un cierto «sentido común», el movimiento de enrollamiento cósmico del que surgió hacia finales del Terciario el tipo zoológico humano habría cesado por completo hace varios milenios. ¿Podría la humanidad, repiten en nuestros oídos, producir algún día algo mejor que Beethoven o Platón? Ahora bien, justo al contrario, respondo yo, ¿cómo no ver que, más estrechamente que nunca, el proceso de convergencia del que hemos salido en cuerpo y alma continúa envolviéndonos, rodeándonos, bajo la apariencia y, por así decirlo, en los pliegues de una gigantesca contracción planetaria?...

¿Quién de nosotros no ha experimentado hasta gritar, hasta en su médula, la «consolidación» o cimentación irresistibles de una masa pensante (la Humanidad) cada vez más comprimida sobre sí, por multiplicación y por dilatación a la vez de sus elementos individuales?... Esta anatomía prodigiosa de un vasto *phylum* cuyas ramas, en lugar de divergir, como es habitual, no dejan —como una monstruosa inflorescencia— de replegarse cada vez más estrechamente las unas sobre las otras, como una enorme flor, digo bien, que se fuera cerrando sobre sí... Esta fisiología verdaderamente mundial de un organismo en el que la producción, la nutrición, la maquinación, la búsqueda y la herencia adquieren decididamente una amplitud planetaria... Esta creciente imposibilidad del individuo de bastarse económica e intelectualmente... Hoy nadie intenta negarlas. Pero entonces ¿por qué respecto del significado cosmogénico (o, más exactamente, «noogénico») del fenómeno nuestros ojos permanecen de ordinario aún obstinadamente cerrados? ¿Cómo es posible, dicho de otro modo, que en la totalización acelerada contra la que luchamos a veces tan desesperadamente no reconozcamos sencillamente la prolongación normal, por encima de nuestras cabezas, del proceso generador del Pensamiento terrestre: un dinamismo de Cerebración?

Bajo el efecto combinado de la Técnica y la Socialización se acepta que la *visión* humana aumenta en ciertos sectores

(en particular en el de la Ciencia pura); pero se sigue rechazando que el *órgano* mismo de esta visión pueda ir perfeccionándose hereditariamente. Pues bien, tales son precisamente el prejuicio y la ilusión tenaces de los cuales un buen día me encontré completamente liberado. Que en cada elemento humano la capacidad individual de sentir y pensar haya alcanzado su límite (al menos provisionalmente) hace treinta o cuarenta mil años es posible; pero que la Hominización en su esencia (es decir, la concentración sobre sí del Psiquismo terrestre global) se haya detenido lo desmiente formalmente, en mi opinión, el fantástico espectáculo, que tenemos ante nuestros ojos, de una *Reflexión colectiva* en rápido ascenso, al mismo ritmo que una organización cada vez más unitaria.

La complicación (bajo compresión) y la «Temperatura» psíquica continúan elevándose a nuestro alrededor, esta vez no de acuerdo con las dimensiones del individuo, sino a escala planetaria. ¿Cómo no reconocer en este familiar signo la realidad objetiva, experimental, de una transformación dirigida de la Noosfera «as a whole»?

*Zoológica y psicológicamente hablando, el Hombre, percibido finalmente en la integridad cósmica de su trayectoria, no se encuentra aún sino en un estado embrionario..., más allá del cual se perfila ya una amplia franja de ULTRA-HUMANO.*

Ante esta evidencia de una deriva «creadora» que arrastra las mega-moléculas humanas (bajo el efecto estadístico incluso de sus crecientes libertades) en dirección a un increíble estado casi «mono-molecular», en el que (conforme a las leyes biológicas de la Unión<sup>10</sup>) cada *ego* está destinado a alcanzar su paroxismo en algún misterioso *super-ego*, yo puedo

10. «La unión (la unión *biológica*) no identifica, sino que diferencia al Viviente simple. Y personaliza en sí lo Reflexivo». Es, pues, una herencia orgánica representarse formando una sola «alma» a lo Reflexivo totalizado. No es una sola alma, sino un alma sobre-animando a todas las almas reunidas.

decir que en este año de 1950 culmina la evolución de mi visión interior.

Desde hace mucho tiempo (de hecho, a partir del momento en que el equilibrio del mundo se invirtió a mis ojos de Atrás Adelante) no he dejado de presentir, a la cabeza de la Cosmogénesis, la existencia de un Polo, no sólo de atracción, sino de *consolidación* —es decir, de *irreversibilización*.

Y así, finalmente, hecho posible, o incluso exigida su existencia por una maduración humana que sólo podría alcanzar biodinámicamente su punto crítico y final de Ultra-reflexión mantenida y suscitada por una creciente esperanza de inmortalidad, ese centro misterioso de la Noogénesis se materializaba por fin en mi experiencia. De un solo e irresistible golpe, por efecto de la convergencia, lo Inalterable con que siempre había soñado se universalizaba y se personalizaba *a la vez*.

El «trozo de hierro» de los primeros días hace mucho tiempo que está ya olvidado. Pero en su lugar, en forma de *Punto Omega*, es la Consistencia del Universo la que tengo ahora concentrada (no sabría decir si por encima o en el fondo de mí mismo) en un único centro indestructible,

AL QUE PUEDO AMAR.

### III

## Lo Crístico, o lo Céntrico

### Observación preliminar.

#### La reflexión o revelación del Punto Omega

Con el descubrimiento de Omega finaliza lo que podría denominar la rama natural de mi trayectoria interior en busca de la consistencia última del Universo. Como acabamos de ver, no sólo en la dirección vaga del «Espíritu», sino en forma de Centro supra-personal bien definido, se ha revelado finalmente, en mi búsqueda experimental, un Corazón de la Materia total. De no haber sido creyente y de haberme dejado llevar únicamente por los impulsos de mi Sentido de la Plenitud, me parece que de todas maneras habría llegado a la misma cima espiritual de mi aventura interior. Es incluso posible que por simple profundización racional de las propiedades cósmicas de Omega («unidad compleja en la que la suma organizada de los elementos reflexivos del Mundo se irreversibilizan en el seno de un Super-ego trascendente») hubiera sido llevado tardíamente, en el curso de un proceso final, a reconocer en un Dios encarnado el Reflejo mismo, en nuestra Noosfera, del Núcleo último de totalización y consolidación bio-psicológicamente exigido por la evolución de una Masa viva *reflexiva*.

Para ser Hombre por completo, es posible que me hubiera visto obligado a hacerme cristiano.

Pero todo esto no son más que suposiciones gratuitas.

De hecho, para mi fortuna nací en pleno «*phylum*» católico; es decir, en el centro mismo de la zona privilegiada en la que la fuerza ascensional cósmica de «Complejidad-Consciencia» se combina con el flujo descendente (aspirante) de atracción personal y personalizante establecido entre el Cielo y la Tierra por efecto de la Hominización.

Con el resultado de que, *pari passu* con la evolución espontánea en mí del sentido cósmico innato (o «cromosómico») analizado anteriormente (capítulos I y II), otro proceso (éste desencadenado por mi *educación*) no ha dejado nunca de proseguirse en mi espíritu y en mi corazón: me refiero al despertar de un cierto *Sentido Crístico*, cuyas fases (partiendo de nuevo de mis recuerdos de la infancia) me es preciso ahora relatar.

Sentido cósmico y sentido crístico: en mí, dos ejes aparentemente independientes el uno del otro en su nacimiento, y cuya relación, convergencia y, finalmente, identidad de fondo sólo después de mucho tiempo y esfuerzo he acabado por percibir a través y más allá de lo Humano.

## 1. El Corazón de Jesús

Por muy unitiva y «comulgante» que hubiera sido –y, consiguientemente, por muy cargada de emoción que hubiera estado– desde el origen mi toma de contacto con el Universo y mi toma de conciencia del mismo, estaba abocada, abandonada a sí misma, a no superar un cierto grado, bastante mediocre, de intimidad y ardor. Al Punto Omega yo no accedía, en efecto, por vía cósmica y biológica, sino a duras penas, gracias a un restablecimiento dialéctico que me dejaba frente a una Entidad «deducida y conjeturada», más que sentida y experimentada. Centro en Centro, Corazón en Corazón, anticipados más que materializados. Gesto intensamente apasionado por mi parte, naturalmente, pero aún no verdadero amor, y, por tanto, todo un mundo entre los dos...

Era preciso que cayera sobre mí una chispa para hacer brotar el fuego.

Pues bien, esa chispa mediante la cual «mi Universo», aún sólo *semi*-personalizado, *acabaría de centrarse y amorizarse*, fue indudablemente a través de mi madre, a partir de la corriente mística cristiana, como iluminó y encendió mi alma de niño.

Más adelante me asombraría con frecuencia al constatar la extrema dificultad experimentada por muchos espíritus bien dispuestos (e incluso sedientos) para concebir la *posibilidad* misma de un amor super-hominizado.

Nada semejante en lo que a mí concierne.

¿Simple efecto de la educación primera, o huellas de una cierta «mutación psíquica» que sensibilizara poco a poco la Noosfera a la influencia de Omega en torno al eje cristiano, o ambas cosas a la vez?...

No sabría decirlo.

Lo único que sé es que, gracias a una suerte de hábito adquirido desde siempre, nunca, en ningún momento de mi vida, he tenido la menor dificultad en dirigirme a Dios como a un supremo ALGUIEN. De manera que, paralelamente al Sentido cósmico «congénito» que constituye, como ya se ha visto, la «espina dorsal» de mi vida interior, constato que nunca ha dejado de funcionar en mí un cierto «amor a lo Invisible»<sup>1</sup>: este gusto, *transmitido* del Cielo, después de haber alimentado secretamente mi gusto *innato* por la Tierra, terminó por confluír explícitamente con él gracias a un proceso de *universalización* cuyas dos primeras fases pueden describirse, en mis recuerdos, como una «materialización», seguida muy pronto de una «energificación», de la noción de Amor divino.

Y, ante todo, una «materialización» del Amor divino.

En mi caso, biológicamente hablando, ¿cómo podría haber sido de otro modo?

1. Más o menos estimulado y alimentado por la influencia de lo Femenino (cf. más adelante el «Colofón»).

Mamado con la leche, un Sentido «sobrenatural» de lo Divino se había introducido en mí al lado del Sentido «natural» de la Plenitud. Dado que ambos «gustos» exigían ocupar todo el espacio y ninguno de los dos podía acabar con el otro, ¿qué salida plausible había para el conflicto sino una asimilación del primero (menos primitivo y más externo, genéticamente hablando) por el segundo?; ¿y qué forma de asimilación posible sino el ajuste en mí de lo Divino a lo Evolutivo; es decir, a esa ley psicológica propia de mi naturaleza de no poder adorar sino a partir de lo Tangible y lo Resistente?

El avance en esta dirección me lo facilitaba el hecho de que «el Dios de mi madre» era ante todo, para mí como para ella, el Verbo *encarnado*. Por sí mismo, a través de la Humanidad de Jesús, se había establecido desde el principio un primer contacto entre las dos mitades, «cristiana» y «pagana», de mi ser profundo. Pero un contacto en el que reaparecía precisamente mi primera dificultad, anteriormente mencionada, para percibir «la Consistencia de lo Humano».

¡Extrañas e ingenuas reacciones de un cerebro infantil! En la persona misma de Cristo (lo recuerdo perfectamente, cf. nota *supra*) repercutió instantáneamente mi decepción respecto de lo Orgánico cuando vi, por primera vez, consumirse desagradablemente ante mis ojos un mechón de pelo... Para poder *adorar plenamente* a Cristo era necesario que, en un primer momento, lograra «consolidarle».

Y es en este punto donde aparece, en la historia de mi vida espiritual (¡sírvese el lector no sonreír!), el papel capital germinal desempeñado por una «devoción» con la que mi madre no dejó jamás de nutrirme, sin sospechar las transformaciones que le haría experimentar mi insaciable necesidad de Organicidad cósmica: la devoción al Corazón de Jesús.

Históricamente, como es bien sabido, el culto al «Sagrado Corazón» (o Amor de Cristo), latente desde siempre en la Iglesia, se expresó en Francia, en el «gran siglo» [XVII], en forma asombrosamente viva, pero al mismo tiempo extraña-

mente limitada, ya sea en su objeto (la «Reparación»), ya sea en su símbolo (el corazón del Salvador considerado en su aspecto más extrañamente anatómico).

Desgraciadamente, las huellas de este doble particularismo se identifican aun hoy, ya sea en una liturgia obsesionada siempre por la idea de pecado, ya sea en una iconografía de la que hay que saber lamentarse sin irritarse demasiado. Pero, en lo que a mí concierne, puedo decir que su influencia no ha ejercido en ningún momento el más mínimo atractivo sobre mi piedad.

Para el devoto del siglo XVII, el «Sagrado Corazón» era, en suma, «una porción» (a la vez «material» y «formal») de Jesús —porción escogida y separada del Redentor—, como ocurre cuando aislamos y amplificamos, para admirarlo más cómodamente, *algún detalle* de un cuadro. Para mí, por el contrario, ver una misteriosa mancha púrpura-y-oro dibujarse en mitad del pecho del Salvador fue, desde el primer instante, el medio esperado para *escapar* por fin a todo lo que tanto me hería en la organización complicada, frágil e individual del *Cuerpo* de Jesús. ¡Asombrosa liberación! No por obra del diafragma, sino por efecto de convergencia y concentración, la entera realidad física y espiritual de Cristo se condensaba a mis ojos en un objeto definido y compacto en el que se desvanecía toda particularidad accidental y restrictiva. Primera aproximación a lo Crístico más allá de Cristo, y singular homología entre ese nuevo «medio» y lo Metálico o lo Mineral que reinaban en mí, justo en la misma época, al otro lado del tabique que aún atravesaba mi alma. Me sería difícil hacer comprender a qué profundidades, con qué vehemencia y con cuánta continuidad (mucho antes de que se formara explícitamente en mí la noción de «Cristo-Universal») mi vida religiosa de pre-guerra se desarrollaba bajo el signo y el asombro del Corazón de Jesús... *así comprendido*. En aquella época, cuanto más intentaba orar, tanto más «se materializaba» Dios para mí en lo profundo de una realidad a la vez espiritual y tangible en la que, sin que yo lo sospechase aún, comenzaba a ope-

túnc la **gran síntesis** en que se resumiría el esfuerzo entero de mi existencia: la síntesis del Hacia Arriba y el Hacia Adelante. Inmersión de lo Divino en lo Carnal.

Y, por una reacción inevitable, transfiguración (o transmutación) de lo Carnal en una increíble Energía de Irradiación.

Durante un primer tiempo, a mis ojos, el Cristo de mi madre estaba de alguna forma «desindividualizado» en forma de sustancia apenas prefigurada. Pero, en un segundo tiempo, ese «sólido» humano-divino (como mi trozo de hierro del pasado y bajo la misma presión psíquica) se iluminaba y explotaba en su interior. En el centro de Jesús, no ya la mancha purpúrea, sino un fuego ardiente envolvía en su resplandor todos los contornos —en primer lugar los del Hombre-Dios, y después los de todas las cosas en torno a él<sup>2</sup>.

No estaba yo aún «en teología», cuando ya, a través y bajo el símbolo del «Sagrado Corazón», lo Divino había adoptado para mí la forma, la consistencia y las propiedades de una ENERGÍA, de un FUEGO; es decir que, capaz de introducirse por todas partes, de metamorfosearse en cualquier cosa, era en adelante apto, *en tanto que universalizable*, para hacer irrupción, a fin de amorizarlo, en el Medio cósmico en que, precisamente en aquel mismo momento, yo estaba en proceso de instalarme mediante la otra mitad de mí mismo.

## 2. El Cristo universal

Aquí —en mi *ego* «pagano»—, un Universo personalizándose por convergencia.

Allí —en mi *ego* cristiano—, una Persona (la de Cristo) universalizándose por Irradiación.

2. Esto es lo que he intentado expresar en el primero de mis *Contes comme Benson* escritos en 1916 entre dos ataques a Verdun.

Es decir, tanto de una forma como de la otra, lo Divino uniéndose, por toda Materia, a todo lo Humano, hacia lo infinito de los tiempos venideros...

En esta confluencia, por vías complementarias, del Cielo y el Mundo no han cesado de expresarse a lo largo de los años, cada vez más clara y más apasionadamente, los progresos y, es preciso añadirlo, los conflictos de mi vida interior.

Intentemos hacer comprender los unos y los otros.

### a) *Los Conflictos*

De manera general puede decirse que, hasta estos últimos tiempos y en Occidente, la mística (incluso cristiana) no ha dudado nunca que a Dios no hay que buscarlo exclusivamente «en los cielos», es decir, en ruptura más o menos directa y profunda con este mundo.

Espiritualizarse = desmaterializarse.

Tal era (y tal *debía* ser en un Cosmos estático) la ecuación fundamental de la Santidad.

Ahora bien, la tendencia natural de mi pensamiento me llevaba, como ya hemos visto, justamente, no en dirección opuesta, sino transversal respecto de esa orientación tradicional. La Materia matriz de la Conciencia; y la Conciencia, nacida de la Materia, siempre en marcha, en torno a nosotros, en dirección a algo Ultra-Humano. Dicho de otro modo, *una segunda especie de Espíritu* descubriéndose, no ya justo encima de nuestras cabezas, sino transversalmente y como en el horizonte... Por necesidad estructural, entre el Dios del Hacia Arriba y una suerte de nuevo Dios del Hacia Adelante se había entablado una lucha en lo más profundo de mi alma<sup>3</sup> por la coexistencia definitiva y la aproximación invencible en mi corazón del Sentido cósmico y el Sentido crístico.

3. Y, generalizando, estoy convencido de ello, en lo más profundo de *toda* alma moderna.

Las primeras huellas de esta oposición las encuentro, en el curso de mis años de colegio, en mi patético esfuerzo por conciliar con mi atracción por la Naturaleza el evangelismo (ciertamente, demasiado estricto) de la «Imitación», cuyo texto alimentaba mis plegarias matinales. Más adelante, cuando era «junior» en Jersey, consideré seriamente la posibilidad de renunciar por completo a la Ciencia de las Piedras, que entonces me apasionaba, para consagrarme por entero a las actividades llamadas «sobrenaturales». Y si no me «descarrilé» en aquel momento, fue gracias al sólido sentido común del padre T... (maestro de novicios). De hecho, en aquella situación, el padre T. se limitó a afirmar que el Dios de la Cruz esperaba la expansión «natural» de mi ser tanto como su santificación –sin explicarme el cómo ni el porqué–. Pero bastó para dejarme los dos extremos del hilo entre las manos. Y de este modo me encontré fuera de peligro. Poco a poco, bajo la acción de síntesis de la experiencia, el desapego y el apego, la renuncia y la progresión se unieron automáticamente para mí en el gesto de *atravesar*, cuya teoría expuse hacia 1927 en el primer capítulo de *El Medio Divino*.

Teoría, no obstante, que aún no es una práctica.

E incluso hoy no he dejado de experimentar a qué riesgos se expone quien –por norma y necesidad internas– se ve llevado a dejar el camino franco, pero en adelante sub-humanizado, de una cierta ascesis tradicional para buscar, en dirección al Cielo, una vía (no media, sino de síntesis) en la que el dinamismo entero de la Materia y la Carne se inserte en la génesis del Espíritu<sup>4</sup>.

Cuando, en plena sinceridad interior, alguien se decide un día (como *todo* hombre en busca de la santidad se verá cada vez más obligado a hacer) a dejar, en el fondo de sí mismo, reaccionar libremente, la una sobre la otra, la Fe ascensional

4. Sobre esta «potencia» y esta «provocación» espiritual de la Materia, véase *El Medio Divino*, y también el original ensayo (sobre «el manto de Elías») escrito en 1919 en Jersey, justo después de la guerra [cf. más adelante «La Potencia espiritual de la Materia» (N. d. E.)].

en Dios y la Fe motriz de lo Ultra-humano, esa persona se quedará a veces espantada (sin poder detenerse...) ante la novedad, la audacia y, al mismo tiempo, la posibilidad paradójica de las actitudes que se encuentra, intelectual y sentimentalmente, forzado a adoptar si quiere permanecer fiel a su orientación fundamental: alcanzar el Cielo por compleción de la Tierra.

Cristificar la Materia.

Toda la aventura de mi existencia íntima... Una aventura grande y espléndida, en el curso de la cual sigo frecuentemente teniendo miedo, pero en la que me era imposible no arriesgarme, tan poderosa era la fuerza con que se aproximaban y cerraban gradualmente sobre mi cabeza, en una única bóveda, las capas de lo Universal y lo Personal.

#### b) *Los Progresos*

Cristo. Su Corazón. Un Fuego capaz de penetrarlo todo y que, poco a poco, se expande por doquier.

En el origen de esta invasión y este involucramiento me parece poder situar la importancia, en rápido crecimiento, adquirida en mi vida espiritual por el Sentido de «la Voluntad de Dios». Fidelidad a la Voluntad divina, es decir, a una omnipresencia *dirigida y expresa*, activa y pasivamente percible en cada elemento y en cada acontecimiento del Mundo. Sin darme cuenta claramente, al principio, del puente tendido por esta actitud eminentemente cristiana entre mi amor a Jesús y mi amor a las Cosas, no he dejado nunca, desde los primeros años de mi vida religiosa, de abandonarme con predilección a ese sentimiento activo de comunión con Dios a través del Universo. Y es la emersión decisiva de esta mística «pan-crística», madurada definitivamente en los dos grandes impactos de Asia y de la Guerra, lo que reflejan, en 1924 y 1927, *La Misa sobre el Mundo*<sup>5</sup> y *El Medio Divino*.

5. Véase más adelante (N. d. E.).

Emersión decisiva, lo repito, y que podía entonces considerar acabada, pero a la que en realidad le faltaba algo para alcanzar la plenitud de su proyección.

Y he aquí qué.

Cuando releo hoy las páginas tan cándidamente fervientes de *El Medio Divino*, me asombra constatar hasta qué punto todos los rasgos esenciales de mi visión cristo-cósmica se encontraban ya establecidos en aquel tiempo. Pero, en cambio, me sorprende observar hasta qué punto era aún vaga y fluctuante en aquella época la imagen de mi Universo.

Sin duda, para fundamentar la pan-comunión cuyo sentimiento me obsesionaba y embriagaba por entonces, disponía ya de un Mundo con elementos orgánicamente entretrejidos y capas orgánicamente unidas. Pero esta organicidad ambiente, soporte específico de la Diafanía crística, no existía aún, para mi espíritu y para mis ojos, sino en estado, por así decirlo, difuso. En aquel momento (alrededor de 1930), la Convergencia cósmica, con su cortejo de consecuencias (Ley de Complejidad/Consciencia, Confluencia de las ramas humanas, existencia de un Punto Omega en cabeza de la Noogénesis...) no me resultaban aún claramente visibles. Una inmensa Pluralidad, cuya nebulosa se iluminaba, sin concentrarse, bajo los rayos del Astro divino: mi «Weltanschauung» de entonces no iba mucho más allá de esto.

Constituiría la obra y el gozo continuos de los veinte años siguientes el ver –paso a paso y a la par– reforzarse en torno a mí, la una por la otra, la Densidad crística y la Densidad cósmica de un Mundo cuyo «poder comulgante» aumentaba incesantemente a mis ojos con el «poder convergente».

Inicialmente, para «instaurar y experimentar» a Cristo en todas las cosas, yo no sabía utilizar de mi alrededor más que el *detalle* de los acontecimientos y los seres. Poco a poco, a medida que mi espíritu se iba familiarizando con la realidad de un único y vasto enrollamiento psicogénico de toda la Materia sobre sí misma, sería cada nuevo círculo percibido en esta prodigiosa espiral el que vendría a materializarse y a

cerrar un poco más tangiblemente en torno a mí el Dominio divino.

No metafísica, sino *físicamente* hablando, la Energía de Encarnación se introduciría, para iluminarlas e inflamarlas, en las formas de unión cada vez más abarcadoras y cada vez más inmensas.

Hasta el momento en que se dejó entrever, en el término superior del movimiento en curso, una maravillosa conjunción, no ya simple y confusamente entre Cristo y Materia, sino entre un Cristo percibido claramente como «evolucionador» y Centro cósmico reconocido positivamente en la Evolución.

El Corazón de Cristo universalizado coincidente con un corazón de la Materia amorizada.

### 3. El Medio Divino

En virtud misma de la estructura particular de un espíritu polarizado a la vez en el plano del Cielo y en el de la Tierra, corría el riesgo, como ya hemos visto, de que dos tendencias peligrosas desviarán en el transcurso del camino la marcha de mi evolución: o bien, siguiendo la línea oriental y pagana, dejar que mi ser se abandonara y disolviera en la Esfera universal; o bien, por el contrario, fuera de esa esfera, mediante el desarraigo y la ruptura, intentar evadirme. Materialización regresiva o espiritualización deshumanizante. Si he podido pasar entre estas Escila y Caribdis, ha sido, gracias a Dios, por haber percibido un día que, en un Mundo *previamente reconocido como de esencia convergente*, había una tercera vía abierta –¡y era la buena!– en dirección a la Unidad: saber alcanzar, en el corazón de la Esfera cósmica, el misterioso punto doble donde lo Múltiple, totalmente organizado en torno a sí, emerge interiormente, a fuerza de reflexión, en un Trascendente.

Región singular y asombrosa en verdad, en la que, por encuentro de lo Cósmico, lo Humano y lo Crístico, se descu-

bre un nuevo ámbito: lo *Céntrico*, donde tienden a desvanecerse las múltiples oposiciones que constituyen la desdicha o las ansiedades de nuestra existencia.

Bajo la presión irresistible de un planeta que se comprime, sentimos agravarse de día en día, en nosotros y a nuestro alrededor, el antagonismo entre las fuerzas «tangenciales», que nos someten los unos a los otros, y las aspiraciones radiales, que nos instan a llegar al fondo inabarcable de nuestra persona. Repulsión frente a una totalización inevitable que nos amenaza con un encenagamiento en una suerte de «Materia segunda», hecha de determinismos acumulados. Pavor ante un final por mecanización, tan temible como una muerte por desagregación y retorno a la «Materia primera»...

Como en un sueño, tenemos la impresión de estar atrapados en las órbitas de un círculo infernal.

Pues bien, precisamente de esta pesadilla nos despiertan los primeros rayos de un Centro universal de convergencia y atracción donde, en el límite superior de su complejidad, las relaciones que nos solidarizan tienden a confundirse con la atracción que precipita nuestro *ego* hacia adelante. Milagroso efecto específico de lo Céntrico, que ni disuelve ni somete los elementos que reúne, sino que los personaliza, ¡justamente porque su manera de absorber consiste en «centrifugar» aún más! En esas altas latitudes del Universo se puede verdaderamente decir que, por reducción sintética de lo Múltiple a lo Uno, la Totalización libera, es decir, que la Materia se hace Espíritu, en la medida misma en que el amor comienza a expandirse por doquier.

A partir, sin duda, del primer momento en que, ante mi visión interior, «el Oro del Espíritu», sucediendo a «la Púrpura de la Materia», se orientó hacia «la Incandescencia de un Alguien», el Mundo comenzó, al menos de derecho, a hacerse ardiente para mi corazón. Por la simple aparición de lo Personal en la cumbre de la Evolución, el Universo, *potencialmente*, se me hacía amable y amante. Sin embargo, sería necesaria nada menos que la conjunción de Cristo con el

Punto Omega para que, con un centelleo de chispas, se produjera ante mis ojos el extraordinario fenómeno de un abrasamiento general del Mundo por *amorización total*.

El Amor... Por su ubicuidad, su fogosidad y el espectro innumerable de sus formas, esta extraña potencia ha intrigado y fascinado desde siempre a los maestros del pensamiento humano. Pero hasta ahora no me he percatado de que, en la zona cristo-céntrica de un Universo en Noogénesis, liberándose en estado puro, manifiesta su asombroso poder para *transformarlo y reemplazarlo todo*.

Desde el punto de vista de la Evolución convergente a que me han conducido y en que me han situado sesenta años de experiencias y reflexión, el entero Acontecimiento cósmico se reduce esencialmente a un único y vasto proceso de ordenamiento cuyo mecanismo (utilización de los efectos de los Grandes Números y del juego de las Probabilidades) tiene como resultado, en cada instante, por necesidad estadística, una cierta cantidad de sufrimiento (fallos, descomposición, muerte...). Ahora bien, es precisamente a *las dos caras (constructiva y destructiva)* de esta operación a las que, por acceso de Cristo al Punto Omega, penetra e invade una oleada de potencia unitiva. Personalizada de repente y a la vez en sus progresiones, que *nos centran en Cristo*, y en sus regresiones, que *nos descentran de Él*, la Cosmogénesis adopta bruscamente, hasta en sus más implacables y oscuros determinismos, el aspecto de un ilimitado contacto con un Polo supremo de atracción y compleción. Lanzada súbitamente, una corriente de amor se expande por toda la superficie y la profundidad del Mundo; y ello no sólo a la manera de un calor o un perfume sobreañadidos, sino como una esencia de fondo destinada a metamorfosarlo, asimilarlo y reemplazarlo todo...

Desde hace mucho tiempo, la Ciencia nos ha habituado a la idea de que, dirigida evolutivamente «hacia abajo», toda energía física tiende a degradarse en calor en el seno de un Mundo sin tensión y desvitalizado. ¿No es sumamente notable que la Energética integral del Universo aboque a una con-

cepción exactamente simétrica y complementaria? Impulsada al máximo en dirección a un polo cósmico de unificación, toda pasión (e incluso toda visión) muestra una singular «inclinación» a *transformarse* en amor. Es decir, que después de haber parecido no ser, en sus inicios, sino el encanto, el atractivo, y después la esencia operativa de toda actividad espiritual, el amor tiende gradualmente, según nuestra experiencia, a convertirse en la parte principal y, finalmente, en la forma única y suprema.

*Sola caritas...*

Ser elevado hasta descubrir el Universo como una suerte de efusión en la que todo esfuerzo de búsqueda, toda voluntad de creación y toda aceptación de sufrimiento convergen hacia adelante en un solo dardo deslumbrante, tal es, a fin de cuentas, la cumbre alcanzada, desde donde, al término de mi existencia, continúo escrutando sin descanso el futuro para ver mejor llegar a Dios.

#### 4. El descubrimiento de Dios, o la Llamada a Aquel que viene

Absorto por completo en el gozo de ver simultáneamente centrarse, consolidarse y amorizarse en torno a mí todas las cosas, durante mucho tiempo no he prestado atención, en el vasto fenómeno de Cristificación que me descubría la conjunción entre el Mundo y Dios, sino al ascenso en mí de las fuerzas de Comunión. Todo para intensificar la Trama cósmica, a fin de que en ella se intensificase para mí la Presencia divina. A este período aún algo egocéntrico y cerrado de mi vida interior corresponden claramente la inspiración y la redacción de *La Misa sobre el Mundo y El Medio Divino*.

Debido a uno de esos extraños efectos de inhibición que con tanta frecuencia nos impiden reconocer lo que tenemos ante los ojos, no me daba cuenta de que, inevitablemente, a medida que, de las profundidades de la Materia a las cimas del Espíritu, Dios «metamorfoseaba» el Mundo, el Mundo, a su

vez, debía «endomorfizar» a Dios. Bajo el efecto mismo de la operación unitiva que le revela a nosotros, Dios, de alguna forma, «se transforma» incorporándonos. Por lo tanto, ya no simplemente verlo, y dejarse envolver y penetrar por Él, sino *pari passu* (cuando no previamente) descubrirlo (o incluso, en un cierto sentido, «acabarlo») cada vez más y más: tales me parecen hoy el gesto y el interés esenciales de la Evolución hominizada.

A nuestro alrededor y en nosotros, por encuentro de su Atracción con nuestro Pensamiento, Dios está «cambiando». Por incremento de la «Cantidad de Unión cósmica», su resplandor y su tonalidad se enriquecen. Y he aquí por fin reconocidos y formulados el Gran Acontecimiento y la Gran Noticia...

Para calificar la enigmática fuerza que, desde la infancia, me solicitaba —en aparente discordancia con lo «Sobrenatural»— en dirección a algo Ultra-Humano, me había habituado a considerar que emanaba, no de Dios, sino de algún Astro rival, que se trataba únicamente de poner en coincidencia y dependencia con relación a Dios.

Pero he aquí que yo me percataba de una cosa: que, tanto desde las profundidades del futuro cósmico como desde las alturas del Cielo, era siempre Dios, y *siempre el mismo Dios*, quien me llamaba. *Un Dios del Hacia Adelante*, aparecido de pronto transversalmente respecto del *Dios tradicional del Hacia Arriba...*, de tal suerte que, en lo sucesivo, a menos de superponer las dos imágenes en *una sola*, ya no podríamos jamás *adorar plenamente...*

Una Fe nueva en la que se integran la Fe ascensional hacia un Trascendente y la Fe propulsora hacia un Inmanente; una Caridad nueva en la que se combinan, divinizándose, todas las pasiones motrices de la Tierra: esto es, lo veo ahora y para siempre, lo que, so pena de extinguirse, el mundo espera ansiosamente en este momento.

En el Mundo, objeto de la «Creación», la metafísica clásica nos había acostumbrado a ver una suerte de producción

extrínseca, procedente, por benevolencia desbordante, de la suprema *eficiencia* de Dios. De manera irrefutable —precisamente por poder a la vez actuar y amar plenamente—, ahora me veo llevado a ver en él (conforme con el espíritu de san Pablo) un misterioso producto de compleción y acabamiento para el Ser Absoluto mismo<sup>6</sup>. No ya *el Ser participado de extra-posición y divergencia*, sino *el Ser participado de pleromización y convergencia*. Efecto, no ya de la Causalidad, sino de la Unión creadora.

Y, al mismo tiempo, a mis ojos, es Cristo quien, después de ser «cosmizado», se «absolutiza» de alguna manera.

Una crítica cada vez más frecuente de los Gentiles a los Cristianos es que, por el hecho mismo de la interposición de Jesús entre el Hombre y Dios, la idea de Dios se encuentra detenida y como atrofiada para nosotros en su evolución. De por sí, el Cristianismo ya no alimentaría, sino que, por el con-

6. Los revisores nombrados en 1948 para dar su opinión sobre este escrito del padre Teilhard juzgaron este pasaje incompatible con la ortodoxia. Teilhard aceptó reemplazar las palabras *compleción* y *acabamiento* por *satisfacción*. Pero poco después, reflexionando sobre el tema, declaró: «A pesar de todo, el Universo es para Dios mucho más que un producto de satisfacción».

Una lectura del cardenal de Bérulle, posterior a la muerte de Teilhard, vendría a probarnos que éste tenía razón.

He aquí la afirmación del Cardenal, al que Urbano VIII llamaba «Apóstol de los misterios del Verbo Encarnado»:

(Dios) «Padre, que es el origen fontal de la Deidad, (...) produjo en sí mismo dos Personas divinas. Y el Hijo, que es la segunda Persona productora en la Divinidad, termina su fecundidad en la producción de una sola Persona divina. Y esta tercera Persona, al no producir nada eterno e increado, produjo el Verbo encarnado. Y este Verbo encarnado (...) produjo el orden de la gracia y la gloria, que termina (...) haciéndonos Dioses por anticipación. (...) Y es donde termina la comunicación de Dios en sí mismo y fuera de sí mismo». (*Les Grands de Jésus*).

Así, dado que el Hombre-Dios constituye la fecundidad del Espíritu Santo y dado que la encarnación del Verbo está ligada a la creación de un universo evolutivo, se puede concluir legítimamente que éste es «un misterioso producto de compleción y acabamiento para el Ser Absoluto mismo» (N. d. E.).

trario, paralizaría, para nuestros espíritus modernos, la necesidad de adorar. ¡Cuántas veces no habré estado a punto de pensar esto yo mismo!; y, en todo caso, ¡cuántas veces no me lo habrán dicho...!

Un Cristo reductor de Dios...

Que esta mortal sospecha se volatilice fácilmente, y para siempre, desde el momento en que, por sensibilidad a la mística moderna, se perciba que, en virtud de las características mismas que parecerían, en principio, particularizarle en exceso, *un Dios históricamente encarnado* es, por el contrario, el único que puede satisfacer, no sólo las reglas inflexibles de un Universo en el que nada se produce ni aparece excepto *por nacimiento*, sino también las aspiraciones irreprimibles de nuestro espíritu.

Porque, en definitiva, ¿qué da esta nueva ecuación fundamental de toda Religión futura —«El Dios del Hacia Arriba» + «El Dios del Hacia Adelante»— sino un término de dimensiones «teo-cósmicas», es decir, *crísticas*?

Por fuerza, en régimen de Unión Creadora, no es sólo el Universo, sino que es Dios mismo quien «se cristifica» en Omega, en los límites superiores de la Cosmogénesis. Dicho de otro modo, el Monoteísmo «evolucionado», en torno al cual parece ir concentrándose lo mejor de las energías religiosas de la Tierra, va lógica y biológicamente consumándose en dirección a un Pan-cristismo.

No sólo extensible y adaptativo sin límites a las nuevas dimensiones del Mundo, sino inagotablemente cargado, para nuestros corazones, de energía evolutiva: así crece, en nuestro cielo, a escala y según la exigencia de lo *Ultra-Humano*, un verdadero *Super-Cristo* irradiando por entero *Super-Caridad*.

### Oración al Cristo siempre mayor

«Señor, como por instinto y en todas las oportunidades de mi vida nunca he dejado de buscarte y situarte en el corazón de la Materia universal, es en el deslumbramiento de una

Transparencia y un Abrazo universales donde querría tener el gozo de cerrar los ojos...

Como si haber aproximado y puesto en contacto los dos polos, tangible e intangible, externo e interno, del Mundo que nos porta hubiera inflamado y desencadenado todo...

En forma de un «pequeñín» en los brazos de su Madre –conforme a la gran Ley del Nacimiento–, te asentaste, Jesús, en mi alma de niño. Y he aquí que, repitiendo y prolongando en mí el círculo de tu crecimiento a través de la Iglesia, tu humanidad palestina se ha ido poco a poco expandiendo por doquier, como un arco iris ilimitado en el que tu Presencia, sin destruir nada, penetrase, sobre-animando, cualquier otra presencia en torno a mí...

Todo ello porque, en un Universo que se me revelaba en estado de convergencia, tu habías adoptado, por derecho de Resurrección, la posición dominante de Centro total en quien todo se concentra.

Fantástico enjambre corpuscular que, o bien caía como nieve de las profundidades de lo Infinitamente Difuso, o bien, por el contrario, brotaba como humo de la explosión de algo Infinitamente Simple; formidable multitud, sí, que nos zaran-dea en su torbellino... De esta asombrosa Energía granular (para que pueda tocarte mejor, o más bien –¿quién sabe?– para poder abrazarme mejor) estás revestido, Señor, o más bien has hecho tu Cuerpo mismo. Y durante mucho tiempo no he visto en ello sino un maravilloso contacto con una Perfección ya totalmente acabada.

Hasta el día, muy reciente, en que me hiciste ver que, al desposarte con la Materia, no te has limitado a revestirte de su Inmensidad y su Organicidad, sino que has absorbido, asumido y monopolizado su insondable reserva de potencia espiritual...

De manera que, desde entonces, a mis ojos y para mi corazón, eres, mucho más aún que Aquel que era y que es, *Aquel que será...*

Para algunos de tus servidores, Señor, el Mundo, nuestro Nuevo Mundo –de los núcleos, los átomos y los genes– se ha

convertido en una fuente de continua ansiedad, porque ahora nos parece tan inestable, tan irresistible y tan grande... Esa creciente probabilidad (respecto de la cual conspiramos para cerrar los ojos) de otros planetas pensantes en el firmamento... Ese evidente resurgimiento de una evolución capaz, por un esfuerzo planetario, de dirigirse y acelerarse ella misma... Ese ascenso de lo Ultra-humano en el horizonte, por efecto de la ultra-reflexión... Todo ello le resulta pavoroso a quien, dudando aún si lanzarse a las grandes aguas de la Materia, teme ver a su Dios estallar al adquirir una dimensión más...

Pero para mi inteligencia y mi alma, nada puede precisamente hacerte más amable, solo amable, Señor, que percibir que, como Centro siempre *abierto* en lo más profundo de ti mismo, continúas intensificándote –tus matices continúan aumentando– a medida que, al concentrar y someter cada vez más al Universo en tu propio corazón («hasta el momento de volver, Tú y el Mundo en Ti, al seno de Aquel de quien salisteis») *te pleromizas*.

Cuanto más años pasan, Señor, tanto más creo reconocer que, en mí y a mi alrededor, la gran y secreta preocupación del Hombre moderno no es tanto disputarse la posesión del Mundo cuanto encontrar el medio de evadirse de él. La angustia de sentirse, en la Burbuja cósmica, no tanto espacial cuanto ontológicamente encerrado. La búsqueda ansiosa de una salida o, más exactamente, de un foco en la Evolución. He aquí, a cambio de una Reflexión planetaria en aumento, la pena que pesa oscuramente sobre el alma, tanto de los Cristianos como de los Gentiles, en el mundo de hoy.

Por delante y sobre sí, la Humanidad, emergida a la conciencia del movimiento que la arrastra, tiene cada vez mayor necesidad de un Sentido y una Solución a los que le sea por fin posible consagrarse plenamente.

Pues bien, este Dios, no ya sólo del viejo Cosmos, sino de la nueva Cosmogénesis (en la medida misma en que el efecto de una tarea mística dos veces milenaria consiste en hacer aparecer en Ti, bajo el Niño de Belén y el Crucificado, el

Principio motor y el Núcleo colector del Mundo mismo); este Dios tan esperado por nuestra generación, ¿no eres Tú, Jesús, justamente quien le representas y quien nos le aportas?

Señor de la Consistencia y de la Unión, Tú, cuyo *signo de reconocimiento* y cuya *esencia* consisten en poder crecer indefinidamente, sin deformación ni ruptura, a la medida de la misteriosa Materia cuyo Corazón ocupas y cuyos movimientos, en última instancia, controlas por entero; Señor de mi infancia y Señor de mi fin; Dios acabado para sí y, sin embargo, para nosotros nunca acabado de nacer; Dios que, para presentarte a nuestra adoración como «evolutor y evolutivo», eres en lo sucesivo el único que puede satisfacernos, aleja por fin todas las nubes que aún te ocultan, tanto las de los prejuicios hostiles como las de las falsas creencias.

Y que, por Diafanía e Incendio a la vez, brote tu universal Presencia.

¡Oh, Cristo, siempre mayor!».

## COLOFÓN:

### *Lo femenino, o lo Unitivo*<sup>1</sup>

Lo más importante de lo Tangible es la Carne. Y, para el Hombre, la Carne es la Mujer.

Dado que, desde mi infancia, partí al descubrimiento del Corazón de la Materia, era inevitable que me encontrase algún día frente a lo Femenino. Lo único curioso es que, en este caso, el encuentro haya esperado para producirse hasta que me encontraba en la treintena. Tan grande era para mí la fascinación de lo Impersonal y lo Generalizado...

Extraño retraso, no obstante.

Pero retraso fecundo, porque, al penetrar en mi alma en el momento preciso, cuando, en vísperas de la guerra, el Sentido Cósmico y el Sentido Humano estaban saliendo en mí de la infancia, la nueva energía no corría el peligro de desviar o malgastar mis fuerzas, sino que llegaba justo a punto a un mundo de aspiraciones espirituales cuya inmensidad, aún un tanto fría, sólo la esperaba a ella para fermentar y organizarse por completo.

1. «Finalmente, creo que lo Femenino se presentará y analizará a guisa de conclusión o de *estrambote*: no tanto como elemento en sí, cuanto como luz que ilumine el proceso de concentración universal: verdaderamente, tal como os lo escribía, el «espíritu de Unión». (*Accomplir l'Homme*, Éd. Grasset, pp. 230 y 238. Cartas del padre Teilhard fechadas el 10 de octubre de 1948 y el 12 de agosto de 1950 (N. d. E.).

Así pues, en la historia de mi visión interior tal como la relatan estas páginas, faltaría un elemento (una atmósfera...) esencial si no mencionase al finalizar que, a partir del momento crítico en que, rechazando muchos viejos moldes familiares y religiosos, comencé a despertarme y a formularme verdaderamente a mí mismo, nada se ha desarrollado en mí sino bajo una mirada y una influencia de mujer.

No se esperará, evidentemente, de mí aquí sino el homenaje general, cuasi-adorador, que asciende de lo más profundo de mi ser, a aquellas cuyo calor y encanto se han introducido, gota a gota, en la sangre de mis ideas más entrañables...

Ahora bien, aunque no puedo en tal materia ni precisar ni describir, lo que sí puedo afirmar, en cambio, es una doble convicción que ha ido progresivamente naciendo en mí, al contacto con los hechos, y de la cual –con la plena serenidad y la imparcialidad que proceden de la edad– quiero dar testimonio.

En primer lugar, me parece indiscutible (tanto de derecho como de hecho) que en el hombre –por entregado que esté al servicio de una Causa o de un Dios– no es posible ningún tipo de acceso a la madurez y la plenitud espirituales al margen de una influencia «sentimental», que viene en él a sensibilizar la inteligencia y a avivar, al menos inicialmente, la capacidad de amar. Al igual que de luz, oxígeno o vitaminas, ningún hombre (la evidencia es cada día más patente) puede prescindir de lo Femenino.

En segundo lugar, por primordial y estructural que sea en el psiquismo humano el encuentro plenificante entre los sexos, nada prueba (¡sino al contrario!) que poseamos ya una idea exacta del funcionamiento y de las formas óptimas de esa complementariedad fundamental. Entre un matrimonio siempre polarizado, socialmente, sobre la reproducción, y una perfección religiosa siempre presentada, teológicamente, en términos de separación, nos falta decididamente una tercera vía (no digo *media*, sino *superior*); vía *exigida* por la revolucionaria transformación operada últimamente en nuestro pensa-

miento por la transposición de la noción de «espíritu». Espíritu, como hemos visto, ya no de desmaterialización, sino de síntesis. *Materia matrix*. Ya no huida (por atrincheramiento), sino conquista (por sublimación) de las insondables potencialidades espirituales aún latentes bajo la atracción mutua de los sexos; y éstas son –cada vez estoy más persuadido de ello– la esencia secreta y la tarea magnífica de la Castidad en el futuro<sup>2</sup>.

Una y otra constatación encuentran su justificación y su lugar en la perspectiva siguiente.

Anteriormente, en mi interpretación de la Noogénesis he insistido sobre todo en el fenómeno de sobre-centración individual, que lleva a la conciencia corpuscular a replegarse sobre sí y resurgir en forma de Pensamiento. Ahora bien, quien sabe ver descubré un complemento esencial para el gran acontecimiento cósmico de la Reflexión bajo la forma de lo que podría denominarse el «Paso a la amorización». Incluso después de la iluminación del individuo, súbitamente revelado a sí mismo, el Hombre elemental permanecería inacabado si, mediante el encuentro con el otro sexo, no se inflamara la atracción céntrica de persona-a-persona.

2. Al insertar él mismo, como apéndice a su autobiografía, el relato de sus primeras experiencias místicas, Teilhard quería que se reflejase en esta obra la luz a la que había entonces accedido.

Para comprender *Lo Femenino*, a la altura en que habitaba el padre Teilhard desde 1919, hay que captar con toda su fuerza las líneas siguientes de *La Potencia espiritual de la Materia*:

«Acababa de operarse en él una profunda renovación, de manera que ya no le era posible ser Hombre sino *en otro plano*».

«Incluso para quienes más quería, su afecto sería una carga, porque percibirían que buscaba irresistiblemente *algo detrás de ellos*».

Se puede igualmente cotejar el colofón aquí publicado con *L'Éternel Féminin* (tomo XII de sus Obras completas).

Teilhard de Chardin nos confirmó al final de su vida su fidelidad irreductible al voto solemne de castidad pronunciado en su profesión religiosa (1918). «Esta fidelidad –añadía él– no ha exigido luchas que yo recuerde. Únicamente puedo amar a Cristo». Se trata, pues, en estas páginas exclusivamente de la «potencia espiritual» de lo Femenino (N. d. E.).

La formación de una *diada afectiva* consuma la aparición de una *mónada reflexiva*.

Y sólo *después* (es decir, a partir de esa primera chispa), todo el desarrollo que hemos descrito, a saber: la gradual y grandiosa elaboración de un Neo-cósmico, un Ultra-humano y un Pan-crístico...

Los tres no sólo iluminados radicalmente por la Inteli-gencia, sino además impregnados en su masa entera,

Como por un cemento unitivo,  
De lo Universal Femenino.

París, 30 de octubre de 1950.

## Apéndice

Como justificación de las páginas precedentes, considero interesante reproducir aquí dos textos particularmente representativos de mi estado de ánimo en el momento mismo (período de la guerra) en que se despertaba definitivamente mi visión interior.

El primero de estos textos (escrito la víspera del ataque a Douaumont, octubre de 1916) es un fragmento extraído de *Trois histoires comme Benson*<sup>1</sup>.

El segundo, que se incluye en su integridad, data del verano de 1919 (escrito en Jersey).

Ambos expresan lo mejor que me es posible hoy la embriagadora impresión que experimentaba en aquella época en contacto con la Materia.

### 1. Cristo en la Materia

Mi amigo, el que bebía de toda Vida como de una Fuente sagrada, ha muerto. Su corazón le abrasaba interiormente. Su cuerpo ha desaparecido en la Tierra ante Verdun. Ahora puedo repetir algunas de las palabras con que me iniciaba en la intensa visión que iluminaba y pacificaba su vida.

1. *Trois Histoires comme Benson*. Cf. *Les Écrits du Temps de la guerre*, tomo XII de sus Obras, Éd. du Seuil (N. d. E.).

«¿Quieres saber —me decía— cómo el Universo poderoso y múltiple ha adoptado para mí el rostro de Cristo? Ha sucedido poco a poco, e intuiciones tan renovadoras como ésta difícilmente se analizan mediante el lenguaje. Puedo, sin embargo, contarte algunas de las experiencias a través de las cuales la luz, en ese instante, entró en mi alma como si, a tirones, se alzara un telón».

### *El cuadro*

«...En aquel momento —comenzó— tenía yo la mente ocupada por una cuestión semi-filosófica, semi-estética. Suponiendo —pensaba yo— que Cristo se dignara aparecerse allí, corporalmente, ante mí, ¿cuál sería su aspecto?; ¿cómo iría vestido?; ¿y cuál sería, sobre todo, su manera de insertarse sensiblemente en la Materia, su forma de destacar respecto de los objetos de alrededor?... Y algo me apesadumbraba y me chocaba confusamente ante la idea de que el Cuerpo del Señor pudiera yuxtaponerse, en el marco del mundo, a la multitud de cuerpos inferiores, sin que éstos experimentasen y constataren, mediante alguna alteración perceptible, la Intensidad allí presente.

Entre tanto, mi mirada se había detenido maquinalmente en un cuadro que representaba a Cristo ofreciendo su corazón a los hombres. Dicho cuadro estaba colgado ante mí en la pared de la iglesia en que había entrado a orar. Y, siguiendo el curso de mi pensamiento, no sabía cómo le resultaría posible a un artista representar la Humanidad sagrada de Jesús sin darle esa fijeza demasiado precisa de su Cuerpo, que parecía aislarle de todos los demás hombres, sin conferir a su figura esa expresión demasiado individual que, suponiendo que fuese bella, lo era de una manera particular, excluyente de todos los demás tipos de belleza.

Me interrogaba, pues, ansiosamente sobre estas cosas y miraba el cuadro cuando comenzó la visión.

(A decir verdad, no puedo precisar en qué momento comenzó, porque había adquirido ya una cierta intensidad cuando tuve conciencia de la misma...).

Lo cierto es que al permitir que mi mirada vagara por los contornos de la imagen, percibí de repente que *¡se desdibujaban!* Se desdibujaban, pero de una manera muy particular y difícil de explicar. Cuando intentaba ver el trazado de la Persona de Cristo, me parecían netamente delimitados. Y después, si dejaba que mi esfuerzo visual se relajase, toda la orla del manto de Cristo, los pliegues de su túnica, el resplandor de sus cabellos, la frescura de su carne, se introducían (aunque sin desvanecerse) en todo el resto...

La superficie de separación entre Cristo y el Mundo circundante parecía mudarse en una capa vibrante donde todos los límites se confundían.

Me parece que la transformación debió de afectar en principio a un punto del borde del cuadro y que desde ahí avanzó hasta abarcar todo el contorno. Al menos, siguiendo ese orden fue como yo tomé conciencia de ello. A partir de ese momento, por lo demás, la metamorfosis se extendió rápidamente y afectó a todas las cosas.

En primer lugar, percibí que la vibrante atmósfera que aureolaba a Cristo no se quedaba confinada en una pequeña zona en torno a él, sino que irradiaba hasta el infinito. De vez en cuando pasaban una especie de regueros fosforescentes, revelando una emanación continua hasta esferas extremas de la Materia y dibujando una suerte de plexo sanguíneo o red nerviosa que circulaba a través de toda sustancia.

*El Universo entero vibra.* Y, sin embargo, cuando yo intentaba mirar los objetos uno a uno, los seguía encontrando netamente dibujados, con su individualidad preservada.

Todo este movimiento parecía emanar de Cristo, sobre todo de su Corazón. Pues bien, mientras yo intentaba remontarme a la fuente del efluvio y captar su ritmo, fue cuando, al volver mi atención a la imagen misma, vi cómo la visión alcanzaba rápidamente su paroxismo...

...Me doy cuenta de que he olvidado hablarte de las vestiduras de Cristo. Eran luminosas, como leemos en el pasaje de la Transfiguración. Pero lo que más me llamó la atención fue percatarme de que no estaban tejidas artificialmente, a menos que la mano de los Ángeles sea la de la Materia... No eran en absoluto fibras groseramente hiladas las que componían la trama, sino que la Materia, la flor de la Materia, se había trenzado espontáneamente ella misma, hasta lo más íntimo de su sustancia, como un lino maravilloso. Y yo creí ver entrelazarse indefinidamente las mallas, armoniosamente combinadas en un dibujo natural que las afectaba hasta su mismo principio.

Pero para aquella vestidura maravillosamente tejida por la cooperación continua de todas las energías y de todo el orden de la Materia no tuve, como puedes comprender, más que una mirada distraída. Fue el rostro transfigurado del Señor el que atrajo y cautivó toda mi atención.

Tú has visto con frecuencia por la noche cómo ciertas estrellas cambian su luz: tan pronto son perlas de sangre como destellos aterciopelados violáceos. Y has visto también cómo el arco iris se desplaza sobre una burbuja transparente...

Así, en un tornasol inexpresable, brillaban, sobre la fisonomía inmutable de Jesús, la luz y los colores de toda nuestra belleza. No podría decir si según mis deseos o siguiendo la voluntad de Aquel que regulaba y conocía mis gustos. Lo que es indudable es que aquellos innumerables matices de majestad, suavidad y atracción irresistible se sucedían, se transformaban, se fundían los unos en los otros siguiendo una armonía que me satisfacía plenamente.

Y siempre, detrás de aquella superficie móvil –sosteniéndola y concentrándola en una unidad superior–, flotaba la incomunicable Belleza de Cristo... Aunque yo adivinaba más que percibía aquella Belleza, porque, cada vez que intentaba atravesar la capa de las bellezas inferiores que me la ocultaban, otras bellezas particulares y fragmentarias se alzaban y me velaban la *Verdadera*, al mismo tiempo que me hacían adivinarla y deseirla.

Todo su Rostro resplandecía siguiendo esa pauta. Pero el foco de la irradiación y el tornasol estaba oculto en los ojos de la imagen transfigurada.

Por la profundidad suntuosa de sus ojos pasaba, como un arco iris, el Reflejo (a no ser que fuera la Forma Creadora, la Idea) de todo cuanto subyuga, de todo cuanto vive... Y la simplicidad luminosa de su fuego desembocaba, ante mis esfuerzos por dominarla, en una inagotable complejidad en la que se reunían todas las miradas en que se pueda reconfortar y ver un corazón humano. Aquellos ojos, por ejemplo, tan dulces y tiernos al principio que creí ver a mi madre ante mí, se volvieron un instante después apasionados y subyugadores como los de una mujer, tan imperiosamente puros al mismo tiempo que, bajo su dominio, el sentimiento habría sido físicamente incapaz de alejarse. Y después los llenaba, a su vez, una majestad grande y viril, análoga a la que se lee en los ojos de un hombre muy valeroso o muy fuerte –incomparablemente más altiva, sin embargo, y experimentada con mucho más deleite.

Aquel centelleo de bellezas era tan total, tan envolvente y tan rápido también, que mi ser, afectado y penetrado en todas sus potencias a la vez, vibraba hasta la médula, con una nota de plenitud y felicidad rigurosamente única.

Pues bien, mientras yo sumergía ardientemente mi mirada en las pupilas de Cristo convertidas en un abismo de Vida fascinante y abrasadora, he ahí que del fondo de aquellos mismos ojos vi ascender una especie de nube que empañaba y anegaba la variedad que acabo de describirte. Una expresión extraordinaria e intensa se extendía poco a poco sobre los diversos matices de la mirada divina, impregnándolos primero y después absorbiéndolos.

Y me sentí confuso.

Porque *no podía descifrar* aquella expresión final que lo había dominado y resumido todo. Me era imposible decir si traicionaba una indecible agonía o, por el contrario, un exceso de gozo triunfante. Lo único que sé es que, desde entonces,

me parece haberla entrevisto otra vez en la mirada de un soldado moribundo.

Al instante, mis ojos se llenaron de lágrimas. Pero cuando pude ver de nuevo, el cuadro de Cristo, en aquella iglesia, había recobrado su contorno excesivamente preciso y sus rasgos estereotipados».

... ..

«...Yo siempre había tenido –prosiguió mi amigo– un alma naturalmente panteísta. Experimentaba en ella invencibles aspiraciones naturales, pero sin atreverme a utilizarlas libremente, porque no sabía cómo conciliarlas con mi fe. Desde estas diversas experiencias (y otras), puedo decir que he encontrado para mi existencia un interés infinito y una paz inalterable.

Vivo en el seno de un Elemento único, Centro y particularidad de todo, Amor personal y Potencia cósmica.

Para llegar y unirme a Él, tengo el Universo entero ante mí, con sus nobles luchas, sus apasionantes búsquedas y sus miríadas de almas que perfeccionar y sanar. Puedo y debo lanzarme a la plena labor humana hasta perder el aliento. Cuanto más asuma la parte que me corresponde, tanto más influiré en la Realidad en su conjunto y también tanto más fácilmente llegaré a Cristo y me abrazaré a Él.

Dios, el Ser eterno en sí, está en todas partes, por así decirlo, en formación *para nosotros*.

Y Dios es también *el Corazón de Todo*. De modo que el vasto marco del Universo puede desmoronarse o consumirse, o serme arrebatado por la muerte, sin menoscabar mi gozo de fondo. Disipado el polvo que se animaba con un halo de energía y de gloria, la Realidad sustancial, donde toda perfección se reúne incorruptiblemente, permanecería intacta. Los rayos se replegarían en la Fuente, y allí seguiría yo teniéndolos todos contenidos.

Ésta es la razón de que la Guerra misma no me desconcierte. Dentro de unos días vamos a ser enviados a reconquistar Douaumont –gesto grandioso en el que veo simbolizado

un avance definitivo del Mundo en la liberación de las almas—. Te aseguro que voy a participar en esa acción religiosamente, con toda mi alma, animado por un único y gran impulso en el que soy incapaz de distinguir dónde termina la pasión humana y dónde empieza la adoración.

Y si no he de bajar de allí, desearía que mi cuerpo se quedase petrificado en el barro de las fortificaciones, como un cemento vivo arrojado por Dios entre las piedras de la nueva Ciudad».

Así me habló una noche de octubre mi querido amigo, cuya alma comulgaba instintivamente con la Vida única de las cosas, y cuyo cuerpo reposa ahora, como él deseaba, en algún lugar de aquella tierra salvaje<sup>2</sup>.

## 2. La Potencia espiritual de la Materia

«Iban caminando y hablando, y de pronto un carro de fuego con caballos de fuego los separó a uno del otro. Elías subió al cielo en la tempestad» (Libro de los Reyes).

El Hombre, seguido de su compañero, caminaba por el desierto cuando la Cosa se abalanzó sobre él.

De lejos, deslizándose sobre la arena, le había parecido muy pequeña, no mayor que la palma de la mano de un niño; una sombra rúbea y huidiza, similar al vuelo vacilante de las codornices al despuntar el día sobre el mar azulado, a una nube de mosquitos danzando al sol del atardecer o a un torbellino de polvo recorriendo a medio día la llanura.

A la Cosa no parecían importarle los dos viajeros. Vagabundeaba caprichosamente en soledad. Pero de repente, concretando su trayectoria, fue derecha hacia ellos, como una flecha.

2. *Nant-le-Grand* (antes del ataque a las fortificaciones de Douaumont), 14 de octubre de 1916.

...Y entonces, el Hombre vio que el pequeño vapor rúbeo no era sino el centro de una Realidad infinitamente mayor que avanzaba, incircunscrita, sin forma ni límites. Hasta donde alcanzaba su vista, la Cosa, a medida que se aproximaba, se desarrollaba con una rapidez prodigiosa, invadiendo todo el espacio. Mientras sus pies rozaban la hierba espinosa del torrente, su frente ascendía al cielo como una bruma dorada tras de la cual enrojecía el sol. Y, a su alrededor, el éter se vivificaba y vibraba palpablemente bajo la tosca sustancia de las rocas y las plantas, como tiembla en verano el paisaje detrás de un sol abrasador.

Lo que se acercaba era el *corazón móvil de una inmensa sutileza...*

El Hombre cayó rostro en tierra, puso las manos sobre su faz y esperó.

Un gran silencio se hizo a su alrededor.

Y después, bruscamente, un soplo ardiente pasó sobre su frente, forzó la barrera de sus párpados cerrados y penetró hasta su alma...

El Hombre tuvo la impresión de dejar de ser únicamente él mismo. Un irresistible entusiasmo se apoderó de él como si toda la savia de toda vida, afluyendo de golpe a su corazón demasiado angosto, recreara poderosamente las fibras debilitadas de su ser.

Y, al mismo tiempo, la angustia de un peligro sobrehumano le oprimió; el sentimiento confuso de que la Fuerza que se había abatido sobre él era ambigua y turbia, esencia combinada de todo el Mal y todo el Bien.

El huracán estaba en él.

Pues bien, en lo más profundo del ser que ella había invadido, la Tempestad de vida, infinitamente dulce y brutal, murmuraba al único punto secreto del alma que no estremecía por completo:

– Tú me has llamado; heme aquí. Expulsado por el Espíritu fuera de los caminos seguidos por la caravana humana, has osado afrontar la soledad virgen. Cansado de abstracciones y

moderaciones, y del verbalismo de la vida social, has querido medirte con la Realidad total y salvaje.

Me necesitabas para crecer; y yo te esperaba para que me santificases.

Me deseabas desde siempre sin saberlo; y yo te atraía.

Ahora estoy sobre ti para la vida o para la muerte. Te es imposible retroceder, volver a las satisfacciones ordinarias y a la adoración tranquila. Quien me ha visto una vez no puede olvidarme; se condena conmigo o me salva consigo.

¿Vienes?

– Oh, divina y poderosa, dime, ¿cuál es tu nombre?

– Yo soy el fuego que arde y el agua que se derrama; el amor que inicia y la verdad que se admite. Todo cuanto se impone y todo cuanto renueva; todo cuanto desata y todo cuanto une: Fuerza, Experiencia, Progreso; yo soy la Materia.

Porque, en mi violencia, puedo matar a mis amantes; porque quien me toca no sabe nunca qué fuerza va a desencadenar, los sabios me temen y me maldicen. Me desprecian con palabras, como a una mendiga, una bruja o una prostituta. Pero sus palabras están en contradicción con la vida, y los fariseos que me condenan languidecen en el Espíritu en que se confinan. Mueren de inanición, y sus discípulos los abandonan, porque yo soy la esencia de todo cuanto se toca, y los hombres no pueden prescindir de mí.

Tú, que has comprendido que el Mundo –el Mundo amado por Dios– tiene, más aún que los individuos, un alma que redimir, abre ampliamente tu ser a mi inspiración; recibe el Espíritu de la Tierra que hay que salvar.

He aquí las Palabras supremas del enigma; las palabras deslumbradoras inscritas en mi frente y que en adelante te abrasarán los ojos: «*Nada es precioso sino tú en los otros, y los otros en ti. En las alturas, ¡todo no es sino uno! En las alturas, todo no es sino uno*».

Vamos, ¿no sientes mi soplo que te desarraiga y te arrastra?... En pie, Hombre de Dios, y apresúrate. Según la manera en que uno se entrega a él, el torbellino arrastra a las som-

brías profundidades o eleva hasta los azules cielos. Tu salvación y la mía dependen de ese primer instante...

– Oh, Materia, ya ves, mi corazón está temblando. Puesto que eres tú, dime, ¿qué quieres que haga?

– ¡Arma tu brazo, Israel, y lucha intrépidamente contra mí!

El Soplo, insinuante como un bebedizo, se había vuelto provocador y hostil.

En sus pliegues se alojaba ahora un acre olor a batalla...

Olor salvaje de los bosques, atmósfera febril de las ciudades, aroma siniestro y embriagador que emana de los pueblos en guerra.

Todo ello circulaba por sus oleadas, humareda condensada de las cuatro esquinas de la tierra.

El Hombre, aún prosternado, se sobresaltó, como si hubiera sentido un agujonazo. Se irguió de un brinco frente a la tempestad.

El alma toda de su raza acababa de estremecerse, oscuro recuerdo del primer despertar entre las bestias, más fuertes y mejor armadas, eco doloroso de los intensos esfuerzos por dominar el trigo y apoderarse del fuego, miedo y rencor ante la Fuerza maléfica, ansia de saber y poseer...

Un momento antes, en la dulzura del primer contacto, había deseado instintivamente perderse en el cálido hálito que le envolvía.

Pero he aquí que la oleada de bienaventuranza casi disolvente se había mudado en ávida voluntad de ser más.

El Hombre había sentido al enemigo y la presa hereditaria.

Afirmó sus pies en el suelo y comenzó a luchar.

Luchó en principio para no ser arrastrado, y después luchó por la alegría de luchar, para sentir que era fuerte. Y cuanto más luchaba, tanto más sentía salir de él una fuerza mayor para equilibrar la tempestad, y de ésta, en contrapartida, emanaba un efluvio nuevo que circulaba abrasador por sus venas.

Como el mar se ilumina algunas noches en torno al nadador y brilla tanto más en sus repliegues cuanto mayor es el vigor con que los miembros robustos lo agitan, así la potencia oscura que combatía contra el hombre irradiaba mil reflejos alrededor de su esfuerzo.

En virtud de un despertar mutuo de sus potencias opuestas, él exaltaba su fuerza para dominarla, y ella revelaba sus tesoros para entregárselos.

– Empápate de la Materia, Hijo de la Tierra, báñate en sus ardientes oleadas, porque ella es la fuente y la juventud de tu vida.

Creías, ay, poder prescindir de ella, porque el pensamiento se ha encendido en ti. Esperabas estar tanto más próximo al Espíritu cuanto más cuidadosamente rechazases lo que se palpa; esperabas ser más divino si vivías en la idea pura, más angélico, al menos, si huías de los cuerpos.

Pues bien, ¡has estado a punto de morir de hambre!

Te es preciso aceite para tus miembros, sangre para tus venas, agua para tu alma, Realidad para tu inteligencia; te son necesarios por la ley misma de tu naturaleza, ¿lo comprendes?...

Nunca jamás, si quieres vivir y crecer, podrás decir a la Materia: «Ya te he visto lo bastante; conozco todos tus misterios; ya he tomado alimento perpetuo para mi pensamiento». A pesar de todo, entérate bien, como el Sabio de los Sabios, aunque llevases en la memoria la imagen de cuanto puebla la Tierra o nada bajo las aguas, esa Ciencia no supondría nada para tu alma, porque todo conocimiento abstracto es inútil, porque, para comprender el Mundo, no basta con saber; es preciso ver, tocar, vivir en la presencia, beber la cálida existencia en el seno mismo de la Realidad.

No digas, pues, jamás, como algunos: «¡La Materia está desgastada, la Materia está muerta!». Hasta la consumación de los Siglos, la Materia será joven y exuberante, resplandeciente y nueva para quien quiera...

Tampoco digas: «¡La Materia está condenada, la Materia es mala!...». Vino alguien que dijo: «Beberéis veneno, y no os hará daño»; y también: «La vida saldrá de la muerte»; y, finalmente, pronunció las palabras definitivas de mi liberación: «Esto es mi Cuerpo».

No, la pureza no reside en la separación, sino en una penetración más profunda, del Universo. Reside en el amor a la única Esencia, incircunscrita, que penetra y trabaja todas las cosas en su interior, más allá de la zona mortal donde se debaten las personas y los números. *Se sitúa en un casto contacto con lo que es «lo mismo en todos».*

¡Oh, qué bello es el Espíritu elevándose, engalanado por entero con las riquezas de la Tierra!

¡Báñate en la Materia, hijo del Hombre, sumérgete en ella allí donde sea más violenta y más profunda! ¡Lucha en su corriente y bebe su caudal! ¡Ella es quien meció en el pasado tu inconsciencia, y ella es quien te llevará hasta Dios!

El hombre en medio del huracán volvió la cabeza para tratar de ver a su compañero.

Y en ese momento se percató de que, detrás de él, por una extraña metamorfosis, huía y crecía la Tierra.

La Tierra huía, porque allí, justo debajo de él, los vanos detalles del terreno menguaban y se fundían; ahora bien, no obstante, la Tierra crecía, porque allá, a lo lejos, la línea del horizonte ascendía, ascendía sin cesar...

El Hombre se vio en el centro de una inmensa copa, cuyos bordes se cerraban sobre él.

Entonces la fiebre de la lucha dio paso en su corazón a una irresistible pasión por *experimentar*, y descubrió de un fogonazo presente por doquier a su alrededor *lo Único Necesario*.

...Comprendió para siempre que el Hombre, como el átomo, no vale sino por la parte de sí mismo que pasa al Universo.

Vio con absoluta claridad la vacía fragilidad de las más bellas teorías, comparadas con la plenitud definitiva del más mínimo *hecho* tomado en su realidad concreta y total.

Contempló con despiadada claridad la ridícula pretensión de los Humanos de regir el Mundo, de imponerle sus *dogmas*, sus medidas y sus convenciones.

Saboreó hasta la náusea la banalidad de sus alegrías y sus tristezas, el mezquino egoísmo de sus preocupaciones, la insulsez de sus pasiones y la atenuación de su capacidad de sentir.

*Se apiadó de quienes se espantan ante un siglo o no saben amar más allá de un país.*

Tantas cosas que le habían inquietado o sublevado en otro tiempo: los discursos y los juicios de los doctores, sus afirmaciones y sus defensas, su prohibición al Universo de cambiar...

...Todo ello le pareció ridículo, inexistente comparado con la Realidad majestuosa, desbordante de Energía, que se le revelaba universal en su presencia, inmutable en su verdad, implacable en su desarrollo, inalterable en su serenidad, maternal y segura en su protección...

Había, pues, encontrado por fin *un punto de apoyo* y un recurso *fuera* de la sociedad.

Un pesado manto cayó de sus hombros y se deslizó por detrás de él: el peso de todo lo falso, mezquino, tiránico, *artificial* y *humano* que hay en la Humanidad.

Una oleada de triunfo liberó su alma.

Y sintió que, en lo sucesivo, nada del Mundo podría apartar su corazón de la Realidad superior que se mostraba a él; nada, ni los Hombres en lo que tienen de intrusivo e individual (porque en esos aspectos los despreciaba), ni el Cielo ni la Tierra en su altura, su longitud, su profundidad y su potencia (porque a ellas precisamente se consagraba para siempre).

Acababa de operarse en él una profunda renovación, de modo que ya no le era posible ser Hombre *sino en otro plano*.

Ahora, cuando volviera a descender a la Tierra común —aun cuando fuera junto al compañero fiel que permanecía prosternado allí, sobre la arena desértica— sería ya *un extraño*.

Sí, era consciente de ello: incluso para sus hermanos en Dios, mejores que él, en lo sucesivo hablaría inevitablemente

una lengua incomprensible, porque el Señor había decidido hacerle tomar el camino del Fuego. Incluso para quienes más quería, su afecto sería una carga, porque percibirían que buscaba irresistiblemente *algo detrás de ellos*.

Porque la Materia, despojándose de su velo de agitación y multitud, le había descubierto su gloriosa unidad; ahora entre los demás y él había un caos. Porque ella había apartado para siempre su corazón de cuanto es local, individual y fragmentario; ella únicamente, en su totalidad, sería en lo sucesivo para él su padre, su madre, su familia, su raza, su única y abrasadora pasión.

Y nadie en el mundo podría hacer nada por impedirlo.

Apartando resueltamente los ojos de lo que huía, se abandonó, con una fe desbordante, al soplo que arrastraba el Universo.

Pero he ahí que, en el seno del torbellino, crecía una luz que tenía la dulzura y la movilidad de una mirada... Se expandía un calor que ya no era la dura irradiación de un fuego, sino la rica emanación de una carne... La inmensidad ciega y salvaje se volvía expresiva y personal. Sus amorfas oleadas se plegaban siguiendo los rasgos de un rostro inefable.

Un Ser se dibujaba por doquier, atrayente como un alma, palpable como un cuerpo, vasto como el cielo; un Ser entremezclado con las cosas, aunque distinto de ellas, superior a su sustancia, de la que se revestía, y, sin embargo, tomando cuerpo en ellas...

El Oriente nacía en el corazón del Mundo.

Dios resplandecía en la cúspide de la Materia, cuyas oleadas le llevaban el Espíritu.

El Hombre cayó de rodillas en el carro de fuego que le arrebatava.

Y dijo:

## HIMNO A LA MATERIA

«Bendita seas, tosca Materia, barro estéril, duro peñasco; tú que no cedes sino a la violencia y nos fuerzas a trabajar si queremos comer.

Bendita seas, peligrosa Materia, mar violenta, pasión indómita que nos devora si no la encadenamos.

Bendita seas, poderosa Materia, Evolución irresistible, Realidad siempre naciente que, al hacer estallar en todo momento nuestros límites, nos obligas a ir cada vez más lejos en la persecución de la Verdad.

Bendita seas, universal Materia, ¿Duración sin límites? Éter sin riberas, Triple abismo de las estrellas, los átomos y las generaciones que, al desbordar y disolver nuestras estrechas medidas, nos revelas las dimensiones de Dios.

Bendita seas, impenetrable Materia que, extendida por doquier entre nuestras almas y el Mundo de las Esencias, nos haces languidecer de deseo de traspasar el velo inconsútil de los fenómenos.

Bendita seas, mortal Materia que, disociándote un día de nosotros, nos introducirás por fuerza en el corazón mismo de lo que es.

Sin ti, Materia, sin tus ataques, sin tus desgarramientos, viviríamos inertes, estancados, pueriles, ignorantes de nosotros mismos y de Dios; a ti que hieres y que curas, a ti que resistes y que te sometes, a ti que destruyes y que construyes, a ti que encadenas y que liberas, Savia de nuestras almas, Mano de Dios, Carne de Cristo, Materia, yo te bendigo.

Yo te bendigo, Materia, y te saludo, no tal como te describen, disminuida o desfigurada, los pontífices de la ciencia y los predicadores de la virtud: un farrago —dicen— de fuerzas brutales o de bajos apetitos, sino tal como te me manifestarás hoy, *en tu totalidad y tu verdad*.

Salve, inagotable capacidad de ser y de Transformación en la que germina y crece la Sustancia elegida.

Salve, potencia universal de acercamiento y unión mediante la cual se religa la multitud de mónadas y en quien todas convergen por el camino del Espíritu.

Salve, suma<sup>3</sup> armoniosa de las almas, límpido cristal del que surge la nueva Jerusalén.

Salve, Medio divino cargado de potencia Creadora, Océano agitado por el Espíritu, Arcilla modelada y animada por el Verbo encarnado.

Creuyendo obedecer a tu irresistible llamada, los hombres suelen precipitarse por amor a ti en el abismo exterior de los gozos egoístas.

Un reflejo, o un eco, los confunde.

Ahora lo veo.

Para alcanzarte, Materia, es preciso que, partiendo de un contacto universal con cuanto se mueve en este mundo, sintamos desvanecerse poco a poco entre nuestras manos las formas concretas de cuanto tenemos, hasta que nos enfrentemos con *la sola esencia* de todas las consistencias y todas las uniones.

Si queremos poseerte, es necesario que te sublimemos en el dolor después de haberte estrechado voluptuosamente en nuestros brazos.

Tú reinas, Materia, en las alturas serenas donde se imaginan evitarte los Santos; Carne tan transparente y tan móvil que ya no te distinguimos de un espíritu.

¡Álzame, Materia, a las alturas, mediante el esfuerzo, la separación y la muerte; álzame allí donde sea posible por fin abrazar castamente el Universo!».

Abajo, en el desierto ya tranquilo, alguien lloraba: «¡Padre mío, Padre mío!; ¡qué loco viento le ha arrebatado!».

Y en el suelo yacía un manto<sup>4</sup>.

## LO CRÍSTICO

3. Cuando el padre Teilhard releyó en mi presencia este Himno, me dijo, después de reflexionar, que prefería *fuentes* a *sumas* (Nota de J.M.).

4. Jersey, 8 de agosto de 1919.

<i>Introducción: La Amorización del Universo . . . . .</i>	87
1.– La Convergencia del Universo. . . . .	89
2.– La Emergencia de Cristo . . . . .	92
3.– El Universo Cristificado. . . . .	95
a) La Consumación del Universo por Cristo . . . . .	96
b) La Consumación de Cristo por el Universo . . . . .	98
c) El Medio Divino . . . . .	100
4.– La Religión del mañana . . . . .	101
<i>Conclusión: Tierra Prometida. . . . .</i>	104

*Antes incluso de haber terminado El Corazón de la Materia, el padre Teilhard presentía su última obra y escribía al respecto: «Querría no morir antes de haber expresado sobre poco más o menos cómo he entrevisto este extraordinario Crístico, con una admiración que no ha dejado de aumentar». Carta a J. Mortier, 19 de agosto de 1950.*

*Y en sus Notas de Retiros, el 29 de septiembre siguiente se lee: «Jesús, Dios mío, una vez más la misma oración, la más ardiente y la más humilde: Hazme acabar bien, (...) acabar bien, es decir, tener tiempo y ocasión de formular mi Mensaje Esencial, la Esencia de Mi Mensaje».*

*En la primavera de su segundo año de exilio en Nueva York, Teilhard anunció: «Lo primero que escribiré “para mí” (y para los íntimos) puede que sea un estudio sobre “la Cristosfera”, o sobre lo Crístico (el Punto, el Medio y la Energía crísticos), lo que más o menos me remitirá al “Medio Divino”. A J.M., 30 de abril de 1952.*

*En 1954 vuelve a su proyecto: «Entre tanto, sueño cada vez más con escribir algo “confidencial” sobre lo Crístico: una especie de quintaesencia del Medio Divino, la Misa sobre el Mundo y el Corazón de la Materia. Una evocación de la formidable “integración” psicológica (como se dice ahora) realizable (y en vías de inevitable realización) por el encuentro entre el Cristo-pleromizante de la Revelación y lo Evolutivo convergente de la Ciencia. Todo el Universo que se amoriza, de lo ínfimo a lo inmenso, a lo largo de toda la Duración del tiempo...». A J.M., 22 de septiembre de 1954.*

*Finalmente, dos meses antes de su muerte, Teilhard comenzó la redacción del ensayo que maduraba desde hacía cinco años: «Me pongo decididamente con lo Crístico, sin saber demasiado bien ni el tono ni el carácter que adquirirá (entre el Medio Divino, la Misa sobre el Mundo y el Corazón de la Materia...). Orad para que lo haga lo mejor posible, para que venga “su” reino». A J.M., 9 de febrero de 1955. (N. d. E.).*

### **Introducción: La Amorización del Universo**

Las páginas que siguen no son una simple disertación especulativa en que se expongan las líneas principales de un sistema largamente madurado e ingeniosamente ensamblado, sino que representan un testimonio dado con toda objetividad sobre un cierto acontecimiento interior, sobre una determinada experiencia personal en la que me es imposible no discernir las huellas de una deriva general de lo Humano hacia sí mismo.

Poco a poco, a lo largo de mi existencia se ha ido despertando en mí (hasta hacerse habitual) la percepción de dos dinámicas o corrientes psíquicas fundamentales, en las que todos participamos sin, no obstante, tener el suficiente cuidado.

Por un lado, el acercamiento irresistible de mi pensamiento individual a todo el resto de cuanto piensa sobre la Tierra, y, por tanto, poco a poco, a cuanto está «ordenándose», donde sea y en el grado que sea, en las inmensidades del Tiempo y el Espacio.

Y, por otro lado, la individualización persistente, en el centro de mi pequeño *ego*, de un ultra-Centro de pensamiento y acción: el ascenso imparable, en el fondo de mi conciencia, de una suerte de Otro que sería aún más yo que yo mismo.

Por un lado, un Flujo, a la vez físico y psíquico, que enrollaría sobre sí, complicándola hasta hacerla co-reflexionar, la totalidad de la Trama de las Cosas.

Y por otro lado, bajo las especies de lo Divino encarnado, una presencia tan íntima que exigiría, para satisfacerse y satisfacerme, ser, por naturaleza, universal.

Doble sentido (y sentimiento) de una *Convergencia cósmica* y de una *Emergencia crística* que, cada una a su manera, me invadían por entero.

Aunque la una y la otra me afectaban en la médula del ser, es concebible que estos dos aflujos de conciencia, por llegar a mí desde dos ángulos diferentes, permanecieran sin efecto el uno con relación al otro...

Ahora bien, por el contrario (y ésta es precisamente la experiencia que intentan traducir estas páginas), el gozo y la fuerza de mi vida han consistido en constatar que, aproximados el uno al otro, los dos ingredientes espirituales reaccionaban inexhaustiblemente entre sí con un resplandor extraordinario, desencadenando, mediante su implosión, una luz tan intensa que transfiguraba (o incluso «trans-substanciaba») para mí las profundidades mismas del Mundo.

El acceso repentinamente abierto al Hombre del siglo xx, por la maduración conjugada de la Revelación y la Ciencia, de una especie de ultra-dimensión de las Cosas en la que (no por neutralización, sino por paroxismo) se desvanecen todas las diferencias entre Acción, Pasión y Comunión, a las temperaturas del Centro y a escala del Todo...

El Universo amorizándose y personalizándose en el propio dinamismo de su evolución...

Hace ya mucho tiempo que, en *La Misa sobre el Mundo y El Medio Divino*, intenté, ante estas perspectivas aún apenas formadas en mí, fijar mi admiración y mi asombro.

Hoy, después de cuarenta años de reflexión continua<sup>1</sup>, sigue siendo exactamente la misma visión fundamental la que siento la necesidad de presentar, y hacer compartir, en forma madura, por última vez.

Con menos frescura y exuberancia en la expresión que en el momento del primer encuentro.

Pero con la misma admiración y la misma pasión.

1. En *El Corazón de la Materia* (1950) he intentado describir, en una suerte de autobiografía, el proceso general y las fases principales de «aparición».

## 1. La Convergencia del Universo

De buen o mal grado, y lo reconozcamos o no, todos nos hemos convertido hoy en «evolucionistas». Por la pequeña fisura darwiniana abierta hace un siglo en la zoología, el sentido de la Duración ha invadido hasta tal punto la totalidad de nuestra experiencia que hemos de hacer un esfuerzo, por ejemplo, para remontarnos a los tiempos, no tan lejanos (¡hacia 1900!), en que se debatía aún acaloradamente sobre la formación de las Especies, sin sospechar que, cincuenta años después, la economía entera de la humanidad estaría basada en la génesis del Átomo.

Hoy, lo repito, todos pensamos y actuamos inevitablemente como si el Mundo estuviera en estado de formación y transformación continuas.

Pero aún falta mucho para que esta disposición general encuentre en nuestro pensamiento su expresión definitiva y completa.

En un primer grado (el más vago), *evolucionar* puede significar *cambiar*, sean cuales fueren la naturaleza y las modalidades de ese cambio: irregular u orientado, continuo o periódico, aditivo o dispersivo, etcétera, etcétera.

En este nivel elemental puede decirse que en Física y en Biología la cuestión está totalmente solventada. El movimiento que anima, en nosotros y a nuestro alrededor, la Trama del Universo no es una simple agitación ni un simple paso hacia lo homogéneo. De hecho, se presenta ante nuestra experiencia como un proceso –o, más exactamente, como la suma de dos procesos– de naturaleza *dirigida*.

a) El uno, de «ordenamiento», dando nacimiento, por «corpusculización» gradual de la Energía cósmica, a la infinita variedad (cada vez más compleja y cada vez más «psiquizada») de los átomos, moléculas, células vivas, etcétera.

b) El otro de «des-ordenamiento» (Entropía), que lleva de nuevo constantemente a la Energía ordenada a sus formas más probables y, por tanto, más simples.

Respecto de esta imagen general de una Evolución comparable, en suma, a un río de aguas amorfas (Entropía) en el seno del cual se individualizarían por contra-corriente innumerables torbellinos, puede decirse que los observadores competentes están hoy de acuerdo. «Fenoménicamente» hablando, el Mundo se presenta ante nosotros, no sólo como un sistema en simple movimiento, sino como un sistema en estado de *génesis*, lo que es totalmente distinto. A través de las metamorfosis de la «Materia», algo se hace (y simultáneamente se deshace) siguiendo una determinada orientación global, irreversible y aditivamente.

Pero entonces se descubre por sí mismo un problema ulterior (por no decir último).

En el caso del río tomado anteriormente como elemento de comparación, lo más definitivo y lo más importante es, por supuesto, la corriente principal, no los remolinos aparecidos fugazmente en la masa de aguas descendentes. En la Cosmogénesis, por el contrario, ¿cómo decidir el valor relativo de los dos términos en presencia? «Lo que cuenta» en materia de Evolución —es decir, lo que tendrá la última palabra cósmicamente hablando— ¿es verdaderamente (como podría parecer a primera vista) la majestuosa e inflexible Entropía?; ¿no serán, por el contrario (a pesar de ciertas apariencias de fragilidad) los núcleos cada vez más complejos y cada vez mejor centrados, formados sucesivamente en el curso de las edades planetarias? Dicho de otro modo, ¿es en dirección a lo inordenado-inconsciente (solución materialista), o, por el contrario, en dirección a lo Ordenado-consciente (solución espiritualista) hacia donde el Universo, en último término, cae sobre sí en equilibrio?

A propósito de este problema (por vital que sea para nosotros) de valor y futuro, la Ciencia se niega aún a tomar postura, y las opiniones están divididas. Cuestión experimentalmente insoluble, se repite, cuya respuesta concierne a la filosofía o al sentimiento...

Cuestión técnicamente soluble, por el contrario, exclamaré yo, con tal de que nuestros ojos no permanezcan cerrados a la significación bio-cósmica de un fenómeno a la vez tan grande y tan próximo a nosotros que terminamos por no percibirlo a fuerza de estar sumergidos en él: me refiero al Fenómeno de la *co-reflexión* humana.

Dado que nacemos y vivimos en el seno mismo del acontecimiento, nos sigue pareciendo muy natural no sólo pensar con nosotros mismos, sino pensar, inevitablemente, con todos los demás a la vez; es decir, encontramos cada vez más inmersos por cada uno de nuestros gestos en la edificación de un acto humano total de visión y actuación.

Intentemos, por el contrario, adoptando para ello la distancia suficiente, hacer entrar en una perspectiva general del Mundo el proceso de «co-conscienciación» en que participamos.

Entonces una evidencia totalmente clara (y extrañamente liberadora) se desprende de los hechos, a saber, que bajo la banalidad y la superficialidad aparentes del ordenamiento técnico-social de la Tierra, es la Evolución misma, a través de su rostro orientado hacia lo Improbable, la que se prolonga y acelera, más allá de nuestros pequeños centros individuales, en dirección a una Complejidad-Consciencia de dimensiones planetarias.

Y esta sencilla constatación es de una importancia decisiva a la vez para nuestra inteligencia y para nuestra voluntad.

Muchos teóricos de la Biogénesis siguen hablando como si la deriva cósmica (anti-entrópica) de Ordenamiento se tradujese finalmente en *una expansión diversificante y dispersante* de las formas vivientes. De hecho, correctamente interpretada, de la co-reflexión terrestre, resulta, por el contrario, que esa deriva, llegada a su madurez, adopta inevitablemente la forma de *un centramiento diferenciante y unanimizante* de toda la porción hominizada de la Trama de las Cosas.

Experimentalmente, observado en sus zonas extremas, en dirección a lo Improbable, *el Universo converge sobre sí mismo...*

Es imposible, en mi opinión, ser correcta y plenamente evolucionista sin percibir y admitir esa concentración «psicogénica» del Mundo sobre sí mismo.

Y es imposible, añadiré, despertar a la percepción de tal forma «centrípeta» de cosmogénesis sin verse llevado a reconocer y decidir (por múltiples razones tanto físicas como psicológicas<sup>2</sup>) que es forzosamente en el sentido en que se enrolla sobre sí (y no siguiendo la dirección inversa) donde el Universo adquiere al mismo tiempo consistencia y valor.

Así aparece y se afirma –transfigurando el Mundo que ilumina, enardece y consolida– un *Flujo universal de unificación e irreversibilización* en el que todos nos encontramos bañados.

Dinamismo superior que controla y sobrealimenta desde el interior todos los demás dinamismos...

De hecho, neo-medio de visión y acción, al margen del cual se podría legítimamente temer que la Antropogénesis languideciera y decayera; pero en el seno del cual, por el contrario, no se concibe que haya límite hacia adelante para las fuerzas de ultra-hominización.

## 2. La emergencia de Cristo

A lo largo de los párrafos precedentes he intentado hacer percibir hasta qué punto se transforma la imagen del Mundo desde el momento en que se decide dar en él su plena expresión y su lugar completo al *Fenómeno Humano de Co-reflexión*.

Volviendo ahora nuestra mirada en una dirección en apariencia totalmente distinta, es decir, pasando del terreno físico

2. Razones físicas de estructura: por naturaleza, la unión consolida –tanto tiempo como la unificación continúa actuando–. Y razones psicológicas de exigencia: si la unificación biológica del Mundo pudiera concebirse como destinada a detenerse algún día, la previsión de ese final (cf. más adelante) bastaría para matar en nosotros (por hastío de supervivir) el esfuerzo evolutivo de co-reflexión.

al plano místico del conocimiento, veamos si, por casualidad, no se operaría en nuestras perspectivas intelectuales y emocionales del Universo –por la consideración más atenta del *Fenómeno Cristiano* de la adoración– una metamorfosis del mismo orden (simétrica o, incluso, complementaria).

El Fenómeno Cristiano...

Como consecuencia del desarrollo científico experimentado por el estudio de las religiones comparadas, este gran acontecimiento, visto unánimemente en Occidente, durante casi dos mil años, como único en la historia del Mundo, podría a primera vista parecer que experimenta el mismo eclipse en este momento que, a principios del darwinismo, la aparición, en el Cuaternario, del Hombre en la Naturaleza. «El Cristianismo: una forma notable de religión, por supuesto; pero una más entre muchas otras, y únicamente durante un tiempo dado». Esto es lo que dicen y repiten en nuestro tiempo, más o menos explícitamente, una gran mayoría de personas «inteligentes».

Ahora bien, del mismo modo que en el caso del Hombre ha bastado, para que lo Humano recuperase su primacía, no ya en el centro esta vez, sino a la cabeza de las cosas, que se pusieran de relieve poco a poco, en nuestra perspectiva, el lugar y la función evolutiva de la Reflexión; del mismo modo, en mi opinión, el Cristianismo, lejos de perder su primacía en el seno de la vasta confusión religiosa, desencadenada por la totalización del mundo moderno, recupera y consolida, por el contrario, su lugar axial y dirigente a la cabeza de las energías psíquicas humanas; siempre que se preste atención suficiente a su extraordinario y significativo poder de «panamorización».

El amor cristiano; la caridad cristiana...

Por experiencia, sé perfectamente que esta expresión suele despertar, cuando se pronuncia ante no-cristianos, una incredulidad condescendiente o maligna. «Amar a Dios y al Mundo –se objeta– ¿no es un acto psicológicamente absurdo? ¿Cómo, en efecto, amar lo Intangible y lo Universal? Por otra

parte, en la medida en que, más o menos metafóricamente, un amor a todo y al Todo pueda considerarse posible, ¿no es ese gesto interior familiar para los bagti hindúes, los babaístas persas y muchos otros, lejos de ser específicamente cristiano...?».

Y, sin embargo, materialmente –casi brutalmente–, ¿no están los hechos ahí, justo ante nuestros ojos, para probarnos lo contrario?

Por una parte, se diga lo que se diga, el amor (el *verdadero* amor) a Dios es perfectamente posible. Porque, si no lo fuera, todos los monasterios e iglesias de la Tierra se vaciarían de la noche a la mañana; y el Cristianismo, a pesar de su marco de ritos, preceptos y jerarquía, se reduciría, inevitablemente, a la nada.

Y este amor, por otra parte, tiene ciertamente matices más fuertes en el Cristianismo que en ninguna otra religión. Porque, de lo contrario, a pesar de todas las virtudes y todos los atractivos de la dulzura evangélica, hace mucho que la doctrina de las Bienaventuranzas y la Cruz habría cedido su lugar a otro Credo (especialmente a algún humanismo o terrenismo) más seductor.

Sean cuales sean los méritos de otras religiones, y se explique como se explique, es innegable que el más ardiente foco colectivo de amor que en el Mundo ha habido arde, *hic et nunc*, en el corazón de la Iglesia de Dios.

*De hecho*, ninguna Fe religiosa desprende (ni ha desprendido nunca, en ningún momento de la Historia) mayor calor ni un dinamismo unificador más intenso que el Cristianismo (cuanto más católico es) en este momento. Y, *de derecho*, es perfectamente natural que así sea, porque en ningún otro Credo existente o pasado se encuentran tampoco, «milagrosa» y eficazmente asociadas para seducirnos y cautivarnos, las tres características siguientes del Dios encarnado cristiano:

a) Tangibilidad de orden experimental, debida a la inserción histórica (por nacimiento) de Cristo Jesús en el proceso mismo de la Evolución.

b) Expansibilidad de orden universal, conferida al Centro Crístico en virtud de la «resurrección».

c) Poder asimilador de orden orgánico, que integra potencialmente, en la unidad de un solo «cuerpo», a la totalidad del género humano.

Es fácil criticar abstractamente esta paradójica mezcla de «antropomorfismo» primitivo, mítica maravillosa y audacia gnóstica. Pero persiste el notable hecho, insisto, de que la combinación de los tres elementos (por extraña que pueda parecer) *se mantiene –opera–* y que bastaría con atenuar la realidad (o incluso el realismo) de uno solo de los tres componentes en presencia para que la llama cristiana se extinguiera de inmediato.

Lo que, a fin de cuentas, constituye la imbatible superioridad del Cristianismo sobre todas las demás formas de Fe es que se encuentra identificado cada vez más conscientemente con una *Cristogénesis*, es decir, con un ascenso perceptible de *una cierta Presencia universal*, a la vez *inmortalizante y uniente*.

Justamente la réplica de lo que nos había revelado anteriormente (pero en términos de «Flujo») el análisis, llevado hasta el extremo, del Fenómeno humano.

Aquí (en el caso de lo Cristiano), un Centro en expansión que busca una esfera.

Y allí (en lo Humano), una esfera en vías de profundización que llama a un centro.

¿Es posible que una complementariedad tan notable no sea más que una coincidencia o una ilusión?...

### 3. El Universo cristificado

La conciencia de encontrarse en un Mundo cuyas dos mitades (física y mística) se cierran lentamente, con toda la fuerza de un Mundo, sobre una Humanidad que nace de su acercamiento; y, en consecuencia, la conciencia de acceder a un hiper-

medio de Vida engendrado por el encuentro entre un Cristo que emerge y un Universo que converge...

Hemos llegado aquí al corazón mismo de la experiencia de la que estas páginas intentan dar testimonio.

Para darle más fuerza, intentemos llevar un orden. Y para ello examinemos sucesivamente:

– en principio, cómo, en el curso del acontecimiento, el Universo y Cristo, cada uno por su lado, se consuman conjugándose;

– y después cómo, a partir de esa misma conjugación, aparece una tercera Cosa (a la vez Elemento, Medio y Rostro universales) en la que pierden su oposición y, sin embargo, al mismo tiempo encuentran su plena expresión las categorías más familiares para nuestra acción y nuestro entendimiento.

#### a) *La Consumación del Universo por Cristo*

Con toda sinceridad, he constatado, señalado y celebrado anteriormente (primera parte) la realidad y el valor espiritualizante de la nueva forma de «sentido cósmico» despertado en el Hombre moderno por la evidencia que le proporciona la Ciencia de pertenecer a un Universo de tipo convergente.

Sé como nadie, por haberlo experimentado, lo que ese «sentido evolutivo» (o «sentido humano») tiene de envolvente, vigorizante y exaltante al mismo tiempo. Y, por eso mismo, estoy absolutamente convencido de que es a partir y a base de ese nuevo elemento psíquico como únicamente pueden construirse (y se construirán de hecho) los grandes edificios espirituales del mañana.

En cualquier caso, por razones importantes, dudo que, por sí sola (por intensa que sea en cada uno de nosotros), la conciencia de participar en un Flujo planetario de co-reflexión sea capaz de fundar el tipo de religión tan calurosa y brillantemente anunciado por mi amigo J. Huxley con el nombre de Humanismo evolutivo.

Porque, finalmente, por persuadidos que estemos (ya sea por la curvatura específica del medio cósmico en que estamos inmersos, ya sea por las exigencias de irreversibilidad inherentes a nuestra Acción reflexiva) de que en el término superior de la Hominización nos espera un Polo superior de compleción y consolidación (llamémoslo *Omega*), ese polo Omega, en definitiva, no se alcanza sino por extra-polación: sigue siendo de naturaleza conjetural y postulada.

Sin contar con que, aun admitido como «garantizado en cuanto a su existencia futura», no se presenta a nuestra espera sino con rasgos vagos y vaporosos en los que lo Colectivo y lo Virtual se mezclan peligrosamente con lo Personal y lo Real...

¿Qué sucede, por el contrario, si, por adhesión simultánea tanto al Neo-cristianismo como al Neo-humanismo contemporáneos, nuestro espíritu se despierta primero a la sospecha y después a la evidencia de que *el Cristo de la Revelación* no es sino el *Omega de la Evolución*?

Entonces el Universo experimental, a nuestros ojos y para nuestro corazón, se consume y activa definitivamente.

Por una parte, en efecto, sobre nosotros un desenlace comienza a brillar positivamente en lo más alto del futuro. En un Mundo abierto ciertamente en su cúspide *in Christo Jesu*, no nos arriesgamos ya a morir asfixiados.

Y, por otra parte, descendiendo de esas alturas, no es sólo el aire, sino el resplandor de un amor, lo que desciende. El mundo no es, pues, únicamente respirable para una Vida que ha despertado a la previsión del Futuro, sino que se descubre, por su cima evolutiva, apasionadamente atrayente.

Energéticamente hablando, hay que reconocer que Cristo viene muy a propósito en estos días, no sólo para preservar al Hombre de una rebelión legítima contra la Vida ante la simple amenaza, la mera sospecha, de una muerte total, sino también para proporcionarle el *máximo* entusiasmo, sin el cual el Pensamiento no podría, aparentemente, alcanzar el término planetario de su Reflexión.

En verdad, Cristo salva; pero ¿no hay que añadir de inmediato que es al mismo tiempo salvado por la Evolución?

### b) La Consumación de Cristo por el Universo

En el Cristo total (en esta cuestión la tradición cristiana es unánime) no hay únicamente el Hombre y el Dios, sino que está también Aquel que, en su ser «teándrico», reúne la Creación entera: «*in quo omnia constant*».

Hasta ahora, a pesar del lugar dominante que san Pablo le otorga en su visión del Mundo, este tercer aspecto o función –o incluso, en sentido verdadero, esta tercera «naturaleza» de Cristo (naturaleza ni humana ni divina, sino «cósmica»)– no ha atraído mucho la atención explícita de los fieles ni de los teólogos.

Ahora, por el contrario, cuando el Universo se pone a crecer fantásticamente ante nuestros ojos por todas las vías de experiencia, ha llegado ciertamente el momento de que el Cristianismo despierte a una conciencia clara de que el dogma de la Universalidad de Cristo, traspasado a estas nuevas dimensiones, suscita esperanzas y, al mismo tiempo, conlleva dificultades.

Esperanzas, bien entendido, porque si el mundo deviene tan formidablemente vasto y poderoso, es porque Cristo es mucho mayor aún de lo que nosotros pensamos.

Pero también dificultades, porque, en definitiva, ¿cómo concebir que Cristo «se inmensifique» según las exigencias de nuestro nuevo Espacio-Tiempo sin, al mismo tiempo, perder su adorable personalidad y, de alguna manera, volatilizarse?...

Y aquí resplandece la «sombrosa y liberadora armonía entre una religión de tipo crístico y una Evolución de tipo convergente.

Si el mundo fuera un Cosmos estático –o incluso si formara un sistema divergente–, para fundamentar la Primacía de Cristo sobre la Creación sólo –fijémonos bien– podrían invo-

carse relaciones de naturaleza conceptual y jurídica. Cristo es rey de todas las cosas porque ha sido *declarado* tal, no porque exista ninguna relación orgánica de dependencia (ni siquiera porque sea concebible que pueda existir) entre Él y una Multiplicidad fundamentalmente *irreductible*.

Y desde esta perspectiva *extrinsecista*, apenas se puede hablar honestamente de una «cosmicidad» crística...

Pero si, por el contrario, y como establecido por los hechos, el Universo, nuestro Universo<sup>3</sup>, forma una suerte de «vórtice» biológico dinámicamente centrado sobre sí, entonces ¿cómo no ver que en la cúspide tempo-espacial del sistema se descubre una posición única, singular, donde Cristo, sin deformación ni esfuerzo, deviene literalmente, con inaudito realismo, el *Pantocrator*?

A partir de un Oméga evolutivo donde se le supone situado, no sólo resulta concebible que Cristo se proyecte *físicamente* sobre la totalidad impresionante de las cosas, sino que también es inevitable que esa proyección alcance un máximo de penetración y activación.

Erigido en Motor Primero del movimiento evolutivo de complejidad-consciencia, el Cristo-cósmico deviene cósmicamente posible. Y, al mismo tiempo, *ipso facto*, adquiere y desarrolla, con toda plenitud, una verdadera *omnipresencia de transformación*. Toda energía, todo acontecimiento, se sobrepone para cada uno de nosotros con su influencia y su atracción. En último término, la Cosmogénesis, después de ser descubierta, siguiendo su eje principal, Biogénesis y después Noogénesis, culmina en la Cristogénesis que todo cristiano reverencia.

Así pues, ante la mirada maravillada del creyente, es el misterio eucarístico mismo el que se prolonga hasta el infinito en una verdadera «transustanciación» universal, en la que ya no es sólo sobre el pan y el vino sacrificiales, sino sobre la

3. Y probablemente (en la medida en que crear es unificar) *todo* Universo posible.

totalidad de los gozos y dolores engendrados en su progreso por la Convergencia del mundo, donde descienden las palabras de la Consagración<sup>4</sup>,

– y descienden, en consecuencia, las posibilidades de una Comuni3n universal.

### c) *El Medio Divino*

En sus esfuerzos por unirse a lo Divino, el Hombre no haba intentado hasta ahora m3s que dos v3as: o bien evadirse del Mundo en el «m3s all3», o bien, por el contrario, fundirse con las cosas, a fin de unificarse con ellas mon3sticamente. Y, de hecho, en r3gimen de Cosmos, ¿qu3 otra cosa pod3a intentar para escapar a la multiplicidad interna y externa que le torturaba?

En cambio, a partir del momento en que, por Cosmog3nesis orientada hacia un Omega cr3stico, el Universo adopta ante nuestros ojos la forma de un conjunto realmente convergente, una tercera v3a, completamente nueva, se abre a lo «m3stico» para alcanzar la unidad total. Y consiste (puesto que la Esfera entera del Mundo no es sino un Centro en curso de centramiento sobre s3 mismo) en coincidir con todas sus fuerzas y todo su coraz3n con el Centro, a3n disperso, y, sin embargo, ya existente, de unificaci3n universal.

Con el Universo cristificado (o, lo que es lo mismo, con Cristo universalizado) aparece un super-medio evolutivo –al que yo he llamado «el Medio Divino»– cuyas propiedades (o «libertades») particulares, ligadas a la emergencia de dimensiones ps3quicas absolutamente nuevas, a todo hombre le resulta, en adelante, indispensable captar.

B3sicamente (en virtud de cuanto acabo de decir), lo que caracteriza al Medio Divino es constituir una realidad din3mica en la que toda oposici3n entre Universal y Personal

4. Cf. *Le Pr3tre*, t. XII de sus Obras, Éd. du Seuil. (N. d. E.).

desaparece (sin confusi3n): los m3ltiples elementos «reflexivos» del Mundo se cumplen en su *ego* infinitesimal, por acceso integrador al *Ego* cr3stico hacia el que gravita (y al que consume al consumarse) la totalidad de lo Participado.

En virtud de esta inter-relaci3n de convergencia, ni un *ego* elemental puede aproximarse al Centro cr3stico sin hacer cerrarse sobre s3 un poco m3s la esfera total del Mundo, ni, rec3procamente, el Centro cr3stico puede comunicarse, por poco que sea, al menor de los elementos del Mundo, sin hacer que se cierre m3s estrechamente sobre s3 la capa entera de las cosas.

Ascendente o descendente, toda operaci3n (por curvatura misma del «espacio» particular en que se realiza) es, en 3ltima instancia, pan-humanizante y pan-cristificante a la vez.

Por lo que, para el «vidente», se difumina toda oposici3n entre uni3n y desuni3n, acci3n y oraci3n, b3squeda y adoraci3n, centramiento en s3 y ex-centramiento en el Otro...

Dios es en adelante experimentable y percible (e incluso, en un sentido aut3ntico, acabable) por la totalidad envolvente de lo que nosotros denominamos «Evoluci3n», *in Christo Jesu*.

Ahora y siempre el Cristianismo, por supuesto, pero un Cristianismo re-encarnado por segunda vez (y como al cuadrado) en las energ3as espirituales de la Materia. Justamente el «ultra-cristianismo» que nos es necesario en este momento para responder a las exigencias crecientes de lo «ultra-humano».

## 4. La Religi3n del ma3ana

Sin nosotros darnos a3n demasiada cuenta, la cuesti3n n3mero uno que comienza a plantearse la Humanidad en v3as de ordenamiento planetario es un problema de *activaci3n* espiritual. Al poner la mano sobre lo At3mico, hemos tocado las fuentes primordiales de la *Energ3a evolutiva*. Esta decisiva conquista no podr3a concluirse a no ser que, sim3tricamente,

encontrásemos, en el otro polo de las cosas, un medio de incrementar, en proporciones iguales, el *Impulso evolutivo* en el seno de la Noosfera. A poderes nuevos, aspiraciones nuevas. Para equilibrar y utilizar su plus de potencia física, la Humanidad no exige sino un resurgimiento de intensidad en su anhelo de actuar, buscar y crear.

Ahora bien, ¿en qué podría consistir para un ser reflexivo tal anhelo de consumarse hasta el fondo sino en la expectativa de alcanzar una Cúspide suprema de conciencia en la que instalarse definitivamente?

Y, a su vez, ¿qué representa tal fe esperanzada en una consumación futura, en el sentido más auténtico y psicológico del término, sino una «religión»?

Una Religión de la Evolución: he ahí, en definitiva, lo que el Hombre necesita más explícitamente para sobrevivir y super-vivir, desde el momento en que accede a la conciencia de su poder y su deber de auto-ultra-hominización.

«*En régimen de cosmo-noo-génesis, el valor comparado de los Credos religiosos se hace mesurable por su poder respectivo de activación evolutiva*».

Utilizando este parámetro, ¿adónde dirigirnos, entre las diversas corrientes de pensamiento modernas, para encontrar, si no la plenitud, sí al menos el germen de lo que, a juzgar por su capacidad ultra-hominizadora, puede ser visto como la Religión del mañana?

En este orden de ideas se impone una primera constatación. Y es que, ni por el lado de las *religiones del Hacia Adelante* (Humanismo marxista y demás), ni por el lado de las *religiones del Hacia Arriba* (teísmos y panteísmos diversos), la forma de Fe energéticamente requerida para el funcionamiento de un mundo humano totalizado se ha formulado aún de manera satisfactoria en ningún lugar.

*Ni por el lado del Hacia Adelante*, digo bien. Porque, ya sea por timidez a la hora de admitir la realidad y las consecuencias de una convergencia biológica de la Humanidad sobre sí misma, ya sea por obstinación en negarse a ver en el

ascenso evolutivo de lo Psíquico más que un fugaz epi-fenómeno, todas las formas de Humanismo actualmente existentes (incluso las menos materialistas) se muestran igualmente incapaces de conceder al Hombre la confianza estimulante (e indispensable) para avanzar en dirección a un objetivo supremamente deseable —y, más importante aún, un objetivo indestructible— al término de sus actividades. Ya sea por colectivización despersonalizadora de los individuos, ya por la amenaza no neutralizada de una muerte total, no hay una sola de las «religiones» nacidas hasta ahora de la Ciencia en la que el Universo haya dejado de congelarse ni de cerrarse desesperadamente (es decir, de hacerse, finalmente, inhabitable) hacia adelante, en sus zonas «polares». Ésta es la verdad.

*Ni, añadiría yo, por el lado del Hacia Arriba*. Porque (y por limitarnos, en esta dirección, al caso más significativo y más favorable, es decir, al del Cristianismo «clásico») ¿no es cada día más evidente para nuestra generación que algo esencial le falta a un Evangelismo *sub-maniqueizado* en el que los progresos del Conocimiento y de la Técnica se presentan aún, no como una co-condición primaria, sino como un simple incremento de la espiritualización humana; en el que el fracaso adquiere, al mismo nivel, tanto, si no más, valor santificante que el éxito; en el que la Cruz se pone constantemente ante nuestros ojos para recordarnos un fallo inicial del Mundo en que vivimos; en el que la Parusía flota en el horizonte como una catástrofe, mucho más que como una consumación...?

Reconozcámoslo, si los neo-humanismos del siglo XX nos des-humanizan bajo su cielo demasiado bajo, las formas aún vivas de teísmo, por su parte (comenzando por la cristiana), tienden a sub-humanizarnos en la atmósfera enrarecida de un cielo demasiado alto. Sistemáticamente cerradas aún a los grandes horizontes y las grandes inspiraciones de la Cosmogénesis, ya no sienten verdaderamente con la Tierra, una Tierra cuyos rozamientos internos aún pueden suavizar, como un óleo bienhechor, pero cuyos dinamismos no pueden animar (como sería preciso).

Y aquí resplandece la virtud de lo «Crístico», tal como nos ha aparecido anteriormente, engendrado por el encuentro progresivo en nuestra conciencia de las exigencias cósmicas de un Verbo encarnado y las potencialidades espirituales de un Universo convergente. En el seno del Medio Divino se efectúa, como ya hemos visto, un riguroso compromiso entre las fuerzas del Cielo y las fuerzas de la Tierra. Se produce una conjunción exacta entre el antiguo Dios del Hacia Arriba y el nuevo Dios del Hacia Adelante.

En verdad, desde el instante en que, en lugar de aislarlo y oponerlo a lo que se mueve, se le «conecta» resueltamente con el Mundo en movimiento, el Cristianismo, por caduco que pueda parecer a ojos de nuestros modernos gentiles, recobra instantánea e integralmente su poder inicial de activación y seducción.

Porque sólo entonces, entre todas las formas de adoración nacidas a lo largo de la historia humana, manifiesta, como consecuencia de esa «conexión», su asombroso poder para energizar al extremo, «amorizándolas», tanto las potencialidades de crecimiento y de vida como las potencialidades de reducción y de muerte, en el corazón y en el curso de la Noogénesis en que nos encontramos inmersos.

El Cristianismo aún y siempre, lo repito, pero un Cristianismo «renacido», seguro como en los primeros días de triunfar mañana, por ser el único capaz (por la doble virtud, *totalmente comprendida finalmente*, de su Cruz y su Resurrección) de devenir la Religión específicamente motriz de la Evolución.

### Conclusión: Tierra Prometida<sup>5</sup>

La Energía haciéndose Presencia.

Y, por tanto, la posibilidad descubriéndose, abriéndose al Hombre, no sólo de creer y esperar, sino (¡algo mucho más inesperado y precioso!) de *amar*, co-extensiva y co-orgánica-

5. Ya al finalizar la primera guerra, desde la cumbre entonces alcanzada, el padre Teilhard había presentidola otra Tierra:

mente, con todo el pasado, el presente y el futuro de un Universo en vías de concentración sobre sí mismo...

Parecería que un único rayo de tal luz, cayendo, como una chispa, en cualquier lugar de la Noosfera, debería provocar una explosión lo bastante fuerte como para incendiar y renovar casi instantáneamente la faz de la Tierra.

Entonces ¿cómo es que, al mirar a mi alrededor, y completamente embriagado aún por lo que he percibido, encuentro que soy casi el único de mi especie, el único en haber visto..., incapaz, pues, cuando se me pide, de citar un solo autor, un solo escrito, en que se reconozca claramente expresada la maravillosa «Diafanía» que, ante mi mirada, lo ha transfigurado todo?

¿Y, sobre todo, cómo es que, una vez «bajado de la montaña», y a pesar de la magnificencia que llevo en los ojos, me encuentro tan poco mejor, tan poco pacificado, tan incapaz de transmitir con mis actos y, por tanto, de comunicar eficazmente a los demás, la maravillosa unidad en la que me siento sumido?

¿El Cristo-Universal? ¿El Medio Divino?...

Después de todo, ¿no seré únicamente víctima de un espejismo interior?...

Esto es lo que suelo preguntarme.

Pero esto es también contra lo cual, del fondo de mí mismo, cada vez que me pongo a dudar se alzan tres oleadas sucesivas de evidencias, barriendo de mi espíritu el falso temor de que mi «Crístico» pueda ser una simple ilusión.

Evidencia ante todo de la *coherencia* que este inefable Elemento (o Medio) establece en lo más recóndito de mi pensamiento y de mi corazón. Bien entendido (demasiado lo sé)

---

«Iré hacia el futuro más seguro de mi doble fe de hombre y de cristiano...

Porque he entrevisto desde lo alto de la montaña

*La Tierra Prometida*».

Goldscheuer (Bade), febrero de 1919. Extracto de «Tierra Prometida», t. XII de sus Obras. (N. d. E.).

que, a pesar del ambicioso esplendor de mis ideas, sigo siendo, en la práctica, de una imperfección que me inquieta. Pese a las pretensiones de su formulación, mi fe no opera en mí tanta caridad real ni tranquila confianza como, en la más humilde persona arrodillada a mi lado, el catecismo que se sigue enseñando a los niños. Pero lo que también sé es que esta Fe refinada de la que tan mal me sirvo es la única que puedo soportar, la única que me satisface, e incluso (no me cabe duda) la única capaz de satisfacer a los «carboneros» y «buenas mujeres» de mañana.

Evidencia, asimismo, de la *capacidad de contagio* de una forma de Caridad en la que es posible amar a Dios no sólo «con todo el cuerpo y toda el alma», sino con todo el Universo-en-evolución. Me sería imposible, lo confesaba anteriormente, citar siquiera una única «autoridad» (religiosa o laica) de la que poder afirmar que, ni por el lado «visión cósmica», ni por el lado «visión crística», me identifico por completo. Pero, en cambio, ¿cómo no sentir estremecerse en torno a mí (aunque no sea más que por el modo en que «mis ideas» se difunden) la multitud de cuantos –desde las fronteras de la incredulidad al fondo de los conventos– piensan y sienten, o al menos presienten, exactamente como yo? Conciencia reconfortante en verdad de no descubrir nada por mí mismo, sino de ser la resonancia, lisa y llanamente, de lo que por fuerza (dado un cierto estado del Cristianismo y del Mundo) vibra por doquier en las almas que me rodean. Y conciencia exaltante, en consecuencia, de no ser yo ni estar solo, sino de ser legión, sino de ser, incluso, «todos», en la medida en que se reconoce, palpitante en el fondo de mí, la unanimidad de mañana.

Evidencia, finalmente, de la *superioridad* (aunque al mismo tiempo de la *identidad*) de lo que veo con respecto a lo que se me ha enseñado. Por su función misma, ni Dios que nos atrae puede ser menos perfecto, ni el mundo con que co-evolucionamos puede ser menos estimulante que lo que lo concebimos y necesitamos. Tanto en un caso como en el otro

(y a no ser que admitamos una desarmonía positiva en la trama misma de las Cosas) es en dirección al máximo donde se encuentra la verdad. Ahora bien, ya hemos visto anteriormente que es en lo «Crístico» donde, en el siglo en que vivimos, lo Divino alcanza la cima de lo adorable, y lo Evolutivo un extremo de activación. ¿Qué queda por decir, pues, sino que es por este lado, inevitablemente, por donde bascula y por donde, tarde o temprano, se unificará lo Humano?

Y he aquí que, por ello, mi aislamiento, mi aparente singularidad, se explican de manera completamente natural.

En este momento, en todos los lugares de la Tierra, en el seno de la nueva atmósfera espiritual creada por la aparición de la idea de Evolución, flotan, en un estado de extrema sensibilización mutua, el amor a Dios y la fe en el Mundo: los dos componentes esenciales de lo Ultra-Humano. Estos dos componentes están por todas partes «en el aire», pero generalmente no son lo bastante fuertes *los dos a la vez* para combinarse el uno con el otro *en un mismo sujeto*. En mí, por pura suerte (temperamento, educación, medio ambiente...), dado que la proporción del uno y del otro es favorable, se ha operado la fusión espontáneamente, demasiado débil aún para propagarse explosivamente, pero suficiente, no obstante, para instaurar la posibilidad de la reacción y de que *algún día la cadena se establezca*.

Nueva prueba de que a la Verdad le basta con aparecer una sola vez, en un solo espíritu, para que nada pueda ya impedirle jamás invadirlo e inflamarlo todo.

Nueva York, marzo de 1955.

## ÚLTIMA PÁGINA DEL DIARIO

JUEVES SANTO, 7 DE ABRIL DE 1955

*Tres días antes de su muerte, Pierre Teilhard de Chardin escribía los pensamientos que se presentan a continuación y que constituyen su testimonio supremo de pensador y religioso. Este texto ha sido descifrado y anotado por Claude Cuénot, que lo ha publicado en Ce que Teilhard a vraiment dit (Stock, Paris 1973). (N. d. E.)*

4 de abril (1955) (...)

distinguir Hombre { 1) *plenamente realizado* (Humanismo de Cosmos)  
2) *plenamente evolucionado* (= lo phylético-planentario lo Humano planetario)

Humanismo de Cosmogénesis

7 de abril<sup>1</sup>

(Jueves Santo) → *Lo que yo creo*

*Síntesis*

(¡confirmación teológica!... ¡Revelación ultra-satisfecha!)

{ 1) S. Pablo... los 3 versículos<sup>2</sup>; ἐν πᾶσι πάντα θεός<sup>3</sup>  
2) Cosmos = *Cosmogénesis* – *Biogénesis* – *noogénesis* – *Cristogénesis*  
cosmos = cosmogénesis → biogénesis → noogénesis  
(Fenómeno Humano)  
3) El Universo está centrado (Evolutivamente, hacia Arriba) Adelante }

(Los 2 artículos de mi Credo)

{ Cristo es su centro  
(Fenómeno cristiano)  
noogénesis = Cristogénesis  
{ (= S. Pablo, ¡loco citato!)  
La *consistencia* | del «Espíritu»  
(radial)

?Plan «Lo que yo creo»

{ 1) Cosmos centrado – en el 3<sup>er</sup> infinito → *neo-humanismo* (ultra-Humano)  
2) Cristo es el centro del Cosmos (noogénesis = Cristogénesis)  
→ *neo-Cristianismo* (Neo-Nicea)  
→ (salva la noogénesis es salvado por ella) } (= Pablo...)

1. El texto dice, por error, 6 de abril, pero la Pascua fue el 10 de abril de 1955. (Nota de C.C.).
2. 1 Cor 15,26,27 y 28. (Nota de C.C.).
3. Léase: En p̄asi panta theos = Dios todo en todos (Nota de C.C.).

## SEGUNDA PARTE

## Nota sobre la esencia del transformismo

*La Nota sobre la Esencia del Transformismo, no fechada por el autor, fue publicada en los Études teilhardiennes, t. 2, con autorización de la Fundación Teilhard de Chardin. El doctor J.-P. Demoulin, director de la revista, intentando situar esta Nota lo mejor posible, llamó nuestra atención sobre el día 21 de noviembre de 1919 del Journal de guerra de Teilhard. En efecto, en él hay una página titulada: L'Essentiel du Transformisme<sup>1</sup>. Después de una atenta lectura de este texto y de una relectura de Comment se pose aujourd'hui la question du Transformisme, cuya tercera parte se titula L'Essence du Transformisme (t. III de sus Obras: La Visión du Passé, pp. 17-40), nos ha parecido que la Nota aquí publicada era intermedia.*

*Otra razón para fecharla a mediados del año 1920 es la indicación del autor en el tercer párrafo:*

*«El propósito de la primera Nota... etcétera». ¿Qué segunda nota tiene entonces en proyecto sino la Note sur le Progrès, fechada el 10 de agosto de 1920?*

---

1. El segundo tomo del *Journal*, que contiene esta página, está publicado, bajo la supervisión de M. Schmitz-Moormann, por Éditions Fayard.

*Ésta, en efecto, confirma el transformismo (como conexión orgánica en la sucesión de los vivientes) por los indicios del movimiento que asegura esa conexión, es decir, el Progreso continuo y orientado; en suma: la Evolución.*

*La conclusión lírica de esta segunda Nota resume admirablemente los dos escritos:*

*«(...) quien ha visto (...) entrará en la Naturaleza cerrada y profunda. Allí, hundiendo su mirada en el inmenso ramaje que le lleva, cuyas ramas se pierden en la lejanía por debajo de él, en medio del oscuro Pasado, llenará una vez más su alma con la contemplación y el sentimiento de un movimiento unánime y obstinado, inscrito en la sucesión de las capas muertas y en la distribución actual de todos los vivientes. Dirigiendo entonces la mirada por encima de él, a los espacios preparados para las nuevas creaciones, se consagrará en cuerpo y alma, con una fe reafirmada, a un Progreso que arrastra o barre a los mismos que no lo quieren (...)» (T. III, p. 37) (N. d. E.).*

\* \* \*

Para un naturalista, generalmente es difícil reprimir su mal humor cuando lee acerca de cuestiones relacionadas con la evolución. Nueve de cada diez veces, si el autor es un adversario del Transformismo, sus golpes fallan o derriban puertas abiertas; y nueve de cada diez veces, cuando quien habla es un defensor de Darwin o de Lamarck, sus argumentos en favor de la evolución biológica no llegan a los fixistas en su postura esencial, o bien los escandalizan inútilmente.

En materia de Transformismo, las discusiones no suelen llevar a ninguna parte, porque no hay entendimiento.

El propósito de la primera *Nota* es buscar el punto preciso en que radica la oposición íntima entre fixistas y transformistas. Punto que, creo yo, no es explícitamente percibido por todos; pero todos lo sienten instintivamente con gran seguri-

dad, y, en definitiva, únicamente a favor o en contra de él, a propósito de cuestiones a veces muy secundarias y lejanas, se debate, en el fondo, apasionadamente.

Para estar seguros de no perder ese lugar tan importante de primera y fundamental divergencia, no tenemos más que situarnos ante todo en una zona donde, según la opinión general, no existe aún separación alguna entre las posturas, y después avanzar progresivamente en dirección de las opiniones contestadas.

Partiremos, pues, en este análisis del hecho, perfectamente claro para todo el mundo, de que en la Naturaleza existe una cierta unidad de formas. No se esperó a Darwin para observar que el Hombre se parece al Mono, el cámbaro al cangrejo de río y el gato al leopardo. Los vivientes se agrupan en categorías. Forman familias, géneros, especies. Un niño descubre todo ello solo.

La consecuencia inmediata de esta existencia unánimemente reconocida de una continuidad morfológica en la Naturaleza es que los seres vivos, dado que forman un conjunto «ordenado», no son cosas absolutamente separadas, aisladas las unas de las otras. Algo las une en su forma y en su orden de aparición. *Se relacionan a través de algo*. Aquí, de nuevo, todo el mundo es de la misma opinión.

Pero esto nos lleva a dar un paso más, que va a ser decisivo. ¿Cuál es la naturaleza de ese «algo» por el que los vivientes están constituidos de elementos similares y graduados en un mismo conjunto, sea cual sea, en su grado de generalidad más extrema? ¿Cuál es la especie de la «ligadura» esparcida entre las piezas sucesivamente añadidas al Universo? ¿Es ese elemento de *naturaleza intelectual o física*? Henos aquí al borde de una gran fractura en la que, si no se tiene cuidado, la cuestión transformista se convierte en un nido de malentendidos.

Una primera respuesta teóricamente posible a la cuestión planteada es ésta: «Los vivientes están distribuidos en el Universo siguiendo un plan puramente *intelectual*. Entre sus diversas formas no hay ningún puente de determinismo, nin-

gún nexo de naturaleza física, sino únicamente una continuidad artificial. La ley de sucesión de los vivientes, la razón de sus semejanzas, no hay que buscarla en el seno de las cosas: está totalmente concentrada en una idea creadora que desarrolla en puntos sucesivos, sucesivamente planteados, el designio que, en su sabiduría, ha concebido. El Universo es una reunión de seres que germinan los unos independientemente de los otros. Su curva móvil, para ser comprendida, debe descomponerse en una serie de términos individuales, fijos, cada uno de los cuales ha sido planteado como algo nuevo totalmente distinto. Si, por ejemplo, la salida del término N+1 es determinada por el término N, es únicamente en virtud de su número de orden en el plan creador, no debido a una influencia ejercida por N orgánicamente sobre él. Las formas vivientes se encadenan, se generan mutuamente, gracias a un *relevo lógico* existente en el pensamiento divino».

Esta teoría puede denominarse «Logicismo».

La segunda respuesta, igualmente muy general, que se puede dar a la cuestión crucial: «¿Cuál es la naturaleza de la función que regula la forma y el orden de llegada de los sucesivos vivientes?», es la siguiente: «Los vivientes se ordenan en diversas categorías, se determinan los unos a los otros en su aparición sucesiva, bajo la influencia de un factor que, en su realidad inmediata, es *físico, orgánico y cósmico*. El Universo está constituido de tal suerte que los vivientes, considerados en el orden de las causas segundas, se suscitan progresivamente, a título de su condición biológica, los unos a los otros. Por lo tanto, si el Caballo ha sucedido al Mesohippus, si el hombre ha nacido después de ciertos Primates, es por *la acción de un agente físico definido*. Ni el Caballo, ni el Hombre, ni la primera Mónera podían aparecer físicamente ni más pronto ni más tarde de lo que lo han hecho. Sin prejuizar nada aún respecto de la naturaleza física particular de esta conexión, sin ni siquiera afirmar que haya una descendencia propiamente dicha entre seres organizados, creemos firmemente esto: que los diversos términos de la Vida se llaman

físicamente los unos a los otros. Cada uno de ellos, preformado por todo el pasado del Universo, llega en su momento, como una fruta madura, a situarse en el punto marcado del desarrollo del conjunto».

Así hablan los defensores del Fisicismo.

Si se comprenden bien estas dos actitudes primordiales, Logicismo y Fisicismo, resultará que la cuestión transformista no se ubica radicalmente ni en el Darwinismo o el Lamarkismo (es evidente), ni en el Mono o Polifiletismo (esto es menos claro), ni siquiera exactamente en la cuestión de la descendencia (esto quizá extrañe a mucha gente), sino únicamente en esto: ¿debemos ser logicistas o fisicistas?

Realicemos la siguiente experiencia.

Supongamos que, como fixistas, concediéramos a un transformista una oscilación tan amplia como se quiera en el interior de las formas animales. Concedámosle que todos los Mamíferos, todos los Peces, todos los Insectos, descenden cada uno de un mismo origen. Pero mantengamos que el primer Mamífero, el primer Pez, el primer Insecto aparecieron arbitraria y artificialmente en el momento deseado por el Creador, y no como consecuencia de una exigencia física del Universo para recibirlos, es decir, de una verdadera capacidad de este Universo para producirlos. El Transformista dejará de escucharnos.

Probémosle, por el contrario, a ese Transformista, mediante buenos y sólidos hechos, que el Reino animal es esencialmente polifilético, que hay tantos orígenes distintos como géneros o especies sistemáticas. Aceptará nuestros descubrimientos sin pestañear, con agradecimiento, no creará que tenga nada que cambiar en su actitud profunda de transformista, a pesar de que, en la forma, su visión del Mundo esté totalmente modificada. ¿Por qué? Porque esos innumerables *phyla* que le hemos mostrado continuarán pareciéndole brotes sucesivos que obedecen a una única ley. Serán los tallos aéreos emitidos sucesivamente por un rizoma invisible pero físico.

Se podría así imaginar a un transformista que crea en la multiplicidad original de las especies, y a un fixista que admira exclusivamente una sola. El uno y el otro habrían invertido sus posiciones aparentes sin modificar su punto de vista fundamental.

Reduzcamos a un transformista a su más simple expresión; no encontraremos sino a un fixista. La «fe» en un nexo orgánico, físico, de los vivientes, esto y *sólo esto* es la disposición necesaria y suficiente de un evolucionista.

Porque los biólogos discuten sobre los límites de la herencia o sobre la naturaleza de tal o cual carácter primitivo, o bien porque echan por tierra tal o cual filiación, algunos autores creen que la idea transformista está en decadencia. Esto es una pura ingenuidad. No hay un sólo naturalista digno de este nombre que no sienta crecer de día en día, con cada nuevo detalle, su convicción íntima respecto de la existencia de una conexión orgánica entre todos los vivientes. Tiene dudas respecto de la naturaleza misma del agente físico esparcido entre las sucesivas formas de la vida. Pero tiene la profunda convicción y la magnífica esperanza de que ese agente existe, confundido o no con la función generadora, y de que algún día se precisarán su nombre y sus características.

Esto en cuanto a los transformistas. Y ahora, sin calumniar a los fixistas, parece posible decirles que, en virtud de su posición fixista, ellos son los logicistas. Lo son, y no pueden lógicamente ser otra cosa. Sé que protestarán ante este juicio. Negarán la identificación. Mantendrán que, según ellos, el plan divino puede y debe transcribirse en una propiedad conferida a las causas segundas de suscitar progresivamente vivientes; pero en esto dejan de estar de acuerdo consigo mismos y son ya propiamente transformistas. Porque el transformista conserva tanto como cualquiera el derecho a creer que, para mover el mundo, es necesaria una acción creadora; lo que él postula es simplemente que esa acción perenne e indispensable de la causa primera nos llega, en el orden histórico y experimental, *bajo la forma de un movimiento orgánicamente*

*montado*. Pues bien, fixistas, eso es precisamente lo que estáis admitiendo.

Es preciso elegir: o bien hay evolución, o bien hay intrusión. O bien, en el orden de las apariencias, los vivos se preparan y se introducen físicamente los unos en los otros, y esto es verdadero transformismo con todas sus consecuencias históricas y biológicas, o bien las diversas formas vivientes surgen aisladamente (es decir, sin inductor creado), no hay ni brotes ni *phyla*, y entonces es necesario recurrir *inmediatamente* a la intervención de una inteligencia extra-cósmica para dar cuenta de las semejanzas existentes entre los seres organizados; y esto supone admitir el Logicismo puro, con todas sus inverosimilitudes.

Los fixistas, si son consecuentes con sus creencias, no tienen más hipótesis que la de un plan divino realizándose *sin intermediario creado* para interpretar el hecho evidente de la unidad morfológica de los vivientes. O bien son logicistas integralmente, o bien son transformistas, o bien no explican nada en absoluto.

Ahora bien, es preciso, no obstante, buscar una explicación al nexo entre los seres. Y es preciso, no por una fantasía condenable ni por el placer de criticar, sino por el impulso invencible de lo más sagrado que hay en el Hombre: la necesidad de saber y de orientarse.

Las sencillas consideraciones precedentes me parecen dignas de atención. En efecto, reconocer que los transformistas son en realidad fisicistas, y los fixistas logicistas, reducir, en consecuencia, a una sola divergencia profunda las mil y una discusiones superficiales vanamente entabladas en torno a la evolución biológica, sustituir finalmente los problemas secundarios de la herencia y la generación por la gran cuestión del «nexo universal» de las cosas, supondría verdaderamente situar en un terreno sólido la cuestión filosófica del transformismo. En este punto preciso del Fisicismo y el Logicismo, y no en otro, tienen los adversarios la posibilidad de encontrarse y afrontarse, suponiendo que sea aún posible la

discusión cuando los términos del problema se plantean con tanta sencillez y crudeza.

Porque es preciso reconocer que, reducida a su misma esencia, la cuestión transformista parece casi desvanecerse, por lo claro que resulta, por una parte, que nadie es rigurosamente fixista, sino que se acantona en el ámbito abstracto de la Causa primera, y, por otra, que en el ámbito de las realidades concretas, todo el mundo es, si no con palabras, sí al menos en sustancia, transformista<sup>2</sup>.

## Sobre mi actitud respecto de la Iglesia oficial<sup>1</sup>

Menos que todo el resto, me parece, temo la persecución por las ideas. Aunque bastante tímido en muchos aspectos, soy implacable en las cuestiones que tienen que ver con la Verdad y la independencia intelectual, de modo que no veo final más bello que el sacrificio personal por una convicción. Cristo no murió de otro modo. Pero eso sí: en la misma medida en que percibo en la Iglesia ciertas inadaptaciones y ciertas cosas caducas —de las que hablaré más adelante—, en esa misma medida me reconozco impotente, no cualificado, para atreverme a evaluarla definitivamente en lo que tiene de general o, si se prefiere, de axial. La Iglesia representa una canalización tan poderosa y tan arraigada (en todo el pasado humano) de lo

---

1. El padre Teilhard, entrenado para ver y prever, percibía desde 1921 un peligro de ruptura entre un cristianismo replegado sobre su pasado y un mundo al que la ciencia arrastraba hacia adelante a toda velocidad. Atrapado entre ese estancamiento y el impulso irresistible del Espíritu Santo, encargado de conducir a su término al Cuerpo místico de Cristo, Teilhard vivía dividido entre dos fidelidades que quería mantener a toda costa: la fidelidad a la jerarquía eclesiástica y la fidelidad al Espíritu de Dios. En este estado, que se prolongaría hasta su muerte, el padre Teilhard escribió el testimonio siguiente, dirigido a un amigo no creyente que le acusaba de mala fe en su sumisión. Es evidente que el autor no quiso hacer valer aquí más que las razones de su fidelidad aceptables por un no creyente.

Para la publicación en este libro, hemos separado el testimonio propiamente dicho de la carta en la que estaba inserto (N. d. E.).

---

2. 1920. Antes de la *Nota sobre el Progreso*, fechada el 10 de agosto de 1920.

que constituye la savia moral y «sublimante» de las almas, manifiesta (a pesar de las mezquindades accidentales y momentáneas) tal facultad de desarrollar armoniosamente la naturaleza humana, que tendría conciencia de ser infiel a la Vida si intentase abandonar una corriente orgánica tal como ella. A pesar del deseo no confesado e instintivo que he podido experimentar en algunos momentos de encontrar una razón positiva para «abandonarlo todo», no puedo impedirme ver esto: «Abandonar la corriente religiosa del Catolicismo sería para mí un error biológico».

Todo no me gusta por igual; pero no todo es definitivo, y fuera de ella no veo nada más conforme a las tendencias y las esperanzas que yo siento. Suponiendo que esta forma religiosa esté aún más lejos de la Verdad de lo que pensamos, no es menos cierto que constituye la aproximación más acabada a esa Verdad, y que para llegar más arriba, *es preciso superarla creciendo con ella*, no salir de ella para buscar solo el camino. Si hay un Ser que es el Centro de convergencia de todo, ese Ser está, de alguna manera, comprometido con el éxito moral de la Iglesia, y es imposible que nos reproche que le hayamos sometido nuestras preferencias personales en muchos puntos oscuros en los que nuestra lealtad intelectual no estaba implicada.

Admitido esto, puesto que yo no me reconozco el derecho (so pena de suicidio) de romper con la Iglesia, ¿cómo puedo conciliar esta comunión que debo mantener con ella con las divergencias que me separan en ciertos puntos de la *forma* comúnmente admitida *hoy* para algunas de sus creencias? Simplemente teniendo en cuenta esa verdad, esencialmente ortodoxa, que la Iglesia posee y transmite de siglo en siglo, una visión (o experiencia o vida) de Cristo, cuya *imagen definitiva* y cuya *riqueza* en ningún momento es capaz de expresar por completo. Todos los teólogos se ven forzados a admitir que el Papa y todos los Obispos juntos son *incapaces* de decirnos exactamente todo lo que hay en Cristo. Cristo (su vida, su conocimiento) están depositados en la Iglesia entera

(fieles y pastores) de *todos* los tiempos. Para que Cristo sea finalmente comprendido es preciso el esfuerzo de todos los cristianos que habrá hasta el final de los tiempos; y ningún Concilio podrá apresurar esa larga maduración. Lo sé: la evolución del Dogma (fenómeno que es la ley orgánica preponderante de la Iglesia para cuantos la ven desde el exterior o la experimentan desde el interior) continúa siendo explicada por una parte de los Teólogos siguiendo una teoría minimizante, puerilmente intelectualista. Según estos hombres, evolucionaría por un simple análisis racional de sus fórmulas. Esto es insostenible. Si fuera así, bastaría con un espíritu penetrante para esclarecer y vaciar todo el dogma, como se hace con una proposición geométrica. Pues bien, acabo de darme cuenta: el Dogma evoluciona siguiendo una lógica mucho más compleja, más lenta, más rica que la de los conceptos. Evoluciona como un hombre, que es *el mismo* a los cuarenta años que a los diez, pero cuya forma a los cuarenta años no puede ser *deducida* de la que tenía a los diez. Así varía la Iglesia: tiene una identidad cierta, pero personal, orgánica. Dicha identidad no excluye, sino que, por el contrario, supone un marco de verdades expresables en fórmulas (todas las cuales, prácticamente, giran en torno a ésta: Cristo es el centro físico de agregación en Dios de las almas); pero estas fórmulas expresan un fondo invariable de verdad *destinado a revestir un aspecto siempre nuevo* a medida que el hombre tome más conciencia de su pasado y de su entorno. En cierto sentido, Cristo está en la Iglesia como el sol ante nuestros ojos. Nosotros vemos el mismo sol que nuestros padres y, sin embargo, lo comprendemos de una manera mucho más grandiosa. Yo creo que la Iglesia es aún una niña. Cristo, del cual ella vive, es desmesuradamente mayor de lo que ella se imagina; y, sin embargo, dentro de miles de años, cuando el verdadero rostro de Cristo se haya descubierto un poco más, los cristianos de ese tiempo seguirán recitando sin reticencias el Credo.

## La Misa sobre el Mundo

*El padre Teilhard había redactado una primera versión de La Misa sobre el Mundo, titulada Le Prêtre, en julio de 1918, en el bosque de Laigue (t. XII de sus Obras). Acababa de pronunciar sus votos solemnes en la Casa de los Padres Jesuitas de Lyon, durante un permiso pasado en ella.*

*En este caso se trata de una redacción definitiva. Sin embargo, Teilhard continuará viviendo hasta su muerte, bajo una luz cada vez mayor, su Misa sobre el Mundo (cf. Lo Crístico).*

*He aquí lo que sobre ella escribía desde el Desierto de Ordos: «Cuando voy en mula, jornadas enteras, repito, como antaño –a falta de otra misa–, la “misa sobre el Mundo”, que ya conocéis, y creo que la digo con más lucidez y más convicción aún que antes» (A orillas del Chara-oussogol, Ordos oriental, 7 de agosto de 1923). Cartas a Léontine Zanta, p. 57, Desclée de Brouwer.*

*En ese mismo mes, Teilhard escribía al abate Breuil: «Al orar, sigo elaborando poco a poco, algo mejor, mi “misa sobre las cosas”. Me parece que en algún sentido la verdadera sustancia que hay que consagrar diariamente es el crecimiento del mundo ese día; con el pan simbolizando bastante bien lo que la creación logra producir, y el vino (sangre), lo que pierde en su esfuerzo en forma de agotamiento y sufrimiento» (26 de agosto de 1923). Cartas de viaje, p. 46, Grasset.*

\*\*\*

## La ofrenda

Puesto que, una vez más, Señor, ya no en los bosques de Aisne, sino en las estepas de Asia, no tengo ni pan ni vino ni altar, me elevaré por encima de los símbolos hasta la pura majestad de lo Real y te ofreceré, yo, tu sacerdote, sobre el altar de la Tierra entera, el trabajo y el dolor del Mundo.

El sol acaba de iluminar allá a lo lejos la franja extrema del horizonte. Una vez más, bajo la capa móvil de sus destellos, la superficie viva de la Tierra despierta, se estremece y reanuda su tremenda labor. Yo pondré en mi patena, oh Dios mío, la esperada cosecha de ese nuevo esfuerzo. Verteré en mi cáliz la savia de todos los frutos que hoy serán prensados.

Mi cáliz y mi patena son las profundidades de un alma abierta de par en par a todas las fuerzas que, en un instante, van a elevarse desde todos los puntos del Globo y a converger hacia el Espíritu. ¡Qué vengan, pues, a mí el recuerdo y la presencia mística de aquellos a los que la luz despierta para un nuevo día!

Uno a uno, Señor, veo y amo a quienes me has dado como apoyo y deleite natural de mi existencia.

Uno a uno cuento también a los miembros de esta otra y tan querida familia que han reunido poco a poco en torno a mí, a partir de los elementos más dispares, las afinidades del corazón, la investigación científica y el pensamiento. Más confusamente, pero a todos sin excepción, evoco a aquellos cuya legión anónima forma la masa innumerable de los vivientes: cuantos me rodean y me apoyan sin yo conocerlos; cuantos vienen y cuantos se van; cuantos, sobre todo, en la verdad o a través del error, en su despacho, en su laboratorio o en la fábrica, creen en el progreso de las Cosas y perseguirán hoy apasionadamente la luz.

Quiero en este momento que mi ser se haga eco del murmullo profundo de esta multitud inquieta, desconcertada o diversa cuya inmensidad nos espanta, de este Océano humano cuyas lentas y monótonas oscilaciones siembran el descon-

cierto en los corazones más creyentes. Todo lo que, a lo largo de este día, va a aumentar en el Mundo, todo lo que va a disminuir, y también todo lo que va a morir, es, Señor, lo que me esfuerzo por reunir en mí para ofrecértelo; ésa es la materia de mi sacrificio, el único que Tú deseas.

Antaño se llevaban a tu templo las primicias de las cosechas y lo más selecto de los rebaños. Pero la ofrenda que verdaderamente esperas, la que misteriosamente necesitas cada día para aplacar tu hambre, para apagar tu sed, es nada menos que el crecimiento del Mundo arrastrado por el devenir universal.

Recibe, Señor, esta Hostia total que la Creación, mudada por tu atracción, te presenta en la nueva aurora. Sé que este pan, nuestro esfuerzo, no es por sí mismo sino una disgregación inmensa. Y este vino, nuestro dolor, no es aún, ¡desgraciadamente!, sino un brebaje disolvente. Pero en el fondo de esta masa informe has puesto —estoy seguro de ello porque lo siento— un irresistible y santificante deseo que nos hace gritar a todos, desde el impío hasta el fiel: «¡Señor, haznos uno!».

Porque, a falta del celo espiritual y de la sublime pureza de tus Santos, me has dado, Dios mío, una simpatía irresistible por cuanto se mueve en la materia oscura; porque, irremediablemente, reconozco en mí, mucho más que a un hijo del Cielo, a un hijo de la Tierra, ascenderé esta mañana con el pensamiento a los altos lugares, cargado con las esperanzas y las miserias de mi madre, y allí, armado de un sacerdocio que, pienso, únicamente Tú me has dado, sobre cuanto en la Carne humana se apresta a nacer o a perecer bajo el sol que se alza, invocaré al Fuego.

## El Fuego por encima del Mundo

Estamos dominados por la ilusión tenaz de que el Fuego, ese principio del ser, surge de las profundidades de la Tierra y de que su llama se enciende progresivamente a lo largo de la bri-

llante estela de la vida. Me has concedido, Señor, la gracia de comprender que esa visión era falsa y que, para percibirte, debía invertirla. En el principio era la potencia inteligente, amante y activa. En el principio era el Verbo soberanamente capaz de someter y modelar toda la Materia por nacer. En el principio no eran el frío ni las tinieblas; era el Fuego. He ahí la Verdad.

Así pues, lejos de que de nuestra noche brote gradualmente la luz, es la luz preexistente la que, paciente e infaliblemente, elimina nuestras sombras. Nosotros, las criaturas, somos por naturaleza Oscuridad y Vacío. Tú eres, Dios mío, el fondo mismo y la estabilidad del Medio eterno, sin tiempo ni espacio, en el que, gradualmente, nuestro Universo emerge y se consume, perdiendo los límites por los que nos parece tan grande. Todo es ser, no hay sino ser en todas partes, al margen de la fragmentación de las criaturas y de la oposición de sus átomos.

Espíritu abrasador, Fuego fundamental y personal, Término real de una unión mil veces más bella y deseable que la fusión destructiva imaginada por cualquier panteísmo, dignate descender una vez más, para darle un alma, sobre la endeble película de materia nueva de la que el Mundo va a recubrirse hoy.

Lo sé. No podríamos dictar, ni siquiera anticipar, el menor de tus gestos. Tuyas son todas las iniciativas, comenzando por la de mi oración.

Verbo refulgente, Potencia ardiente, Tú que modelas lo Múltiple para insuflarle tu vida, impón sobre nosotros, te lo ruego, tus manos poderosas, tus manos solícitas, tus manos omnipresentes, esas manos que no tocan ni aquí ni allá (como haría una mano humana), sino que, entreveradas con la profundidad y la universalidad presente y pasada de las Cosas, llegan a nosotros simultáneamente por cuanto de más vasto y más interior hay en nosotros y a nuestro alrededor.

Con esas manos invencibles, prepara para la gran obra que meditas, mediante una adaptación suprema, el esfuerzo terres-

tre cuya totalidad, reunida en mi corazón, yo te presento en este momento. Transforma este esfuerzo, rectifícalo, reestructúralo hasta en sus orígenes, Tú que sabes por qué es imposible que la criatura nazca sino injertada en el tronco de una interminable evolución.

Y ahora pronuncia sobre él, a través de mi boca, la doble y eficaz palabra sin la cual todo se tambalea, todo se deshace, en nuestra sabiduría y en nuestra experiencia; con la cual todo se une y todo se consolida indefinidamente en nuestras especulaciones y nuestra práctica del Universo. Sobre toda vida que va a germinar, crecer, florecer y madurar en este día, repite: «Esto es mi cuerpo». Y sobre toda muerte que se apresta a carcomer, marchitar, cortar, ordena (¡misterio de fe por excelencia!): «Ésta es mi sangre»<sup>1</sup>.

## El Fuego en el Mundo

Está hecho.

El Fuego, una vez más, ha penetrado en la Tierra.

No se precipitó estrepitosamente sobre las cimas, como el rayo en su fragor. ¿Acaso fuerza el Amo las puertas para entrar en su casa?

Sin sacudidas, sin truenos, la llama lo ha iluminado todo en su interior. Desde el corazón del más mínimo átomo hasta la energía de las leyes más universales, ha invadido tan naturalmente, de manera individual y en su conjunto, cada elemento, cada dinamismo, cada relación de nuestro Cosmos, que cabría pensar que éste se ha incendiado espontáneamente.

1. El autor no confunde la Transubstanciación propiamente dicha con la presencia universal del Verbo. Como explicita en *Le Prêtre*: «La Transubstanciación se aureola de una divinización real, aunque atenuada, de todo el Universo». Desde el elemento cósmico en que, por la Encarnación, está inserto y donde reside eucarísticamente, «el Verbo actúa para subyugar y asimilar todo lo demás» (N. d. E.).

En la nueva Humanidad que se engendra hoy, el Verbo ha prolongado el acto sin fin de su nacimiento; y, en virtud de su inmersión en el seno del Mundo, las grandes aguas de la Materia, sin un escalofrío, se han cargado de vida. Nada se estremeció en apariencia bajo la inefable transformación. Y, sin embargo, misteriosa y realmente, al contacto con la Palabra sustancial, el Universo, inmensa Hostia, se hizo Carne. Toda materia está en adelante encarnada, Dios mío, por tu Encarnación.

Hace mucho tiempo que nuestros pensamientos y nuestras experiencias humanas reconocieron las extrañas propiedades que hacen al Universo tan similar a una Carne...

Como la Carne, nos atrae por el encanto que flota en el misterio de sus pliegues y en la profundidad de sus ojos.

Como la Carne, se descompone y escapa a nosotros en el esfuerzo de nuestros análisis, de nuestra decadencia y de su propia duración.

Como la Carne, sólo se abraza verdaderamente en el esfuerzo sin fin para llegar a él, siempre más allá de lo que se nos concede.

Esta turbadora mezcla de proximidad y distancia la sentimos todos, Señor, al nacer. Y en la herencia de dolor y esperanza que se transmiten las edades, no hay nostalgia más desolada que la que hace llorar al hombre de irritación y deseo en el seno de la Presencia que flota, impalpable y anónima, en todas las cosas en torno a él: «Si forte attrahent eum».

Ahora, Señor, por la Consagración del Mundo, el resplandor y el perfume que flotan en el Universo adquieren para mí cuerpo y rostro en Ti. Lo que mi pensamiento vacilante vislumbraba, lo que mi corazón reclamaba con un deseo inverosímil, me lo concedes magníficamente: que las criaturas sean no sólo tan solidarias entre sí que ninguna pueda existir sin todas las demás rodeándola, sino que estén tan suspendidas de un mismo centro real que una verdadera Vida experimentada en común les otorgue, en definitiva, su consistencia y su unión.

Haz manifestarse, Dios mío, por la audacia de tu Revelación, la timidez de un pensamiento pueril que no osa concebir nada más vasto ni más vivo en el mundo que la miserable perfección de nuestro organismo humano. En camino hacia una comprensión más intrépida del Universo, los hijos del siglo aventajan cada día a los maestros de Israel. Señor Jesús, «en quien todas las cosas encuentran su consistencia», revélate por fin a quienes te aman como el Alma superior y el Centro físico de la Creación. Nos va en ello la vida, ¿no lo ves? Si no pudiese creer que tu Presencia real anima, suaviza y alienta la más mínima de las energías que me penetran o me rozan, ¿acaso, transido hasta la médula de mi ser, no moriría de frío?

¡Gracias, Dios mío, por haber guiado de mil maneras mi mirada hasta hacerle descubrir la inmensa sencillez de las Cosas! Poco a poco, bajo el desarrollo irresistible de las aspiraciones que depositaste en mí cuando era aún niño, bajo el influjo de unos amigos excepcionales que se encontraron en mi camino en el momento oportuno para iluminar y fortalecer mi espíritu, al despertar de iniciaciones terribles y dulces cuyos círculos me has hecho sucesivamente franquear, he terminado por no poder ver ni respirar nada fuera del Medio donde todo no es sino Uno.

En este momento en que tu Vida acaba de pasar, con un incremento de vigor, al Sacramento del Mundo, gustaré con mayor conciencia la fuerte y tranquila embriaguez cuya coherencia y armonía no consigo agotar.

Lo que experimento, enfrente y en el seno del Mundo asimilado por tu Carne, convertido en tu Carne, Dios mío, no es ni la absorción del monista ávido de fundirse en la unidad de las cosas, ni la emoción del pagano prosternado a los pies de una divinidad tangible, ni el abandono pasivo del quietista bamboleado a capricho por las energías místicas.

Tomando algo de la fuerza de esas diversas corrientes sin lanzarme contra ningún escollo, la actitud en la que me sitúa tu universal Presencia es una admirable síntesis en la que se

mezclan, corrigiéndose, tres de las más terribles pasiones que pueda jamás desencadenar un corazón humano.

Como el monista, me sumo en la Unidad total, pero la Unidad que me recibe es tan perfecta que en ella sé encontrar, perdiéndome, la consumación última de mi individualidad.

Como el pagano, adoro a un Dios palpable. Toco incluso a ese Dios en toda la superficie y la profundidad del Mundo de la Materia en que estoy inmerso. Pero, para asirlo como quisiera (simplemente para continuar tocándolo), me es preciso ir cada vez más lejos, a través y más allá de toda influencia, sin poder nunca reposar en nada, llevado en cada instante por las criaturas y en cada instante superándolas, en una continua acogida y un continuo distanciamiento.

Como el quietista, me dejo ilusionar deliciosamente por la Fantasía divina. Pero, al mismo tiempo, sé que la Voluntad de Dios sólo me será revelada en cada momento en el límite de mi esfuerzo. No tocaré a Dios en la Materia, como Jacob, sino cuando haya sido vencido por él.

Así, por haberseme aparecido el objeto definitivo y total en que se armoniza mi naturaleza, las potencias de mi ser se ponen espontáneamente a vibrar siguiendo una Nota Única, increíblemente rica, en la que distingo unidas sin esfuerzo las tendencias más opuestas: la exaltación de actuar y el gozo de sufrir; la voluptuosidad de tener y la fiebre de superar; el orgullo de crecer y la felicidad de desaparecer en alguien mayor que uno mismo.

Enriquecido con la savia del Mundo, me elevo hacia el Espíritu que me sonríe más allá de toda conquista, envuelto en el esplendor concreto del Universo. Y, perdido en el misterio de la Carne divina, no sabría decir cuál de estas dos bienaventuranzas es más radiante: haber encontrado al Verbo para dominar la Materia, o poseer la Materia para alcanzar y experimentar la luz de Dios.

Haz, Señor, que para mí tu descenso bajo las Especies universales no sea únicamente valorado y acariciado como fruto de una especulación filosófica, sino que se convierta verdade-

ramente en una Presencia real. En potencia y de derecho, lo queramos o no, estás encarnado en el Mundo, y nosotros vivimos suspendidos de ti. Pero, de hecho, falta mucho (¡y cuánto!) para que todos nosotros estemos igualmente próximos. Portados todos juntos en el seno de un mismo Mundo, formamos cada uno, sin embargo, nuestro pequeño Universo en el que la Encarnación se opera de manera independiente y con una intensidad y unos matices incomunicables. Por eso, en nuestra oración en el altar pedimos que se haga *para nosotros* la consagración: «Ut nobis Corpus et Sanguis fiat...». Si creo firmemente que todo en torno a mí es el Cuerpo y la Sangre del Verbo<sup>2</sup>, entonces para mí (y en cierto sentido únicamente para mí) se produce la maravillosa «Diafanía» que hace transparentarse objetivamente, en la profundidad de todo hecho y de todo elemento, el calor luminoso de una misma Vida. Si, por desgracia, disminuye mi fe, de inmediato se apaga la luz, todo se vuelve oscuro, todo se descompone.

En el día que comienza acabas de descender, Señor. Por desgracia, para los mismos acontecimientos que se preparan y que todos experimentaremos, ¡qué infinita diversidad en los grados de tu Presencia! Exactamente en las mismas circunstancias que se aprestan a envolverme y a envolver a mis hermanos, puedes estar un poco, mucho, cada vez más o nada en absoluto.

Para que ningún veneno me perjudique hoy, para que ninguna muerte me mate, para que ningún vino me emborrache, para que en toda criatura te descubra y te sienta, Señor, ¡haz que crea!

2. «...Por el contacto físico y dominador de Aquel cuyo atributo privativo es poder "omnia sibi subjicere"». *Le Milieu divin*, p. 152 (N. d. E.).

## Comunión

Si el Fuego ha descendido al corazón del Mundo, es, en última instancia, para atraparme y absorberme. Por tanto, no basta con que lo contemple y, con fe constantemente alimentada, intensifique sin cesar su ardor en torno a mí. Después de haber cooperado con todas mis fuerzas en la Consagración que le hace brotar, es preciso que yo consienta finalmente a la Comunión que le dará, en mi persona, el alimento que, en definitiva, ha venido a buscar.

Me prosterno, Dios mío, ante tu Presencia en un Universo que se ha hecho ardiente y, bajo los rasgos de cuanto en este día encuentre, me suceda y realice, te deseo y te espero.

Es terrible haber nacido, es decir, encontrarse llevado irrevocablemente, sin haberlo querido, por un torrente de formidable energía que parece querer destruir cuanto arrastra consigo.

Deseo, Dios mío, que mediante una inversión de fuerzas cuyo autor sólo Tú puedes ser, el terror que se apodera de mí ante las alteraciones sin nombre que se aprestan a renovar mi ser se mude en la desbordante alegría de ser transformado en Ti.

Extenderé primero la mano sin vacilar hacia el pan abrasador que Tú me presentas. En ese pan en que has encerrado el germen de todo desarrollo, reconozco el principio y el secreto del futuro que me reservas. Sé que tomarlo es entregarme a las potencias que me arrancarán dolorosamente de mí mismo para lanzarme al peligro, al trabajo, a la renovación continua de las ideas, al desapego austero en los afectos. Comerlo es adquirir, respecto de lo que está en todo por encima de todo, un gusto y una afinidad que me harán en adelante imposibles las alegrías en que se reanimaba mi vida. Señor Jesús, acepto ser poseído por Ti y llevado por la indescriptible fuerza de tu Cuerpo –al que estaré unido– hacia soledades donde, solo, nunca me habría atrevido a ascender. Instintivamente, como a cualquier Hombre, me gustaría alzar en este

mundo mi tienda en una montaña elegida. Tengo miedo también, como todos mis hermanos, del futuro demasiado misterioso y demasiado nuevo hacia el que me empuja el transcurso del tiempo. Y además me pregunto, ansioso como ellos, adónde va la vida... ¡Ojalá que esta Comunión del pan con Cristo revestido de las potencias que dilatan el Mundo me libere de mi timidez y mi apatía! Me lanzo, oh Dios mío, confiando en tu palabra, al torbellino de las luchas y las energías donde se desarrollará mi capacidad de percibir y experimentar tu Santa Presencia. A quien ame apasionadamente a Jesús oculto en las fuerzas que hacen crecer la Tierra, la Tierra lo alzarán maternalmente en sus gigantescos brazos y le hará contemplar el rostro de Dios.

Si tu reino, Dios mío, fuera de este mundo, para poseerte bastaría con confiarme a las potencias que nos hacen sufrir y morir engrandeciéndonos palpablemente a nosotros o a quien nos es más querido que nosotros mismos. Pero como el Término hacia el que se mueve la Tierra está más allá, no sólo de cada cosa individual, sino del conjunto de las cosas, como el trabajo del Mundo consiste no en engendrar en sí mismo alguna Realidad suprema, sino en consumarse mediante la unión en un Ser preexistente, resulta que, para alcanzar el flamígero centro del Universo, no le basta al Hombre con vivir cada vez más para sí, ni siquiera con consagrar su vida a una causa terrena, por grande que ésta sea. El mundo, en definitiva, no puede llegar a ti, Señor, sino por una suerte de inversión, de cambio total, de excentración, donde se sume durante un tiempo no sólo el éxito de los individuos, sino la apariencia misma de todo avance humano. Para que mi ser se incorpore decididamente al tuyo, es necesario que muera en mí no sólo la mónada, sino el Mundo, es decir, que yo pase por la desgarradora fase de la disminución, que nada tangible podrá compensar. Ésta es la razón de que, recogiendo en el cáliz la amargura de todas las separaciones, todas las limitaciones y todas las desgracias estériles, Tú me lo ofrezcas. «Bebed todos de él».

¡Cómo rechazar ese cáliz, Señor, ahora que, por el pan que me has dado a gustar, se ha introducido en la médula de mi ser la inextinguible pasión por unirme contigo más allá de la vida, a través de la muerte! La consagración del Mundo habría quedado inacabada si no hubieses animado con predilección, para quienes creen, las fuerzas que matan después de las que vivifican. Mi Comunión sería ahora incompleta (simplemente, no sería cristiana) si, con el crecimiento que me aporta este nuevo día, no recibiese, en mi nombre y en nombre del Mundo, como la participación más directa en ti mismo, la actividad, soterrada o manifiesta, de debilitamiento, envejecimiento y muerte que mina incesantemente el Universo para su salvación o su condenación. Me abandono enteramente, Dios mío, a las terribles acciones de disolución por las que mi limitada personalidad se verá sustituida hoy –quiero creerlo ciegamente– por tu divina Presencia. Quien haya amado apasionadamente a Jesús oculto en las fuerzas que hacen morir a la Tierra, la Tierra, al extinguirse, lo estrechará en sus gigantes brazos y, con ella, despertará en el seno de Dios.

### Oración

Y ahora, Jesús, cuando, velado bajo las potencias del Mundo, te has convertido verdadera y físicamente en todo para mí, todo en torno a mí, todo en mí, reuniré en una misma aspiración la embriaguez de lo que poseo y la sed de lo que me falta, y te repetiré, a imitación de tu servidor, las palabras en las que se reconocerá cada vez con mayor exactitud –estoy absolutamente convencido de ello– el Cristianismo del mañana.

«Introdúceme, Señor, en lo más profundo de las entrañas de tu Corazón. Y cuando me tengas ahí, abrázame, purifícame, inflámame, sublíname hasta que satisfaga perfectamente tus gustos, hasta la más completa aniquilación de mí mismo».

«Tu autem, Domine mi, include me in imis visceribus Cordis tui. Atque ibi me detine, excoque, expurga, accende,

ignifac, sublima, ad purissimum Cordis tui gustum atque placitum, ad puram annihilationem meam».

«Señor». ¡Sí, por fin!, gracias al doble misterio de la Consagración y la Comunión universales, ¡he encontrado a alguien a quien de todo corazón dar ese nombre! Mientras no sabía o no me atrevía a ver en Ti, Jesús, más que al hombre de hace dos mil años, al Moralista sublime, al Amigo, al Hermano, mi amor era tímido y cohibido. ¿Acaso no tenemos amigos, hermanos y sabios muy importantes y extraordinarios más cerca de nosotros, a nuestro alrededor? Y además, ¿puede el Hombre entregarse plenamente a una naturaleza únicamente humana? Desde siempre, el Mundo, por encima de cualquier Elemento del Mundo, se había apoderado de mi corazón, y nunca me habría sometido sinceramente ante ningún otro. Así pues, durante mucho tiempo, incluso creyendo, erré sin saber lo que amaba. Pero hoy, cuando por la manifestación de los poderes supra-humanos que te ha conferido la Resurrección te transparentas para mí, Señor, a través de todas las potencias de la Tierra, te reconozco como mi soberano y me entrego alegremente a Ti.

¡Extrañas solicitaciones de tu Espíritu, Dios mío! Cuando hace dos siglos comenzó a hacerse sentir en tu Iglesia la atracción patente de tu Corazón, pudo parecer que lo que seducía a las almas era descubrir en Ti un elemento más determinado, más circunscrito que tu misma Humanidad. Pues bien, he aquí que ahora se produce una inversión repentina: es evidente que, mediante la «revelación» de tu Corazón, has querido sobre todo, Jesús, proporcionar a nuestro amor el medio de escapar de cuanto había de demasiado restringido, preciso y limitado en la imagen que nos hacíamos de Ti. En el centro de tu pecho no vislumbro sino una hoguera; y cuanto más fijo ese fuego ardiente, tanto más me parecen desvanecerse a tu alrededor los contornos de tu Cuerpo y engrandecerse más allá de toda medida, hasta que ya no distingo en Ti más rasgos que la imagen de un Mundo incendiado.

Cristo glorioso, Influencia secretamente difusa en el seno de la Materia y Centro deslumbrante donde se reúnen las innumerables fibras de lo Múltiple; Potencia implacable como el Mundo y cálida como la Vida; Tú, con tu frente nívea, tus ojos de fuego y tus pies más centelleantes que el oro en fusión; Tú, cuyas manos aprisionan las estrellas; Tú que eres el primero y el último, el vivo, el muerto y el resucitado; Tú que concentras en tu unidad exuberante todos los encantos, todos los gustos, todas las fuerzas, todos los estados; a Ti es a quien mi ser llamaba con un anhelo tan grande como el Universo. ¡Tú eres verdaderamente mi Señor y mi Dios!

«Introdúceme en Ti, Señor». Creo (lo creo tan firmemente que esta fe se ha convertido en uno de los pilares de mi vida íntima) que las tinieblas absolutamente exteriores a ti serían una pura nada. Nada puede subsistir fuera de tu Carne, Jesús, hasta el punto de que quienes se encuentran alejados de tu amor se siguen beneficiando, para su desgracia, del apoyo de tu presencia. Todos estamos irremediabilmente en Ti, Medio universal de consistencia y vida; pero, precisamente porque no somos cosas totalmente hechas que puedan ser concebidas indiferentemente como próximas o lejanas a Ti, precisamente porque en nosotros el sujeto de la unión crece con la unión misma que nos entrega progresivamente a Ti, en nombre de lo más esencial de mi ser, Señor, escucha el deseo de esta cosa que me atrevo a llamar *mi* alma, aun cuando cada día comprendo más hasta qué punto es mayor que yo; y, para apagar mi sed de existir, a través de las zonas sucesivas de tu Sustancia profunda, hasta los repliegues más íntimos del Centro de tu Corazón, ¡atráeme!

Cuanto mayor es la profundidad del encuentro contigo, Señor, tanto más universal se revela tu influencia. Ello podría ser el signo para calibrar en cada instante cuánto he progresado en Ti. Cuando todas las cosas, conservando en torno a mí su sabor y sus contornos, las vea, no obstante, difundidas, por un alma secreta, en un Elemento único, infinitamente próximo

e infinitamente distante; cuando, aprisionado en la intimidad celosa de un santuario divino, me sienta, no obstante, vagando libremente a través del cielo de todas las criaturas, entonces sabré que me aproximo al lugar central donde converge el corazón del Mundo en la irradiación descendente del Corazón de Dios.

En ese punto de abrasamiento universal, actúa en mí, Señor, mediante el fuego reunido de todos los actos interiores y exteriores que, experimentados menos cerca de Ti, serían neutros, equívocos u hostiles; pero, animados por una Energía «*quae possit sibi omnia subjicere*», se convierten, en las profundidades físicas de tu Corazón, en los ángeles de tu victoriosa acción. Por una maravillosa combinación con tu atracción del encanto de las criaturas y de su insuficiencia, de su dulzura y de su maldad, de su decepcionante debilidad y de su tremenda fuerza, exalta unas veces y disuade otras a mi corazón; enséñale la verdadera pureza, que no es separación debilitante de las cosas, sino impulso a través de todas las bellezas; revélale la verdadera caridad, que no es miedo estéril a hacer el mal, sino voluntad vigorosa de forzar todos juntos las puertas de la vida; dale, finalmente, dale sobre todo, mediante una visión creciente de tu omnipresencia, la pasión bienaventurada de descubrir, hacer y experimentar el Mundo un poco más cada vez, a fin de penetrar más y más en Ti.

Todo mi gozo y mi éxito, toda mi razón de ser y mi deseo de vivir, Dios mío, están suspendidos de esa visión fundamental de tu conjunción con el Universo. Que otros anuncien, cumpliendo con su función más excelsa, los esplendores de tu puro Espíritu. Yo, dominado por una vocación que obedece a las fibras últimas de mi naturaleza, no quiero ni puedo hablar sino de las innumerables prolongaciones de tu Ser encarnado a través de la Materia; nunca sabré predicar más que el misterio de tu Carne, ¡oh Alma que te transparentas en cuanto nos rodea!

A tu Cuerpo en toda su extensión, es decir, al Mundo convertido, por tu poder y por mi fe, en el crisol magnífico y vivo donde todo desaparece para renacer, por todos los recursos que tu atracción creadora ha hecho surgir en mí, por mi ciencia demasiado limitada, por mis vínculos religiosos, por mi sacerdocio y (lo que más valoro) por el fondo de mi convicción humana, a tu Cuerpo me consagro para de él vivir y morir, Jesús.

Ordos, 1923

## «Para Odette y Jean»

ALOCUCIÓN PRONUNCIADA EN EL MATRIMONIO  
DE ODETTE BACOT Y JEAN TEILLARD D'EYRY  
EN LA IGLESIA DE SAINT-AUGUSTIN  
EL 14 DE JUNIO DE 1928

Señorita,

Mi querido Jean:

Viéndoos aquí a los dos, unidos para siempre, no puedo evitar (viejo hábito profesional) echar la vista atrás a los dos caminos, vuestros dos caminos, que, después de haber parecido mucho tiempo tan independientes el uno del otro, vienen de repente a converger, y van en un instante a confundirse aquí. Y no os sorprendáis de que, ante un encuentro tan inesperado y, sin embargo, tanto tiempo preparado, me maraville y me regocije como ante un hermoso suceso de la vida.

Tu camino, Jean, comenzó muy lejos de aquí, bajo las pesadas nubes de los trópicos, entre los llanos arrozales que forma la silueta azul del cabo Saint-Jacques. Hacía falta nada menos que esa mezcla vigorosa entre la fría Auvergne y el Extremo Oriente para prolongar dignamente en ti a una madre intrépida y viajera, y también a ese legendario «tío Georges», cuya figura, de tarde en tarde, contemplaba admirativamente yo, de muy niño, junto a la abuela con los cabellos ya blancos, en el salón un poco sombrío y semi-chino de la calle Savaron.

Por tradición y por nacimiento, tú eres de Asia. Y por eso periódicamente has vuelto a ella para respirarla.

Pero ¿cuáles son esos viajes del corazón y del espíritu? Únicamente tú podrías trazar el plano de las etapas y los rodeos por donde ha debido pasar tu ser antes de que apareciera, finalmente, el hombre que eres hoy. En la familia, en el colegio, en todas partes, ¡cuántas influencias, cuántos encuentros, cuántas atracciones, cuántas opciones...! ¡De qué red de tenues fibras está suspendida nuestra vida...!

Por fin, a través del laberinto móvil de las fuerzas externas e internas, has llegado a descubrir tu alma. En ese lugar interior (mucho más que exterior) a que te ha llevado la vida ¿no vas a encontrarte solo y como perdido? En los caminos de piedra y tierra, los Hombres se apresuran y se relacionan. En el seno de los aires, sus alas llegan incluso a rozarse. Pero en el ámbito mil veces más vasto y complicado del espíritu, cada uno de nosotros, cuanto más humano es (y, por tanto, único), ¿no está condenado, por su éxito mismo, a errar indefinidamente perdido? Podías temer, Jean, que allí donde tanta casualidad había empujado tu barca, no se encontrase, por una casualidad mayor aún, ninguna otra barca.

Entonces, Señorita, como en los cuentos de hadas, precisamente allí, en esa región de las almas donde parecía imposible que dos seres se encontrasen, de manera completamente natural apareció usted. Entre varios millares de humanos, el encuentro entre dos miradas es una coincidencia que tiene ya su precio. Pero ¡qué decir del encuentro entre dos espíritus!

Mientras tú, Jean, realizabas el largo periplo en que maduraba en fe ese fondo esencial de todo viviente que es su capacidad de amar, usted, Señorita, siguiendo una curva distinta, pero mediante una aproximación maravillosamente ritmada, franquea uno tras otro los ciclos cuyo resultado vemos hoy aquí.

Por su familia, también usted florecía de un tronco enraizado en una vieja provincia de Francia, la Touraine, en vez de Auvergne, como algo sonriente y dulce, con, para finalizar, ese remate irremplazable que da la atmósfera de París.

También usted aprendió desde la infancia a venerar la «grande École» y la ciencia técnica como la más bella de las armas. Usted encontró asimismo, junto a una madre excepcional, en un círculo de tres hijos donde no faltaba ni siquiera una Jacqueline, la educación ampliamente abierta y sólidamente cristiana que tan maravillosa y armónicamente la ha desarrollado. Y así (asombrosa simetría de los destinos) es como ascendió gradualmente, sin dudarle, al encuentro de aquel que, sin saberlo tampoco, se aproximaba a usted.

He hablado hace poco de cuentos de hadas. ¿Cuál es el hada que, sin romper nunca el hilo, ha tejido, aisladamente, para hacerlas unirse tan perfectamente hoy, la doble red de vuestras vidas?

¿Habrá sido sólo el azar el que, ciegamente, ha operado este prodigio? ¿Debemos verdaderamente resignarnos a creer que el precio de las cosas más bellas a nuestro alrededor depende simplemente de lo que de imprevisto, raro y, por lo tanto, frágil hay en la confluencia de los elementos de los que nos parece proceder?

Es verdad: el Mundo ciertos días parece un inmenso caos. Su confusión es grande, tan grande, que al mirarnos a nosotros mismos nos sentimos asaltados por un vértigo ante nuestra propia existencia. Entre tantas posibilidades adversas, ¿no resulta inverosímil que nos encontremos unidos y vivos, solos o, más aún, dos unidos? Nos preguntamos, pues, si la verdadera sabiduría no consistirá en aferrar y agotar inmediatamente la oportunidad ofrecida en tanto dure. ¿No sería una locura arriesgarnos a ir más lejos hacia el futuro y esforzarnos por una vida más improbable por ser aún más elevada?

Cada día de mi existencia desde hace años, Jean, he vivido por necesidades del trabajo frente a lo inverosímil de los éxitos de la vida. Y he aquí que es ella, una vez más, esa inverosimilitud, la que, en el espectáculo de la felicidad de los dos, se presenta ante mis ojos.

Pues bien, como me has pedido que te hable hoy, déjame decirte cual es, después de una larga confrontación con la

espléndida realidad del mundo, mi convicción más querida y profunda. Me he sentido impresionado en principio, como todo el mundo, por la clase de prioridad que tienen, en los acontecimientos, lo Inferior y el Pasado. Y después, so pena de ya no comprender nada en mí ni a mi alrededor, he tenido, invirtiendo la perspectiva, que conceder toda la preeminencia al Futuro y a lo Mayor.

No, yo creo que lo que constituye la consistencia del Universo que nos circunda no es la aparente solidez de los materiales efímeros de que se construyen los cuerpos, sino la llama de organización que, desde el origen, atraviesa el mundo y se propaga en él. Con todo su peso, el mundo descansa sobre un centro situado por delante de él. Lejos de ser frágiles y accidentales, son las almas, las alianzas de almas, las potencias de las almas, las únicas que progresan infaliblemente, y las únicas que deben durar.

Lo que es imponderable en el Mundo es más que lo que tocamos en él.

Lo que irradia de los seres es mejor que sus caricias.

Lo que aún no ha llegado es más precioso que lo que ya ha nacido.

He aquí las palabras que quiero decirte —que quiero decir— en este momento, hélas aquí:

«Si queréis los dos responder a la llamada (digamos mejor, a la gracia) que la Vida animada por Dios os ha hecho hoy, apoyaos, sin duda, sin vacilar, en la materia tangible, tened en ella un indispensable apoyo; pero, a través de ella, por encima de ella, creed en el apoyo intangible».

Creed en el espíritu que está detrás de vosotros, es decir, en la larga sucesión de uniones semejantes a la vuestra que han acumulado, a través de los tiempos, para pasároslo, un tesoro de salud, sabiduría y libertad. Ese tesoro es puesto hoy en vuestras manos. Recordad que tenéis, ante Dios y el Universo, esa responsabilidad.

Creed, en consecuencia, en el espíritu que está delante de vosotros. La creación no se detiene nunca. La vida quiere pro-

longarse a través de vosotros dos. Que vuestra unión, pues, no sea un abrazo cerrado, sino que se realice en el gesto, mil veces más unificador que toda quietud, del esfuerzo hacia un mismo objetivo, cada vez mayor, apasionadamente amado.

Creed, por lo tanto (y estas palabras resumen todas las demás), en el espíritu entre vosotros. El uno al otro, os ofrecéis como un campo indefinido de comprensión, enriquecimiento y sensibilización recíprocas. Es, pues, en la interpenetración y el intercambio constantes de pensamientos, afectos, sueños y de la oración como, sobre todo, os encontraréis. Únicamente ahí, lo sabéis, en el espíritu a través de la carne, no existen ni saciedad, ni decepciones, ni límites. Únicamente ahí, para vuestro amor, está el aire libre, el gran desenlace.

¿No sentís en este momento, concentrado en vosotros, en tensión en torno a vosotros, a este Espíritu al que os invito?

Afectos juntos de tantos parientes y amigos reunidos, deseos tan cálidos y puros aportados, por algún sutil medio, de Auvergne, Touraine o Poitou, y también de la Costa de Plata; bendiciones enviadas por quienes ya no vemos; y por encima de todo, la inmensa ternura de Aquel que ve engarzarse en vuestra pareja un precioso eslabón más en su gran obra de Unión creadora.

Sin duda alguna, mucho más que la pompa exterior, material, que os festeja y os rodea, las fuerzas acumuladas de una benevolencia invisible llenan esta iglesia.

Que este ardor espiritual descienda sobre vuestro amor naciente y lo guarde para la vida eterna. Así sea.

## Alocución

PRONUNCIADA POR EL R.P. TEILHARD DE CHARDIN  
CON MOTIVO DE LA BENDICIÓN NUPCIAL  
DE LOS SEÑORES DE LA GOUBLAYE DE MÉNORVAL  
EN LA IGLESIA DE SAINT-LOUIS DES INVALIDES  
EL 15 DE JUNIO DE 1935

Señorita,  
Caballero:

*En este instante en que vienen sus dos vidas a unirse en esta capilla, no veo nada más apropiado ni más precioso que ofrecerles que un elogio de la Unidad.*

Unidad: expresión quizá abstracta en la que se complacen los filósofos; pero, sobre todo, cualidad bien concreta con la que todos soñamos engalanar nuestras obras y el mundo que nos circunda. Sobre la dispersión aparente de los elementos materiales, sobre los movimientos caprichosos de la Naturaleza, sobre la irregularidad de los colores y los sonidos, sobre la agitación de las masas humanas, sobre la indisciplina y las fluctuaciones de nuestras aspiraciones y nuestros pensamientos, ¿qué intentamos, con nuestros mejores actos sino hacer reinar siempre un poco más de unidad? Ciencia, Arte, Política, Moral, Pensamiento, Mística: otras tantas formas de un mismo esfuerzo de armonización donde se expresan, a través de nuestras operaciones humanas, el destino y, por así decirlo, la esencia del universo. Felicidad, poder, riqueza, sabiduría, santidad: otros tantos sinónimos de una victoria sobre la multitud. En el fondo de todo ser, la creación sueña con el Principio que organizará un día sus tesoros dispersos. Dios es unidad.

Ahora bien, ¿por qué gesto perseguir y alcanzar esa divina Unidad?

¿Será, si acaso, erigiéndonos cada uno, en el corazón de nuestro pequeño mundo, en centro exclusivo de dominación y goce? ¿Consiste nuestra felicidad en concentrar todo lo posible todo lo demás en nosotros mismos? ¿Seremos felices si nos convertimos, cada uno, en nuestro pequeño Dios?

Su doble presencia en este lugar, Señorita, Caballero, prueba lo lejos que ha pasado de ustedes esta ilusión del egoísmo. La concentración cerrada del elemento sobre sí mismo (uno de los más perniciosos espejismos encontrados por la Vida al despertar la inteligencia) no les ha seducido. En cada uno de nosotros, ustedes lo han comprendido, el ser no tiene su polo definitivo, sino que representa una partícula destinada a más altas síntesis. No la unidad del aislamiento, nos dice su ejemplo, sino la unidad de la unión.

Han optado por la unidad de unión. Y han elegido bien. Pero ¿cómo, concretamente, puede alcanzar su perfección en ustedes dos esa unidad superior prometida a los elementos que se buscan en el seno de un principio común que los reúne? ¿Cómo serán ustedes verdaderamente más uno siendo dos? Aquí es donde, al llegar al punto preciso que querría exponer esta breve alocución, responderé: «No ralentizando nunca el esfuerzo de ser más ustedes mismos dándose».

La unión puede, por la plenitud que aporta, adoptar las apariencias de un término y un reposo. En realidad, nada sino ella participa en la naturaleza incesantemente progresiva de la vida. A fin de poder comenzar, es preciso ante todo que los elementos preparen largamente en sí mismos los valores complementarios que pueden asociarse. Y cuando se han encontrado por fin, aún no pueden llegar el uno al otro sino yendo cada vez más lejos por la línea propia de su acabamiento. La verdadera unión diferencia en la medida misma en que aproxima. Es un descubrimiento incesante y una conquista continua.

Me gusta encontrar, Señorita, Caballero, en estas fórmulas un poco pesadas, la explicación de su pasado y las promesas reservadas a su futuro.

Su pasado...

Al mirarla, Señorita, en este decorado festivo, podríamos nosotros, sus amigos, que la hemos visto tan a menudo inclinada sobre las rocas y los mapas, nosotros que la hemos seguido con la imaginación en unas expediciones peligrosas y lejanas, tener la vaga sensación de que su vida se ha bifurcado y se ha convertido usted en una mujer distinta. «¿Para qué haber conquistado aquello para escoger finalmente esto?...». «¿Para qué aquello?; justamente para preparar esto —debemos respondernos—. No lamente nunca, Señorita (si llega el caso de que se sienta tentada), no lamente nunca las largas horas de laboratorio, la lenta redacción de las largas memorias, las duras travesías de la sabana malgache. En el curso de esas aventuras del espíritu y del cuerpo, ¿no desarrollaba usted precisamente a la perfecta compañera de quien también —¿no es verdad Caballero?— pertenece a la raza de los trabajadores y exploradores de la tierra? Han sido necesarios, Señorita, millones de años de la Vida para formar, bajo la acción creadora, el corazón y la inteligencia que su madre le ha transmitido. Y han sido necesarios también todo el trabajo y todos los riesgos de su primera juventud para acabar en usted un ser capaz de darse.

Y ahora, decía yo, la misma ley que quería que se preparasen el uno y el otro, aisladamente, para la unión, espera también que se acaben el uno al otro, el uno por el otro, en la unión. ¿Qué será de esta historia, nunca concluida, de su mutua conquista? Sólo Dios, que va a bendecirles, lo sabe. Pero yo, lo que, en nombre de toda la experiencia humana, puedo asegurarles es que su felicidad depende del espacio que den a sus esperanzas. Un afecto fuertemente cerrado en sí mismo ahoga el cuerpo y el espíritu. Para asegurar los progresos continuos necesarios para la fecundidad de su unión, deben ampliar más los horizontes en que han crecido.

No serán dichosos, como lo desean nuestras oraciones y nuestros votos, más que si sus dos vidas se encuentran y se propagan, tendiendo aventuradamente hacia el futuro, en la pasión por algo mayor que ustedes.

## Mi posición intelectual

Al enviarme copia de este texto, el padre Teilhard me escribía: «Adjunto una página que acabo de enviar a un colega de Namur que me ha pedido (para un libro que va a publicar) una exposición de mi punto de vista» (J.M.).

Esencialmente, el pensamiento del padre Teilhard de Chardin no se expresa en una Metafísica, sino en una suerte de Fenomenología. Fundando y dominando toda experiencia, piensa Teilhard, se impone a nuestra observación una cierta ley de recurrencia: ley de «complejidad-consciencia», en virtud de la cual, en el interior de la Vida, la trama cósmica se enrolla cada vez más estrechamente sobre sí misma, siguiendo un proceso de organización medido por un incremento correlativo de la tensión (o temperatura) psíquica. En el campo de nuestra observación, el Hombre *reflexivo* representa el término elemental más elevado de ese movimiento de ordenación. Pero, por encima del Hombre individual, el enrollamiento se sigue prolongando, por el Fenómeno social, en la Humanidad, al término de la cual se deja entrever un punto superior y crítico de Reflexión colectiva.

Desde este punto de vista, la «Hominización» (socialización incluida) es un fenómeno convergente (es decir, que pre-

senta un límite superior o «punto de maduración» interna). Pero este fenómeno *convergente* es igualmente, por estructura, de naturaleza *irreversible*: en el sentido de que la Evolución, hecha reflexiva y libre en el Hombre, no podría continuar su marcha ascendente hacia la complejidad-consciencia a no ser que reconociera que el «enrollamiento vital» no sólo escapa (hacia adelante) a una anulación o muerte total, sino también que recoge toda la esencia preservable de lo que la Vida engendra en el camino. Esta exigencia implica estructuralmente la existencia, en el término superior de la Convergencia cósmica, de un centro trascendente de unificación: el «Punto Omega». Sin ese centro, a la vez irreversibilizador y recolector, es imposible salvar la ley de recurrencia evolutiva hasta el final.

En un segundo tiempo, el padre Teilhard de Chardin construye sobre una «física»:

1) En primer lugar, una Apologética: bajo la influencia iluminadora de la gracia, nuestro espíritu reconoce, en las propiedades unitivas del fenómeno cristiano, una manifestación (reflexión) de Omega sobre la conciencia humana; e identifica el Omega de la razón con el Cristo-Universal de la Revelación.

2) Y, al mismo tiempo, una mística: la Evolución entera, al verse llevada a un proceso de unión (de comunión) con Dios, se vuelve integralmente amante y amable en lo más íntimo y lo más terminal de nuestro desarrollo.

Consideradas conjuntamente las tres ramas (física, apologética y mística) del sistema, sugieren y esbozan fácilmente una Metafísica de la Unión, dominada por el Amor, y donde el problema mismo del mal encuentra una solución intelectual simple y plausible (necesidad estadística de desórdenes en el interior de una multitud en vías de organización).

Se ha reprochado a esta «filosofía» no ser más que un concordismo generalizado. A esta crítica, el padre Teilhard de

Chardin responde que no hay que confundir concordismo con coherencia. La Religión y la Ciencia representan, evidentemente, en la esfera mental, dos meridianos diferentes que sería falso no separar (error concordista). Pero esos meridianos deben necesariamente reencontrarse en algún lugar de un polo de visión común (coherencia); de lo contrario, todo se desploma en nosotros en el dominio del pensamiento y el conocimiento.

*Nueva York*, abril de 1948.

## Observación sobre la enseñanza de la Prehistoria

Esta Nota, dirigida a Paul Fallot, profesor de Geología mediterránea en el Colegio de Francia, fue redactada por el padre Teilhard en el momento en que fue invitado a ocupar la cátedra del abate Breuil, que acababa de alcanzar la edad de jubilación (N. d. E.).

En Francia, no es que la enseñanza de la Prehistoria esté completamente ausente: existen el Instituto de Paleontología Humana (los cursos más completos); el Instituto de Etnología de la Sorbona (en vías de reestructuración, si he comprendido bien) y el Instituto del Hombre (Etología y Lingüística, sobre todo). En conjunto, no obstante, la enseñanza de esta materia continúa siendo una cuestión de segundo orden: cursos libres destinados a formar aficionados, más que verdaderos sabios; nada de cátedras; nada de «certificados» que tengan un valor interesante. En Inglaterra (Cambridge, especialmente) e incluso en Norteamérica (Harvard, Columbia...), la situación es mejor.

Desde este simple punto de vista, la creación de una cátedra de Prehistoria en el Colegio de Francia, al realzar la importancia y la dignidad de esta rama de nuestros conocimientos, tendría, ciertamente, una importancia especial.

Pero hay otros aspectos que considerar.

Incluso en el extranjero, en las Universidades más privilegiadas, la enseñanza de la Prehistoria tiene tendencia a estudiar los problemas humanos de manera fragmentaria y como «segmentada»: serie de detalles dispersos (estratigráficos, osteológicos, arqueológicos, etnográficos...) donde las grandes líneas del fenómeno pierden su nitidez. En ninguna parte, por lo que yo sé, se dan aún cursos en los que la *ubicación*, la *estructura* y el *desarrollo* (y después la *compresión* sobre sí mismo) del grupo zoológico humano, considerado como un todo, se presenten técnicamente, a partir de hechos precisos, sin duda, pero también bajo los principales rasgos de su ordenamiento y su desarrollo.

Es, en mi opinión, por esta dirección aún nueva por la que sería interesante que el Colegio de Francia realizara la experiencia que yo estaría dispuesto a intentar: gracias y a partir de la paleontología y la paleo-sociología humanas, tomadas como raíces o plataforma, esbozar las primeras líneas de una ciencia de la Antropogénesis, zona superior y aún demasiado mal individualizada de la Biología.

París, 23 de septiembre de 1948.

## En la base de mi actitud

1.- En la base de mi actitud y de mis actividades se sitúa, desde hace cuarenta años, esta triple convicción siempre creciente<sup>1</sup>:

a) En principio que (por numerosas e irresistibles razones) acabamos de entrar históricamente en un período de neo-humanismo (caracterizado por la sospecha, o incluso la evidencia, de que el Hombre dista mucho de haber acabado la curva biológica de su crecimiento, lo que le confiere no sólo un porvenir, sino un futuro).

b) Después, que el conflicto (aparente) entre ese neo-humanismo y la formulación «clásica» del Cristianismo es la fuente profunda de toda la inquietud religiosa actual.

c) Finalmente, que la síntesis «in Christo Jesu» entre la fuerza ascensional del Cristianismo tradicional y la fuerza propulsora del neo-humanismo moderno es lo que nuestro mundo espera oscuramente para ser salvado (incidentalmente, encontrando la Compañía justamente aquí, en un estadio superior, su papel de hace cuatrocientos años frente al Humanismo del Renacimiento).

2.- Ni en mi libro (*El Fenómeno Humano*), ni, eventualmente, en mis cursos (en el Colegio de Francia o en Norteamérica)

1. Nota dirigida al R.P. Janssens, Prepósito General de la Compañía de Jesús (N. d. E.).

abordo (ni tengo la intención de abordar) explícitamente este problema religioso de fondo. En cualquiera de esos lugares, mi propósito consiste simplemente en presentar con objetividad (al margen de toda filosofía y toda teología) las bases y las perspectivas experimentales de lo que acabo de llamar neo-humanismo contemporáneo. A esta presentación le veo las ventajas siguientes:

a) Mostrar con el ejemplo que un cristiano (e incluso un religioso) puede (o incluso debe lógicamente) ser tan plenamente «humano» como un marxista. «Plus et ego...».

b) Establecer racionalmente (prescindiendo de todo apriorismo) que en las perspectivas del neo-humanismo —consideradas en su terreno histórico— se impone el primado del Espíritu si se quiere justificar «biológicamente» la continuación, para la Humanidad, de su marcha hacia adelante.

c) Apoyar y propagar una visión «fenoménica» del Universo, que me parece no sólo verdadera, sino vital para el progreso espiritual del Hombre de nuestro tiempo: en el sentido de que es en las perspectivas y las dimensiones de un Mundo en vías de convergencia donde el Cristianismo encuentra (en mi opinión...) un medio óptimo (psicológico e intelectual) para su desarrollo futuro.

Nadie piensa reprochar al canónigo Lemaître que nos hablara de un «Universo en expansión (espacial)». Personalmente, yo no hago sino proponer la perspectiva (complementaria) de un Universo «que se enrolla (orgánicamente, es decir, fisico-química y psíquicamente) sobre sí mismo». No hay más filosofía o teología aquí que allá. Pero aquí, como habría dicho Péguy, hay un «porche» dominando —así lo creo— el acceso a la Iglesia<sup>2</sup> para muchos de nuestros contemporáneos.

Roma, 7 de octubre de 1948

2. Véase la acogida dispensada, tanto en Europa como en Norteamérica, al libro, por otra parte muy incompleto, de Léon de Noüy (*La Destinée humaine*).

## Observación esencial a propósito de «El Fenómeno Humano»

Nota dirigida al R.P. Janssens, Preósito General de la Compañía de Jesús, cuando el padre Teilhard estaba en Roma, a fin de pedir autorización para publicar *El Fenómeno Humano* (N. d. E.).

Para apreciar correctamente lo que dice, y lo que no dice, el *Fenómeno Humano*, es preciso observar que el libro no representa sino los inicios de una «dialéctica» oscilante (por ir y volver), cuyas etapas pueden definirse como sigue:

1.- *Observación del Mundo fenoménico*. Percepción, puramente experimental, de un movimiento de enrollamiento («evolución») que hace surgir sucesivamente seres cada vez más complicados orgánicamente y cada vez más centrados psíquicamente. Con la Reflexión (Hombre), aparición de la exigencia de irreversibilidad (de «inmortalidad»), que postula, para que la Evolución continúe, la existencia de un centro (supra-personal y parcialmente trascendente) de consistencia: «Omega».

2.- *Redescenso, a partir de Omega*. Una vez admitida la existencia de Omega, se siguen dos cosas para nuestro pensamiento:

a) En principio, que la Evolución debe interpretarse como una atracción de lo alto (y no como un impulso simplemente inmanente).

b) Y a continuación, que una influencia de naturaleza personal y libre que emane de Omega (Revelación) es, no sólo posible, sino esperable. Valor significativo, a esta luz, del Hecho (o fenómeno) cristiano.

3.- Percepción (reconocimiento), bajo la influencia sensible de la gracia, de una Revelación en el Hecho cristiano.

4.- A la luz de la Revelación, visión definitiva del Mundo y de la Evolución en términos de Encarnación y Redención.

Mi libro, como se ve, no cubre más que las etapas 1-2 del proceso dialéctico; es decir, que se mantiene estrictamente en el primer tiempo del concilio Vaticano (demostración racional de la existencia de Dios). En lo que concierne a la dialéctica misma, se observará que no es sino la apologética clásica, pero traspasada (conforme a los puntos de vista modernos) de un Universo estático a un Universo en movimiento, de un Cosmos a una Cosmogénesis.

*Roma*, 17 de octubre de 1948.

## Alocución

CON OCASIÓN DEL MATRIMONIO  
DE CLAUDE-MARIE HAARDT Y CHRISTINE DRESCH  
EN LA IGLESIA DE NOTRE-DAME DE AUTEUIL  
EL 21 DE DICIEMBRE DE 1948

Mi querida Christine,  
Mi querido Claude:

Decididamente, la vida está llena de extrañas coincidencias, y puede que de misteriosas intenciones... ¿Quién habría dicho, en las proximidades de la Navidad de 1932, cuando yo atravesaba con Georges-Marie Haardt los desiertos de Asia Central, quién habría dicho que dieciséis años después os dirigiría estas palabras en el momento en que vais a emprender otra gran aventura: la de vuestras dos vidas unidas? Y puesto que la coincidencia probablemente oculta una intención secreta del destino, por qué no habría de ser esa intención de las cosas (o de la Providencia) que yo os transmita a los dos —y más especialmente a ti, mi querido Claude—, en presencia de la madre a quien debes tanto, la advertencia, la orden, que el gran animador y viajero que era tu padre no dejó de darnos con su ejemplo a lo largo de las rutas de Asia: «¡Mirad siempre muy arriba al ir hacia adelante!».

Las travesías del Sahara, de África, de China; esas diversas empresas tenían (como toda realidad viviente) su sólida estructura material. Tendían cada una hacia un resultado preciso y cuidadosamente calculado. Y, sin embargo, más allá de

todo propósito económico, era siempre hacia una suerte de sueño presentido hacia donde, guiada por su jefe, la flotilla de vehículos oruga se dirigía por las arenas. Para cuantos han tenido el honor de participar en ellos, esos viajes han sido siempre una especie de marcha hacia una estrella, y así permanecerán perennemente en su recuerdo...

Mi querida Christine,

Mi querido Claude,

Reproduciendo en un ámbito distinto, pero con un espíritu idéntico, el gesto paterno, entrad a vuestra vez en la vida, con los pies sólidamente puestos en el suelo, pero con los ojos fijos en quien es mayor y más bello que vosotros. La tentación y la esterilización del amor, vosotros lo sabéis, es acomodarse en la posesión, es el egoísmo a dos. A fin de encontraros el uno al otro, a fin de unirnos verdaderamente, no busquéis más camino que el de una fuerte pasión por un ideal común. Entre los dos (en este aspecto es la estructura misma del mundo la que os impone una ley inquebrantable), entre los dos, repito, no hay unión posible sino en algún centro superior que os reúna.

¡Que ese centro sea pronto un hijo!

¡Que ese centro, en cualquier caso, sea el interés por descubrirnos y completarnos cada vez más el uno al otro en el corazón y el espíritu, y el gozo de hacerlo!

Y que ese centro, sobre todo, de una u otra manera (siguiendo vuestro propio modo), sea el Dios ante el cual y en el cual vais a unir en un instante y para siempre vuestras dos existencias; Dios, único centro definitivo del Universo; Dios, no convencional y lejano, sino Dios tal como debe y quiere manifestarse incomunicablemente a vosotros simplemente con que obedezcáis hasta el final la fuerza interior que actúa en este momento para aproximarnos.

## La carrera científica del Padre Teilhard de Chardin

Con ocasión de su elección para la Academia de Ciencias, el propio padre Teilhard escribió este curriculum vitae para *Études*, a petición del redactor jefe de la revista.

El padre Teilhard, que acaba de entrar en la Academia de Ciencias, es un fiel y antiguo colaborador de esta revista. Por ello, a los lectores de *Études* les gustará, sin duda, conocer las grandes líneas de la carrera científica del recién elegido.

Como todo verdadero naturalista, el joven Pierre se sintió atraído desde la infancia por las cosas de la Vida y de la Tierra. ¿Juego hereditario de los genes o influencia de las montañas de Auvergne? ¡Quién podría decirlo!, hasta el punto de que su profesor de humanidades, el futuro académico Henri Bremond, ha podido deplorar en alguna parte de sus libros la impermeabilidad de su alumno a los encantos de la literatura. Más tarde, el discípulo mostraría que podía escribir. Pero, entre tanto, su espíritu estaba en otro lugar: con las piedras. Y ello probablemente en virtud de algún profundo instinto. Porque, hecho curioso, es justamente partiendo del Mineral como, siguiendo un circuito psicológicamente muy definido, el padre Teilhard debía emerger sólidamente un día al estudio ardiente de lo Humano –por no decir de lo «ultra-Humano»...

Durante mucho tiempo, a pesar de la tenacidad apasionada de sus gustos científicos y pese a una serie de afortunados descubrimientos (hechos en principio en las rocas eruptivas de

Jersey, más tarde en las calcáreas del Mokattam, en El Cairo, y posteriormente en las arcillas wealdianas de Sussex), nada podía hacer prever que el joven geólogo llegaría a emerger un día por encima de la categoría de los «aficionados». Pero fue entonces cuando, a partir de 1912, una serie de acontecimientos inesperados –primero una estancia de dos años en el Laboratorio de Paleontología del Museo de París, donde el profesor Marcellin Boule estaba precisamente estudiando el famoso Hombre de La Chapelle-aux-Saints; después, tras la guerra, un nombramiento de profesor de Geología en el Instituto Católico de París– no sólo le llevaron finalmente a obtener sus títulos universitarios, sino que le hicieron entrar definitivamente en la clase y el círculo de los profesionales de la Ciencia de la Tierra.

Y sólo entonces (en 1923) se produjo el acontecimiento decisivo en su destino: a saber, una invitación –proveniente un buen día de China– a unirse al padre Émile Licent en sus audaces exploraciones de la cuenca del Río Amarillo. Hasta entonces, Teilhard había podido sentir profundamente la atracción, pero no había comprendido realmente la grandeza ni de la Tierra ni de los fenómenos de la Tierra. Pues bien, esa grandeza se la revelaría Asia. Durante los diez primeros años de su «vida china», ora al tranquilo paso de las mulas de Chansi, ora al ritmo majestuoso de los vehículos oruga de Citroen (Croisière Jaune), ora a la rápida marcha de los Dodge norteamericanos (La Expedición al Asia Central de Roy Chapman Andrews) –del Chantong al Pamir, y de los montes Khingan a Indochina–, es la impresionante historia de un Continente entero la que va a desarrollarse poco a poco ante los ojos del viajero. Historia inscrita ante todo en la flexura y la granitización del antiguo zócalo; pero historia legible igualmente en la formación del extraordinario manto de tierras rojas y amarillas extendidas en el Terciario sobre las inmensas ondulaciones de las viejas peñanuras; pero también, y sobre todo, historia manifiestamente obvia en la existencia de vastos complejos faunísticos cuyo establecimiento y evolución pueden seguirse sin interrupción en el mismo lugar desde una

profundidad de varios millones de años, partiendo del Mioceno hasta nuestros días.

Ahora bien, nada podía sobrevenirle más a propósito a nuestro geólogo-paleontólogo que ese despertar en la cincuentena para ayudarle a afrontar el acontecimiento más destacado de su carrera, nos referimos a su participación (en calidad de Consejero del Servicio Geológico de China) en el inesperado descubrimiento del famoso Hombre de Pekín (el Sinántropo). Para situar e interpretar correctamente el nuevo y sensacional Hombre fósil hacía falta nada menos que una puesta a punto estratigráfica, fisiográfica y paleontológica de todo el Cuaternario de Extremo Oriente. Fue, pues, a este problema central –cuyas ramificaciones debían llevarle sucesivamente (gracias a la gran ayuda de diversas Fundaciones y Universidades norteamericanas) a la India, Birmania y Java– al que el padre Teilhard se vio llevado a consagrar la plena madurez de su experiencia durante los últimos quince años de su estancia en Extremo Oriente; esas investigaciones de gran envergadura (estrechamente combinadas con las de un equipo de amigos chinos, norteamericanos, ingleses y holandeses) le condujeron a sospechar la individualidad (a la vez morfológica y geográfica) de una rama «pitecantropiana», aparecida en la margen oriental del conjunto de la Humanidad en el curso del Pleistoceno.

Así fue como, poco a poco, de la aproximación operada lentamente, por el contacto con los hechos, entre las dos nociones conjugadas de estructura genética de las faunas y estructura genética de los continentes, una tercera noción, la de estructura genética de la Humanidad (enfocada como una unidad biológica *sui generis* de amplitud planetaria), se le impuso finalmente al geólogo; ámbito aún oscuro y apenas entreabierto a una exploración titubeante, pero ámbito fascinante, no obstante, en el curso de una última fase, está aparentemente concentrándose todo el esfuerzo investigador del nuevo académico.

*Études* (julio-agosto de 1950).

## El Fenómeno Humano

(¿Cómo, más allá de una «antropología» filosófico-jurídico-literaria, establecer una verdadera Ciencia del Hombre, es decir, una Antropodinámica y una Antropogénesis?)

Doble constatación de partida:

1) El hombre (lo Humano) se revela cada vez más a la experiencia como el estado extremo, y, por tanto, supremamente característico, del «Weltstoff» en dirección a lo Ordenado.

2) Ahora bien, sigue siendo tratado como una suerte de mundo aparte, en yuxtaposición al Universo de la Ciencia (y no en prolongación del mismo).

Se trata pues:

a) de vincular lo Humano (Hombre-elemento y Hombre-social) a un *proceso general* que cubre todo el Ordenamiento experimental del Universo;

b) de determinar los posibles *prolongamientos* del proceso en dirección a algo «ultra-humano»;

c) de descubrir y fijar las *condiciones energéticas* de esta dinámica, lo que conlleva un re-pensamiento científico de la serie:

Cantidad (medible) de Energía absorbida por la Hominización.

Ordenamiento de la Energía de Hominización.

Activación (del ordenamiento) de la Energía de Hominización.

En suma, necesitamos una Física o Energética generalizada, capaz de integrar en sí una Antropodinámica y una Antropogénesis.

N.B. Empresa norteamericana (John Stewart, P. Bridgman) para constituir una *Sociometría* (por investigación matemática de las regularidades estadísticas del Fenómeno humano). Esta tentativa debería completarse con el esfuerzo por establecer una *Sociodinámica* que investigue las condiciones de funcionamiento y activación de las energías humanas.

Prácticamente: Utilidad de un simposium cerrado, compuesto exclusivamente de físicos, astrofísicos, químicos, biólogos y geólogo-paleontólogos *interesados en el Fenómeno humano*.

Nota preparada para Jacques Rueff, junio de 1954

## Títulos y trabajos de Pierre Teilhard de Chardin<sup>1</sup>

*Debido a su largo apéndice bibliográfico, hemos decidido situar este escrito, prescindiendo de su orden cronológico, al final del libro. (N. d. E.).*

\* \* \*

Doctor en Ciencias, 1922.

Presidente de la Sociedad Geológica de Francia, 1922-1923.

Profesor de Geología en el Instituto Católico de París, 1922-1928.

Consejero del Servicio Nacional Geológico de China, desde 1929.

Director del Laboratorio de Geología aplicada al Hombre (Altos Estudios), desde 1938.

Director de Investigaciones del Centro Nacional de Investigación Científica, desde 1947.

1. Este documento fue escrito por el padre Teilhard en septiembre de 1948, y estaba dirigido al Director del Colegio de Francia, por haberle sido propuesta la cátedra de Paleontología, dejada vacante por la jubilación del abate Breuil, por haber llegado al límite de edad. Teilhard tuvo que rechazar dicha cátedra por obediencia religiosa. Fue elegido miembro residente del Instituto (Academia de Ciencias) en mayo de 1950.

Miembro Correspondiente del Instituto (Academia de Ciencias), desde 1947.

Oficial de la Legión de Honor, Medalla militar.

\* \* \*

## I. Carrera científica

En una existencia a lo largo de la cual acontecimientos inesperados me han hecho oscilar constantemente entre Occidente y Oriente, se pueden distinguir las tres fases siguientes:

### a) Fase de investigaciones preliminares sobre el terreno

En las Islas Normandas (Jersey, 1901-1905); en Egipto (El Cairo, 1905-1908); en Inglaterra (en el Weald, 1908-1912). Excepto algunas Notas (no mencionadas en la Bibliografía) publicadas en la Sociedad Jersiana (sobre la Mineralogía de la Isla de Jersey) o en el Boletín de la Sociedad Científica de El Cairo (sobre el Eoceno del Alto Egipto), el resultado principal de esas primeras investigaciones consistió sobre todo en proporcionar muestras y observaciones (numerosas especies nuevas) a geólogos o paleontólogos eminentes, como René Fourtou, Sir Arthur Smith-Woodward, profesor Seward, etcétera.

### b) Fase de investigaciones paleontológicas en Europa (1912-1923)

Durante este segundo período, pasado fundamentalmente (excepto los años de la guerra) en el Laboratorio de Paleontología del Museo Nacional (París), mis trabajos se centraron principalmente en la paleontología de los Mamíferos del Terciario Medio e Inferior de Europa, en principio utilizando un mate-

rial ya antiguo, pero aún no estudiado, de los Fosforitos de Quercy, del Esparnaciano de Épernay y del Paleoceno de Reims; posteriormente, describiendo un material totalmente nuevo (microfauna) recogido en el Esparnaciano de Bélgica (Orsmaël) por el profesor Louis Dollo. Simultáneamente, el contacto cotidiano y particularmente amistoso con Marcelino Bolle me inició gradualmente en las investigaciones sobre paleontología humana.

### c) Fase de exploraciones en Asia Oriental (1923-1945)

A partir de 1923, casi la totalidad de mi tiempo y de mis actividades se vio absorbida por los trabajos en Extremo Oriente, ya fuera en asociación con el padre Émile Licent, ya fuera en calidad de consejero del Servicio Geológico de China, ya fuera a título de miembro de diversas expediciones: Expedición a Asia Central (Expedición Roy Chapman Andrews) del *American Museum of Natural History* (1930); Expedición Haardt-Citroën (1931-1932); *Yale-Cambridge Expedition* a la India septentrional y central (1935-1936); *Harvard-Carnegie Expedition* a Birmania (1937-1938). En el curso de estos numerosos viajes –a los que conviene añadir una misión científica en la Somalia francesa y el Harrar (1928-1929)–, mis investigaciones, como es natural, se dispersaron entre un gran número de variados temas que han ido de la tectónica y la fisiografía a la Paleontología y la Prehistoria; pero siempre, sin embargo, como voy a mostrar, con una tendencia destacada a centrarse en el estudio científico de los problemas humanos.

## II. Lista de los trabajos o resultados más destacados

En la enumeración de los resultados más notables obtenidos en el curso de las investigaciones anteriormente mencionadas en Europa y fuera de Europa, es oportuno distinguir las con-

tribuciones científicas con respecto, por una parte, a la Geología general; por otra, a la Paleontología de los Mamíferos; y, por una tercera, a la Paleontología humana y la Prehistoria.

### 1. *Geología general*

Gracias a las múltiples expediciones de las que he tenido el honor de formar parte en Extremo Oriente, se me ha concedido la poco frecuente oportunidad de poder hacer yo mismo, paso a paso (y siguiendo distintas variantes): a) un corte geológico completo que ha ido, Este-Oeste, del extremo de Shantung a los confines de Pamir; y b) otra sección Norte-Sur casi completa, que ha descendido desde Manchuria (Harbin) hasta los límites de Indochina. Siguiendo estas dos direcciones generales, la mayor parte de los itinerarios geológicos reseñados por mí han tenido que ver con zonas que eran hasta entonces completamente desconocidas para la Ciencia (Weich'ang, Gran Khingan, Ordos, Gobi Occidental, Tsinling, Peishan...; cf. Bibliografía al final de este texto, 15, 24, 61, 69, 80, 95). De ahí, claro está, un número considerable de hechos nuevos puestos en conocimiento de los geólogos (cadena de volcanes cuaternarios en el Dalainor, Oligoceno de Ordos, cuencas eocenas hundidas de Tsinling, etc.); pero de ahí también la posibilidad, en lo que me concierne, de desarrollar ciertos puntos de vista muy generales sobre la migración NW-SE de granitos y conglomerados en el interior del ámbito estudiado; es decir, de proponer finalmente algunos puntos de vista pertinentes sobre la estructura flexurada de Asia Oriental, con posibles consecuencias en favor de la idea de una expansión (por granitización) de los Continentes (84, 101, 107, 112, 124).

En un dominio puramente estratigráfico, y menos ambicioso, el mejor de mis trabajos geológicos en China ha sido sin duda el análisis del potente manto de depósitos terrígenos (limos y loes) por el que termina el Cenozoico en la cuenca

del Hoangho. Gracias a la rigurosa observación de ciertas características litológicas (rubefacción y concrecionamiento) de los suelos fósiles, y gracias también al establecimiento de la escala estratigráfica de las ratas topo (véase más adelante), toda una serie de términos estratigráficos nuevos, intercalados entre las Tierras Rojas (Pontiano) y Amarillas (Pleistoceno Superior) de Richthofen –cada uno, por lo demás, con su facies lacustre correspondiente–, han podido ser identificados gradualmente por mí, o bajo mi influencia, en China del Norte (34, 36, 50, 72). Y a partir de esta sólida base he podido ulteriormente intentar (73, 108) un sincronismo general de las formaciones pontianas y post-pontianas de China Septentrional con las de China Central y Meridional, e incluso, a mayor distancia, con las de India Septentrional, Birmania y Malasia (véase más adelante).

### 2. *Paleontología de los mamíferos*

Volviendo a mis primeros trabajos en Paleontología, realizados en Europa sobre material europeo, deseo que hayan contribuido: a) ya sea a ordenar mejor el conjunto de nuestros conocimientos sobre la fauna esparnaciana y paleocena de Francia, Bélgica e Inglaterra (4, 31); b) ya sea a clarificar la masa particularmente farragosa de los carnívoros eocenos y oligocenos de los fosforitos de Quercy (3); c) ya sea, finalmente, a poner de manifiesto la individualidad y el interés de ciertos grupos zoológicos poco conocidos, como el de los curiosos quiromidados (4, 31).

En cualquier caso, como consecuencia de las circunstancias mi interés inicial por las formas arcaicas o primitivas del Terciario Inferior ha ido disminuyendo paulatinamente ante la necesidad y la atracción crecientes que me llevaban a estudiar de manera cada vez más atenta y exclusiva las especies fósiles relativamente recientes de las que ha salido de forma directa la fauna moderna de Asia Oriental. En efecto, excepto

una memoria (26) consagrada al Oligoceno de Ordos, puede decirse que todos mis trabajos paleontológicos, a partir de 1923, han estado consagrados a reconstituir poco a poco la Historia post-pontiana de los Mamíferos en China del Norte: fauna del Plioceno Medio (Cuenca de Yushê, en el Shansi, 96, 97, 100); fauna Villafranquiense (Estratos de Nihowan, en Hopei, 56, 106...); fauna del Pleistoceno Inferior (fisuras de Choukoutien, 85, 109...); fauna del Pleistoceno Superior (Estratos del Sjarosso-gol, 43): «resurrección» no sólo faunística, sino también ecológica, climática y fisiográfica, puesto que la recogida y la clasificación por edad de las formas fósiles se encontraba, por fuerza, estrechamente asociada al estudio de los ciclos sedimentarios y al análisis de las facies en cada nueva cuenca explorada.

Así iba construyéndose gradualmente un marco estratigráfico y faunístico indispensable para el progreso de las grandes investigaciones en Paleontología Humana emprendidas justo en la misma época, como veremos, por el Servicio Geológico de China. Al mismo tiempo que, simultáneamente, un cierto número de particularidades o leyes biológicas muy generales se deducían de la reconstitución de la evolución de la fauna china, arrojando nueva luz sobre la existencia y las modalidades de los movimientos orgánicos colectivos en el seno de la Biosfera:

a) Abundancia inicial de los Mustélidos pontianos, recordando extrañamente la de los *Cynodictis* y los *Cynodon* oligocenos de los fosforitos de Quercy (119).

b) Desarrollo en China del Norte, durante el Plioceno, de una fauna de Antílopes strepsiceros, paralela exactamente, y sin embargo no directamente vinculable, a la de los Antílopes de África (100).

c) Notable ortogénesis de la rata-topo, permitiendo observar, desde el Pontiano hasta nuestros días, una misma serie perfectamente definida de modificaciones osteológicas y dentarias (soldadura de las vértebras cervicales, pérdida de las raíces en los dientes molariformes, aumento de talla...) produ-

ciéndose simultáneamente en diversas ramas, excepcionalmente netas, de un mismo grupo zoológico, en áreas estrictamente limitadas (111).

Etcétera.

Gracias a la riqueza y la continuidad de las faunas así exhumadas se hace posible (como he mostrado, con mi colega Pierre Leroy, en el caso de los Félidos y los Mustélidos, 118, 119) seguir a partir del Pontiano, en su instalación, su organización y sus modificaciones *in situ*, a una gran parte de la actual fauna China: uno de los primeros ensayos realizados, si no me equivoco, para construir una Zoología en la que ya no se haría ninguna diferencia entre formas vivas y formas extinguidas en la misma región.

### 3. Paleontología Humana

El prolongado contacto con formaciones eruptivas y sedimentarias que hacían aumentar a mis ojos la importancia de una estratigrafía de los suelos y de una geología de los Continentes; las ocasiones muy tempranas de estudiar ciertos Primates fósiles particularmente antiguos y particularmente bien conservados (3, 4, 31); y la atmósfera inicial de un Laboratorio en el que se preparaban y estudiaban diariamente a mi lado los esqueletos de La Chapelle-aux-Saints y La Feyrassie; todos estos factores, sin hablar de la fascinación intrínseca del tema mismo, convergían desde el principio para orientarme poco a poco y cada vez más hacia los problemas y la búsqueda del Hombre Fósil.

En esta dirección de la excavación Paleontológica Humana tuve en 1923 mi primera oportunidad de poder establecer, con Émile Licent, la existencia, hasta entonces contestada, de un Hombre paleolítico en China del Norte (43). Pero la segunda y más decisiva, ciertamente, ha consistido en poder colaborar muy de cerca, durante casi diez años, en las grandes excavaciones de Choukoutien, en las proximidades de Pekín, y en el descubrimiento del Sinántropo.

En esta obra colectiva, dirigida conjuntamente por la Fundación Rockefeller y el Servicio Geológico de China, mi función ha consistido sobre todo en dirigir el estudio estratigráfico, paleontológico y arqueológico del yacimiento (45, 65, 73, 108). Estudio delicado, puesto que en el mismo macizo calcáreo se encontraban seis tipos diferentes de fisuras, correspondientes a otros tantos períodos distintos de relleno (del Mioceno al Pleistoceno Superior). Pero estudio fecundo, en compensación, porque gracias a la abundancia de fósiles recogidos, se hacía posible la interrelación entre «dos geologías», la de las cuencas y terrazas, y la de las fisuras, construidas independientemente la una de la otra bajo mi dirección o con participación mía, y cuyo ajuste se ha operado sin la menor dificultad.

De hecho, desde 1933 mis investigaciones se han desarrollado sobre todo en torno y a partir de las cuestiones planteadas por el Sinántropo: viaje a Kwangsi para establecer el sincronismo de los *estratos del Sinántropo* de China del Norte con los *estratos del orangután* de China del Sur (82); expediciones a la India (89, 93), y después a Birmania (98), con Helmut de Terra, desembocando la una y la otra en el descubrimiento de un rico paleolítico antiguo en las terrazas, por fin clasificadas, de las tres cuencas del Indo, el Narbada y el Irrawaddy; visita y estudio, en dos ocasiones (guiada por el Dr. von Koenigswald), a los yacimientos del Pitecántropo de Java...

En 1939, una notable red de investigaciones, centrada en Pekín, Singapur y Bandoeng y fuertemente apoyada por las instituciones científicas norteamericanas, se encontraba establecida en Asia Oriental, cubriendo sistemáticamente los diversos problemas suscitados sucesivamente por la investigación sobre el Hombre fósil en Extremo Oriente. Esta «red modelo», de la que tenía el privilegio de formar parte, se rompió momentáneamente por la guerra, pero no antes de que se obtuviera una serie coherente de resultados, gracias a los cuales puede decirse que, después de cincuenta años, la Paleon-

tología hizo la mayor penetración en el misterio de los orígenes humanos en la franja pacífica del Mundo Antiguo.

Al margen de estas investigaciones, de naturaleza sobre todo geológica y paleontológica, he tenido —sobre todo en dos ocasiones— la oportunidad de abordar temas de naturaleza más estrictamente arqueológica. En principio en África Oriental, donde, después de haber estudiado las terrazas del Paleolítico antiguo de Obock (105), descubrí y rápidamente excavé cerca de Diré-Daoua (Harrar) una gruta con una rica industria de tipo Paleolítico Superior (46). A continuación, en la misma China, donde, después de haber conocido, con mi amigo W.G. Pei, la existencia de un Mesolítico de las grutas de Kwangsi, consideré conveniente resumir en una breve memoria lo esencial de mis observaciones e ideas sobre el Mesolítico y el Neolítico chinos, o incluso, generalizando más, sobre el poblamiento de China (114).

Y ahora, para decirlo todo y sinceramente, ¿por qué no confesar para finalizar que de la aproximación lentamente operada en mí, al contacto con los hechos, entre las dos nociones conjugadas de estructura genética de las faunas y estructura genética de los continentes, una tercera noción, la de estructura genética de la Humanidad (enfocada como una unidad biológica especial de amplitud planetaria), se me ha ido presentando poco a poco y tiende a prevalecer en mí sobre cualquier otro objeto de investigación? Es a la exploración titubeante de esta disciplina aún informe y anónima, pero que quizá sea mañana una *Ciencia de la Antropogénesis*, a lo que he consagrado últimamente una serie de ensayos (49, 123, 124, 125...): artículos vulgarizadores, en apariencia, pero en los que tengo conciencia de haber comunicado lo mejor de mi experiencia y la esencia de mi visión...

III. Bibliografía<sup>2</sup>

1913

1. «Sur une formation de Carbone-Phosphate de Chaux d'âge paléolithique»: *C.R.A.S.* t. 157, pp. 1.077-1.079.

1914-1915

2. «Les Carnassiers des Phosphorites du Quercy»: *Annales de Paléontologie* t. IX, pp. 103-191, 13 fig., 9 pl., 8 cuadr.

1916

3. «Sur quelques Primates des Phosphorites du Quercy»: *Annales de Paléontologie* t. X, pp. 1-20, 6 fig., 2 pl.

1916-1921

4. «Les Mammifères de l'Éocène inférieur français et leurs gisements» (Tesis doctoral): *Annales de Paléontologie* t. X, pp. 171-176 – t. XI, pp. 1-108, 8 pl., 42 fig.

1919

5. «Sur la structure de l'Île de Jersey»: *Bull. Soc. Géol. de France*, 4<sup>e</sup> série, t. 19, pp. 273-278, 2 fig., 1 mapa.

1920

6. «Sur la succession des Faunes de Mammifères dans l'Éocène inférieur européen»: *C.R.A.S.*, Paris, t. 171, pp. 1.161-1.162.

2. En esta Bibliografía, los números en cursiva (2) indican Memorias o Notas desarrolladas, y los números en redonda (1) se refieren a las contribuciones de menor importancia. «Pal. Sin.» se ha empleado como abreviatura de «Paleontología Sínica» (Memorias paleontológicas del Servicio Geológico de China).

1921

7. (y FRAIPONT), «Note sur la présence dans le Tertiaire inférieur de Belgique d'un Condylarthré appartenant au groupe des Hyopsodus»: *Bull. Acad. Roy. de Belgique*, vol. VII, pp. 357-360.

1922

8. «Sur une Faune de Mammifères Pontiens provenant de la Chine septentrionale»: *C.R.A.S.*, Paris, t. 175, pp. 979-981.
9. (P. JODOT, L. JOLEAUD, P. LEMOINE), «Observations sur le calcaire pisolithique de Vertus et du Mont Aimé (Marne)»: *Bull. Soc. Géol. de France*, Paris, 4<sup>e</sup> série, t. 22, pp. 1164-176, 6 fig.

1923

10. «Cenozoic Vertebrate Fossils of E. Kansu and Inner Mongolia»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. II, pp. 1-3.

1924

11. «Note sur la structure des montagnes de l'Ouest du Linn-Ming-Kwan (Chihli Méridional)»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. III, pp. 393-397.
12. «Geology of Northern Chihli and Eastern Mongolia»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. III, pp. 399-407, fig., maps.
13. (y LICENT), «On the Geology of the Northern, Western and Southern Borders of the Ordos, China»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. III, pp. 37-44, 5 fig.
14. (y LICENT), «On the discovery of a Palaeolithic Industry in Northern China»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. III, pp. 45-50, fig.
15. (y LICENT), «Observations géologiques sur la bordure occidentale et méridionale de l'Ordos»: *Bull. Soc. Géol. de France*, Paris, 4<sup>e</sup> série, t. XXIV, pp. 49-91, 15 fig.
16. (y LICENT), «Observations complémentaires sur la Géologie de l'Ordos»: *Bull. Soc. Géol. de France*, Paris, 4<sup>e</sup> série, t. XXIV, pp. 462-464, 2 pl.

17. (y L. DOLLO), «Les gisements de Mammifères paléocènes de la Belgique»: *Quarterly Journal of the Geol. Soc.*, vol. 80, pp. 12-16.  
1925
18. «La paradoxe transformiste. À propos de la dernière critique du Transformisme par M. Vialleton»: *Revue des Quest. Scient.*, Louvain, 32 pp.
19. «Observations nouvelles sur les Mammifères du Tertiaire inférieur de Belgique»: *Bull. Acad. Royale de Belgique*, série V, vol. XI, pp. 48-50.
20. (y LICENT), «Note sur deux instruments agricoles du Néolithique de Chine»: *L'Anthropologie*, t. XXXV, pp. 62-74, 16 fig.
21. (y LICENT), «Le Paléolithique de la Chine»: *L'Anthropologie*, t. XXXV, pp. 201-234, 16 fig.
22. «Le Massif volcanique du Talai-nor (Gobi oriental)»: *Bull. volcanologique* 3-4, Napoli, pp. 100-108, 1 fig.
23. (y FRITEL), «Note sur quelques grès mésozoïques à Plantes de la Chine septentrionale»: *Bull. Soc. Géol. de France*, Paris, 4<sup>e</sup> série, t. 25, pp. 523-540, 7 fig., 2 pl.  
1926
24. «Étude géologique sur la région du Dalai-Noor»: *Mémoires de la Soc. Géol. de France*, Paris, t. III, n. 7, 153 pp., 21 fig. 2 pl.
25. «Le Massif volcanique du Dalai-Noor (Gobi orientale)»: *Congrès des Soc. Sav. y des Départements*, Paris pp. 460-463.
26. «Description de Mammifères tertiaires de Chine et de Mongolie»: *Annales de Paléontologie*, t. XV, pp. 3-51, 25 fig., 5 pl.
27. «Sur quelques Mammifères nouveaux du Tertiaire de la Belgique»: *Bull. Acad. de Belgique, Cl. Sciences*, 5<sup>e</sup> série, t. XII, pp. 210-215, 2 fig.
28. «Palaeontological Notes»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. 5, n. 1, pp. 57-59.

29. «Le Néolithique de la Chine d'après les découvertes du Dr Andersson»: *L'Anthropologie*, Paris, t. XXXVI, pp. 117-124.
30. «Sur l'apparence nécessairement discontinue de toute série évolutive»: *L'Anthropologie*, Paris, t. XXXVI, pp. 320-321.  
1927
31. «Les Mammifères de l'Éocène inférieur de la Belgique»: *Mém. Mus. R. Hist. Nat. Belg.* 36, pp. 1-33, 29 fig. 6 pl.
32. (y LICENT), «On the basal beds of the sedimentary series in Southwestern Shansi»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. VI, n. 1, pp. 61-64, fig.
33. (y LICENT), «On the recent marine Beds and the Underlying Freshwater Deposits, in Tientsin»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. VI, n. 2, pp. 127-128.
34. (y LICENT), «Observations sur les formations quaternaires et tertiaires supérieures du Honan septentrional et du Chasi méridional»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. VI, n. 2, pp. 129-148, fig.
35. (LICENT y D. BLACK), «On a presumably Pleistocene Human Tooth from the Sjaraoosso-gol (South-eastern Ordos) deposits»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. V, pp. 285-290, fig., 1 pl.
36. (BARBOUR y LICENT), «Geological study of the deposits of the Sangkanho Basin»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. V, pp. 263-278, fig.  
1928
37. «Quelques données nouvelles sur la mise en place de la Faune moderne (Mammifères) en Chine septentrionale»: *C.R. de la Société biologique*, Paris, pp. 1-3.
38. «Les couches de passage entre le Tertiaire et le Quaternaire en Chine septentrionale»: *C.R. Soc. Géol. de France* 1-2, pp. 12-14.

39. «Observations sur la lenteur d'évolution des Faunes de Mammifères continentales»: *Palaeobiologica*, Viena, vol. I, pp. 55-60, 1 fig.
40. «La Nature et la succession des Éruptions post-paléozoïques en Chine septentrionale»: *C.R.A.S.*, Paris, t. 186, pp. 960-961.
41. «Note complémentaire sur la Faune de Mammifères du Tertiaire inférieur d'Orsmael»: *Bull. Acad. Roy. Belg.*, série 5, vol. XIV, pp. 471-474, 2 fig.
42. «Les Roches éruptives post-Paléozoïques du Nord de la Chine»: *Bull. of the Geological Soc. of China*, vol. VII, pp. 1-12.
43. (BOULE, BREUIL, LICENT), «Le Paléolithique de la Chine»: *Arch. de l'Inst. de Pal. Hum.* 4, Paris, 138 pp., 53 fig., 30 pl.

1929

44. (y YOUNG), «On some traces of Vertebrate life in the Jurassic and Triassic Beds of Shansi and Shensi»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. VIII, pp. 173-202, 10 fig.
45. (y YOUNG), «Preliminary report on the Chou-Kou-Tien fossiliferous Deposit»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. VIII, pp. 173-202, 10 fig.
46. «Le Paléolithique en Somalie française et en Abyssinie»: *L'Anthropologie*, t. 40, pp. 331-334.

1930

47. «Que faut-il penser du Transformisme?»: *Revue des Quest. Scient.*, Louvain, 4<sup>e</sup> série, t. XVII, fasc. 1, pp. 89-99.
48. «Le Sinanthropus de Peking. État actuel de nos connaissances sur le Fossile et son gisement»: *L'Anthropologie*, vol. XLI, n. 1-2, pp. 1-11.
49. «Le phénomène humain»: *Rev. des Quest. Scient.*, pp. 1-19.

50. «Preliminary observations on the pre-Loessic and post-Pontian formations in Western Shansi and Northern Shensi»: *Mem. Geol. Surv. of China*, série A, n. 8, pp. 1-54, 13 fig., 9 pl.
51. «On the occurrence of a Mongolian Perissodactyle in the Red Sandstone of Sichuan, S.W. Honan»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. IX, pp. 331-333, 1 fig.
52. «Quelques observations sur les Terres jaunes (Loess) de Chine et de Mongolie»: *Soc. Géol. de France II*, pp. 605-612, 12 fig.
53. (y J. PIVETEAU), «Les Mammifères fossiles de Nihowan (Chine)»: *Annales de Paléontologie*, vol. XIX, pp. 1-132, 42 fig., 23 pl.
54. (y LICENT), «Geological observations in Northern Manchuria and Barga (Hailar)»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. IX, pp. 23-35, 4 fig.
55. (y YOUNG), «Some correlation between the geology of China proper and the geology of Mongolia»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. IX, n. 2, pp. 119-125.
56. (y LAMARE, DREYFUS, LACROIX, BASSE), «Études géologiques en Éthiopie, Somalie et Arabie méridionale»: *Mém. Soc. Géol. de France*, t. IV, n. 14, pp. 1-165, 29 fig., 5 pl.

1931

57. «On an enigmatic Pteropod-like fossil from the lower Cambrian of Southern Shansi, *Biconulites Grabaui*, nov. gen., nov. sp.»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. X, pp. 179-184, 2 fig., 2 pl.
58. «Some observations on the archaeological material collected by Mr. A.S. Lukashkin near Tsitsikar»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XI, pp. 183-193, 8 fig. 3 pl.
59. (y YOUNG), «Fossil Mammals from the late Cenozoic of Northern China»: *Palaeontologia Sinica*, série C, vol. IX, fasc. I, pp. 1-188, 23 fig., 10. pl., 1 mapa.

- 1932
60. «New observations on the Khangai series of Mongolia and some other allied formations»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XI, pp. 395-409.
61. «The Geology of the Weichang Area»: *Geol. Bull. Geol. Surv. China* 19, pp. 1-49, fig., 1 pl.
62. «Observations sur les changements de niveau marin dans la Région d'Obock»: *C.R.S. Soc. Géol. de France* 13, pp. 180-181.
63. «Les résultats scientifiques de l'expédition (Citraën Centre-Asie)»: *Terre, Air, Mer*, Paris, pp. 379-390, 8 fig.
64. (y PIVETEAU), «Nouvelle étude sur le *Cervus ertborni* Dub. des argiles de la Campine»: *Mededeel. Kon. Natuurhist. Mus. Belgii*, vol. 8, n. 5, 12 pp. 5 fig.
65. (y W.C. PEI), «The lithic industry of the Sinanthropus deposits in Chou-Kou-Tien»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XI, pp. 315-358, 36 fig., 5 pl.
66. (y YOUNG), «On some Neolithic (and possibly Palaeolithic) Finds in Mongolia. Sinkiang et West China»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XII, n. 1, pp. 83-104, 21 fig.

1933

67. «The base of the Palaeozoic in Shansi: Metamorphism and Cycles»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XIII, pp. 149-153, 2 fig.
68. «Les Cycles sédimentaires (pliocènes et plus récents) dans la Chine du Nord»: *Bull. Ass. Geol. Fr.* 65, Paris, pp. 3-7, 1 fig.
69. «Observations géologiques à travers les déserts d'Asie centrale de Kalgan à Hami (Mission Citroën Centre-Asie, 1931-1932)»: *Rev. Geogr. Phys.*, vol. V, pp. 365-397, 15 fig., 14 pl., 2 mapas.
70. «Les graviers plissés de Chine»: *Bull. Soc. Géol. de France*, série V, vol. II, pp. 527-531, 4 pl.

71. «Les Bovinés fossiles en Chine du Nord»: *C.R. Soc. Biol.* 79, Paris, pp. 1-2.
72. (y YOUNG), «The late Cenozoic Formation of S.E. Shansi»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XII, pp. 207-241.
73. (y DAVIDSON, BLACK, YOUNG, PEI), «Fossil Man in China. The Chou-Kou-Tien cave deposits with a synopsis of our present knowledge of the late Cenozoic in China»: *Geological Memoirs*, Peiping, series A, n. 11, 158 pp., 81 fig., 3 tablas, 6 mapas.
74. (y A. DE LAPPARENT), «Sur la découverte d'un Rongeur du genre *Paramys* dans l'Éocène inférieur de Provence»: *C.R.S. Soc. Géol. de France*, pp. 26-27.

1934

75. (y W.C. PEI), «New discoveries in Choukoutien 1933-1934»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XIII, pp. 309-389, 9 fig., 1 mapa, 3 pl.
76. (y R.A. STIRTON), «A correlation of some Miocene and Pliocene Mammalian Assemblages in North America and Asia with a discussion of the Mio-Pliocene Boundary»: *Publ. Univ. Calif. Bull. Dept. Geol. Sci.*, Berkeley, vol. 23, pp. 277-290, 3 pl.

1935

77. «La Faune pléistocène et l'ancienneté de l'homme en Amérique du Nord»: *L'Anthropologie*, vol. 45, pp. 483-487.
78. «Chronologie des alluvions pléistocènes de Java»: *L'Anthropologie*, vol. 45, pp. 707-708.
79. «Le Cénozoïque en Chine centrale et méridionale»: *C.R.S. Soc. Géol. de France* 11 y 12, pp. 150-152.
80. (y G.B. BARBOUR, M.N. BIEN), «A geological reconnaissance across the eastern Tsinling (between Leyang and Hsichuan, Honan)»: *Bull. Geol. Surv. China* 25, pp. 9-38, 16 fig., 2 pl., 1 mapa.

81. (y C.C. YOUNG), «The Cenozoic Sequence in the Yangtze Valley»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XIV, pp. 161-178, 12 fig.
82. (y YOUNG, PEI, H.C. CHANG), «On the Cenozoic Formations of Kwangsi and Kwangtung»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XIV, pp. 179-205, 14 fig., 2 pl.
83. «Geological Observations in the Turfan Area»: *Geografiska Annaler*, Stockholm, pp. 446-452.

1936

84. «The significance of piedmont gravels in continental Geology»: *Intern. Geol. Congress. Rep. XVI*, session U.S.A., Washington, vol. 2, pp. 1.031-1.039, 2 fig.
85. «Fossil Mammals from Locality 9 of Choukoutien»: *Palaeontologia Sinica*, ser. C, vol. VII, fasc. 4, 70 pp., 30 fig., 4 pl.
86. (y C.C. YOUNG), «On the Mammalian remains from the archaeological site of Anyang»: *Palaeontologia Sinica*, ser. C, vol. XII, fasc. I, 78 pp., 26 fig., 8 pl.
87. (y C.C. YOUNG), «A Mongolian Amblypod in the Red beds of Ichang (Hupeh)»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XV, pp. 217-223, 3 fig.
88. (y LICENT), «New remains of *Postschizotherium* from S.E. Shansi»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XV, pp. 421-427, 2 fig.
89. (y H. DE TERRA), «Observations on the upper Siwalik formation and later Pleistocene Deposits in India»: *Proc. Amer. Phil. Soc. Philadelphia*, vol. 76, pp. 791-822, 14 fig.
90. «Notes on Continental Geology»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XVI, pp. 195-220, 9 mapas.

1937

91. «Ep - archaean and Epi - sinian Intervals in China»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XVII, pp. 169-175

92. «The Post-villafranchian Interval in North China»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XVII, pp. 169-175.
93. «Notes sur la Paléontologie Humaine en Asie Orientale»: *L'Anthropologie*, vol. 47, pp. 22-33, 6 fig.
94. «The Pleistocene of China: stratigraphy and correlations»: *Early Man*, Philadelphia, pp. 211-220, 3 fig.
95. «The structural Geology of Eastern Shantung (between Tsingtao and Yungch'eng)»: *Geol. Bull.* 29, Nanking, pp. 85-105, 2 pl.
96. (y M. TRASSAERT), «The Proboscians of Southern Shansi»: *Pal. Sin.*, ser. C, vol. XIII, fasc. 11, 58 pp. 6 fig., 13 pl.
97. (y M. TRASSAERT), «Pliocene Camelidae, Giraffidae and Cervidae of S.E. Shansi»: *Pal. Sin.*, new series C, n. 1.

1938

98. «Deuxièmes Notes sur la Paléontologie Humaine en Asie Méridionale»: *L'Anthropologie*, vol. 48, pp. 449-456.
99. «The Fossils from Locality 12 of Choukoutien»: *Pal. Sin.*, new series C, n. 5.
100. (y M. TRASSAERT), «Cavicornia of S.E. Shansi»: *Pal. Sin.*, new series C, n. 5.
101. «A Map of the younger eruptive rocks in China»: *Bull. Geol. Surv. China*, Nanking.
- 101a. «Le Villafranchien d'Asie et la question du Villafranchien»: *C.R.S. Soc. Géol. Fr.*, pp. 325-327.

1939

102. «Two skulls of *Machairodus* from Choukoutien»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XIX, pp. 235-256.
103. «New observations on the genus *Postschizotherium*»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XIX, pp. 257-268.
104. «The Miocene Cervids from Shantung»: *Bull. Geol. Soc. China*, vol. XIX, pp. 269-278.
105. (y BREUIL, WERNERT), «Les industries lithiques de Somalie française»: *L'Anthropologie*, t. 49, pp. 497-522, 13 fig.

- 1940
106. «The Fossils from Locality 18, near Peking»: *Pal. Sin.*, new series C, n. 11.
107. «The Granitisation of China»: *Publications de l'Institut de Géobiologie de Pékin* 1, 33 pp., 10 fig., 1 mapa.
- 1941
108. «Early Man in China»: *Publ. Inst. Géobiol. Pékin* 7, 112 pp., 51 fig., 5 mapas.
109. «The Fossils of Locality 13 in Chou-Kou-Tien»: *Pal. Sin.*, new series C, n. 11.
- 1942
110. (y P. LEROY), «Chinese fossil Mammals»: *Publ. Inst. Géobiol. Pékin* 8, 142 pp. 1 mapa.
111. «New Rodents of the Pliocene and Lower Pleistocene of North China»: *Publ. Inst. Géobiol. Pékin* 9, 100 pp. 61 fig.
- 1943
112. «The Genesis of the Western Hills of Peking»: *Geobiologia*, vol. I, pp. 17-49, 12 fig., 1 mapa.
113. «Contorted figures in the Sinian limestone»: *Geobiologia*, vol. I, pp. 53-55, 1 fig., 1 pl.
- 1944
114. «Le Néolithique de la Chine»: *Publ. Inst. Géobiol. Pékin* 10, 112 pp., 48 fig., 2 mapas.
- 1945
115. «Un problème de Géologie asiatique: le faciès Mongol»: *Geobiologia*, vol. 2, pp. 1-12, 5 fig.
116. «The Geology of the Western Hills, additional Notes»: *Geobiologia*, vol. 2, pp. 13-18, 1 fig.
117. «The geological structure of the Shihmenchai Basin near Shanhaikwan»: *Geobiologica*, vol. 2. pp. 19-26, 3 fig.

118. (y P. LEROY), «Les Félidés de Chine»: *Publ. Inst. Géobiol. Pékin* 11, 70 pp., 20 fig., 2 mapas.
119. (y P. LEROY), «Les Mustéolidés de China»: *Publ. Inst. Géobiol. Pékin* 12, 56 pp. 24 fig., 2 mapas.
- 1946
120. «La Planétisation Humaine»: *Cahiers du Monde Nouveau* (agosto 1946).
121. «Remarques sur les Flexures continentales de Chine»: *Bull. Soc. Géol. Fr.*, série 5, t. XVI, pp. 497-502.
- 1947
122. *La Question de l'Homme Fossile*, Éditions Psyché, Paris, 33 pp. 12 fig.
123. «Une interprétation biologique plausible de l'Histoire humaine: la formation de la Noosphère»: *Revue des Questions Scient.* (enero 1947) 1-35.
124. «La structure de l'Asie Centrale, d'après le Dr Norin»: *Revue Scientifique* (1947).
- 1948
125. «Le rebondissement humain de l'Évolution, et sus conséquences»: *Revue des Questions Scient.* (abril 1948) 166-185.

Septiembre 1948.

La lista establecida aquí por el padre Teilhard dista mucho de incluir todos sus trabajos científicos. La totalidad de éstos ha sido publicada por el Dr. Karl Schmitz-Moormann en Éditions Walter-Verlag (Olten, Suiza) en un corpus de once volúmenes titulado *L'Oeuvre scientifique*. Anteriormente, Claude Cuénot hizo aparecer una bibliografía de las Obras (en francés) en la edición española de *Pierre Teilhard de Chardin. Les Grandes Étapes de son évolution* (publicada por Taurus, Madrid).